
Annabeth Berkley
Blackthorn
Intocable
BLACKTHORN

Intocable

Intocable

ANNABETH BERKLEY

© 2026, Annabeth Berkley

ISBN: 9798192773468

Diseño de cubierta: Yolanda Pallás

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Con todo mi cariño para Juani,
un placer caminar a tu lado.

«Podría doblarme,
pero nunca me romperé
porque está en mi naturaleza
como mujer fuerte».
Angela Merkel

Intocable

Los Blackthorn no pedían permiso. Tomaban lo que querían y al mundo le tocaba adaptarse. Así lo había aprendido y así lo había manifestado Oliver Blackthorn. Por eso no iba a echarse atrás en la vida que había elegido para él y que distaba tanto de la que su padre quería que fuera.

El restaurante aún no había abierto sus puertas esa noche, pero ya brillaba como un templo construido como reconocimiento de la ambición, el poder y el dinero. La luz dorada se deslizaba sobre las mesas vestidas con lino italiano, las copas de cristal tallado capturaban cada destello como si fueran joyas, y el silencio previo al servicio tenía algo casi reverencial que solo los que se dedicaban a la hostelería podían comprender.

Aquel lugar no era solo el último de los restaurantes que había abierto. Era una declaración de intenciones, y una posibilidad más de alcanzar el éxito del que tanto disfrutaba y tan orgulloso se sentía.

Apoyado contra la barra central, con la chaquetilla negra impecable marcando sus hombros anchos y su postura segura, observaba su imperio con una calma tensa. Había fuego en su mirada. Orgullo y desafío. No iba a ceder. Dio un trago al whisky de malta que se había servido en un elegante vaso bajo de cristal tallado.

—Sigo pensando que es una broma de mal gusto.

La voz de Adam rompió la quietud con su autoridad natural, antes de imitar el gesto de su hermano menor.

Vestido con un traje oscuro hecho a medida, cada línea de su cuerpo transmitía control absoluto. Era el tipo de hombre que cerraba acuerdos millonarios con una sola mirada y que rara vez perdía.

—¿La jubilación o el bastardo? —preguntó Daniel, el, hasta ese momento, mediano de los hermanos, con una sonrisa cínica mientras se servía whisky sin pedir permiso.

Siempre elegante y preparado, Daniel Blackthorn llevaba el encanto como un arma. Su voz era suave, pero cada palabra tenía filo suficiente para destruir reputaciones en una sala de juicios o en una mesa como aquella.

—Ambas —respondió Adam, aflojándose el nudo de la corbata con un gesto que, en cualquier otro hombre, habría parecido descuidado. En él, era puro magnetismo—. Nuestro padre jamás se jubilará. No dejará el poder a nadie. Y lo del bastardo… Ningún matón de poca monta por mucho traje a medida que lleve me quitará el lugar que me he ganado a pulso.

Oliver soltó una risa baja.

—Eh, no deja de ser nuestro hermano.

—Medio hermano —le corrigió Daniel—. Podíamos sospechar que papá habría sido infiel alguna vez, pero no esperaba confirmarlo de esta manera.

—Ya sabes lo que siempre decía papá: «prepárate para lo peor, espera lo mejor y gestiona lo que venga” —le recordó Oliver.

—Espero que no nos afecte demasiado, pero con la fortuna que tenemos me extrañaría que desapareciera sin hacer ruido —señaló Daniel.

—Quizá papá ahora lo atormente a él y a mí me deje en paz —pensó Oliver en voz alta.

—Pues no tiene pintas de obedecer a nadie. Ni él ni papá —comentó Adam.

—¿Y yo las tengo? —replicó Oliver con una media sonrisa.

—Desde luego que no, pero como bien dices, quizá papá desvíe la atención hacia su nuevo hijo y realmente ceda la empresa, pero no a él —determinó Adam.

—Te pertenece a ti —asintió Daniel—. No todas las acciones, pero sí la empresa. Aun así dudo mucho que al bastardo le interese algo más que la fortuna familiar.

El silencio que siguió fue peligroso, porque los tres pensaban en lo mismo. Ninguno iba a permitir que el fruto de una de las

infidelidades de su padre se quedara con lo que les pertenecía por derecho propio.

—No me gusta —insistió Adam, girando el vaso entre sus dedos—. Ni cómo apareció ni cómo nos miraba. No sé qué pretende, pero —miró a Daniel— supongo que podrás averiguarlo si papá te pide que cambies algo en su testamento o en cualquier documentación oficial.

Daniel apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose apenas hacia delante.

—Por supuesto, pero no debemos olvidar que comparte nuestra sangre. Una parte de lo nuestro le pertenece por ley.

Oliver alzó la mirada, encontrándose con la de su hermano mayor, antes de que ambos miraran a Daniel, serios.

—Pero esto —dijo, abarcando el restaurante con un leve gesto—es mío. Y lo mío no se toca. No es una extensión del apellido, ni es una rama del negocio familiar, ni se lo debo a nadie y a papá tiene que quedarle claro.

—Papá lleva toda la vida creyendo que el mundo le pertenece —añadió Adam con los labios apretados—. Pero no somos sus títeres.

—Tú eres el que trabaja con él —le señaló Daniel levantando las manos en señal de rendición.

—Con él, no para él. A su lado, que no es lo mismo.

El sonido de unos tacones, firmes y rítmicos, interrumpió la escena fraternal.

Oliver no necesitó girarse. Lo reconocería en cualquier lugar.

Vivian Steel avanzó hacia ellos con seguridad. Su vestido negro se ajustaba a su cuerpo como una promesa, elegante y peligrosamente sugerente. Se había negado a vestir uniforme, pero lucía con la elegancia que se esperaba de una mujer en su posición. Su melena oscura caía lisa e impecable y sus labios, ligeramente curvados, les indicaba, a ellos y a cualquiera, que eran bienvenidos.

—Los Blackthorn reunidos —se detuvo a una distancia considerable para que pudieran admirarla tan bien como ella lo estaba haciendo, recorriendo con la mirada a cada uno de los atractivos y poderosos hermanos—. No sé si eso es bueno o malo,

pero no tardaremos en abrir y, chef —miró a Oliver—, vamos tarde. Tenemos el restaurante completo.

—Trabajo mejor bajo presión —respondió Oliver con confianza y seguridad mientras se incorporaba.

Los tres hermanos vieron cómo la mujer se alejaba con un sugerente movimiento de caderas. Se terminaron el whisky de un trago dejando sobre la mesa los vasos al unísono, con un ruido seco.

—¿Sigues acostándote con ella? —le preguntó Adam por curiosidad.

—Alguna vez, pero sin darle mayor importancia. Dudo que sepa lo que es la fidelidad y eso para mí es sagrado —le respondió —. Seguiremos hablando. Ya sabéis dónde está la puerta —les dijo Oliver cambiando el gesto de su cara por su actitud concentrada y profesional.

Llegaba el momento de centrarse en la cocina, de disfrutar, de superarse a sí mismo y deleitar a sus clientes dándoles con cada plato argumentos para que volvieran una y otra vez.



No podía más. Joanna Erikson sentía que se estaba ahogando, pese al aire fresco que soplaba en las frías noches de Nueva York y que le hacía tiritar y encogerse en su cálido abrigo. Miró a su fiel Golden Retriever. Dante era su apoyo, su alivio y pasear con él era el único momento en el que se permitía pensar, frustrada, en la constante angustia y desesperación en la que sentía que vivía.

Su esposo tenía otra de sus interminables cenas de trabajo. Cuando regresara fingiría, como siempre, que no sabía cómo acababan esas cenas: en la cama de cualquier mujer que creyera sus falsos halagos y su palabrería vacía. Ella, después, se limitaría a dormir a su lado, abnegada, sumisa y muerta en vida que era como se sentía.

Hacía demasiado tiempo que había dejado su trabajo en una prestigiosa firma de abogados a la que había accedido por ser hija de quien era: Donald Erikson, un importante empresario naviero con muchos contactos. Matt Layne, el prometedor abogado, se había presentado ante ella, guapo, educado, galante, y le había llenado la cabeza de promesas e ilusiones que se habían escurrido con el tiempo, como agua entre sus dedos, con la angustia de no poder retenerlas.

Habían pasado siete años desde su boda. Siete años y un hijo varón. Siete años y ni una sola ilusión ni promesa de las que le había hecho, viva o cumplida. Se sentía engañada, frustrada y muy dolida.

¿Cuánto más podía aguantar así? Se había esforzado mucho para no tomar pastillas para la depresión en la que sentía que estaba cayendo, pero intuía que ya no podía más. Casi le costaba hasta respirar. Alguna lágrima rodó silenciosa por sus mejillas.

Quizá debía empezar a medicarse si con ello podía anestesiar el dolor, pero dudaba de que pudiera dejar la medicación si un día lograba salir de todo aquello.

La semana anterior había hablado con su madre del problema, pero la única solución que le había dado era que se centrara en su hijo Tyler, que apenas tenía cinco años. La necesitaba como madre, aunque tuviera niñeras, no lo iba a negar, pero ¿y sus propias necesidades?

Su madre, la perfecta Hillary Erikson, no había querido oír hablar de la posibilidad de divorciarse. No lo veía tan grave. Más bien el deterioro de la relación, el hastío o el acomodarse a la rutina era lo más común.

Para ella no eran motivos suficientes para tirar todo por la borda, como tampoco lo eran las infidelidades, la ausencia de dialogo o de planes juntos o las faltas de respeto, a las que prefería no prestar atención. Las apariencias y la estabilidad económica importaban más que la posibilidad de una felicidad, quizá incierta o perecedera.

No sabía qué pensar… ¡Ups! Dante se abalanzó sobre una bici que los sorprendió, silenciosa, de repente, a su espalda.

—¡Dios!

—Perdón, perdón, perdón —exclamó Joanna, asustada, tirando de la correa para sujetarlo. Dante nunca se comportaba así.

La ciclista casi acabó en el suelo junto con su vieja bicicleta.

—Lo siento, de verdad —le aseguró compungida, ayudando a la joven a levantar la bici.

—Qué susto —reconoció aliviada la joven de cabello rizado y alborotado bajo el casco—. Por un momento creí que me iba a caer.

—¿Te has hecho daño?

—No, no. Solo ha sido un susto —explicó con una sonrisa nerviosa—. Me voy a trabajar. Mi jefe siempre me dice que llego tarde y tiene razón.

—¿Ahora vas a trabajar? Disculpa la pregunta, perdona.

—No, no. No pasa nada. Sí, soy auxiliar de cocina en un restaurante. No pagan mucho, pero solo tengo que lavar platos durante unas horas. A lo que quiero darme cuenta de que estoy trabajando se acaba el turno y me voy. Y tengo el resto del día para mis cosas. ¿Qué más se puede pedir?

Joanna asintió pensativa. La vio alejarse pedaleando con agilidad. Iba a trabajar. Tenía suerte. Matt no quería ni oír hablar de la posibilidad de que ella buscara un trabajo. Se lo había sugerido, pero él le había recordado el tiempo que llevaba sin hacerlo y lo obsoleta que estaría para ello y no le había quedado más remedio que darle la razón.

Tyler tenía niñera, tres de hecho. Iba al colegio, tenía sus clases particulares y ella cada vez tenía más tiempo para no hacer nada productivo. Gimnasios, spas, compras, desayunos con amigas de conversaciones vacías… Podría ser una vida soñada, pero para ella se había convertido en una pesadilla.

Contaba con un dinero que Matt le ingresaba todos los meses para sus gastos, pero los dos últimos años siempre tenía que pedírselo y ya se había cansado de tener que depender de él. Caminó de vuelta a casa. Cada vez tenía más claro que no podía seguir así, se recriminó agobiada.

Se sentía vacía, agotada y con el ánimo (y sospechaba que también la autoestima) por los suelos.



Joanna miraba nerviosa de lado a lado, paseando con Dante, que parecía notar su nerviosismo. Confiaba en que no tardaría en ver a la ciclista. Lo había pensado mucho. Matt no tendría por qué enterarse. Siempre llegaba a casa de madrugada, y ella podría ganar algo de dinero que le permitiera marcharse en un tiempo. Sabía que Matt no lo permitiría, que querría quedarse a Tyler, y que pelearía por su custodia, no porque no pudiera vivir sin él sino porque llevaba su apellido y era el futuro de su empresa.

¡Ahí estaba! El corazón le dio un vuelco. Levantó una mano a modo de saludo, quizá demasiado efusivo, teniendo en cuenta que no se conocían, pero quería que reparara en ella y que se detuviera.

—Hola —le sonrió visiblemente confundida—. Eh… ¿me estabas esperando?

—Sí. ¿Siempre llevas el mismo horario?

—Sí. Libro dos noches a la semana, pero a veces las trabajo para ganarme un dinero extra.

—¿Y yo podría trabajar allí?

La joven parpadeó como si le hubieran dicho una barbaridad. La miró de arriba abajo.

—¿Tú? ¿Allí? Me dedico a fregar platos.

—Lo sé. Me lo dijiste ayer, pero tienes buen horario.

—Si tú lo dices… No me pagan mucho.

—Pero te pagan.

—¿Estás bien?

—Sí. Necesito trabajar. Ganar algo de dinero. Quiero irme de aquí —le confesó casi con un nudo en la garganta al percibir su propia angustia.

—De acuerdo. Hablaré con mi jefe. Seguro que le parece bien, pero ya te digo que pagan muy poco, bueno, lo justo, pero es poco y son pocas horas. ¿No sería mejor que trabajaras en algo que te diera más dinero, una oficina o algo así?

—No me importa fregar —no le iba a contar sus problemas o la necesidad de que Matt no se enterara de que quería irse.

—De acuerdo…

—¿Te digo mi número de teléfono y me avisas cuando hables con él? Si pudiera empezar mañana…

—¿Mañana? Bien… ¿Tienes bici? Es lo más rápido para llegar allí.

Joanna asintió. Si Matt, algún día, llegara antes a casa siempre podría decirle, que había salido a hacer deporte después de desvelarse.

—Me llamo Kimmy —se presentó la joven sacando su teléfono de la pequeña mochila que llevaba a su espalda para grabar el número de Joanna—. Te aviso en cuanto sepa algo.



El calor la golpeó antes incluso de dar el segundo paso dentro de la cocina. Joanna se detuvo apenas un instante en el umbral, con el delantal aun colgando de sus manos, sintiendo cómo el aire denso, cargado de vapor y especias, se le pegaba a la piel y al cabello, recogido bajo la redecilla que completaba su, de momento, impoluto uniforme.

Aquello no era una cocina como estaba acostumbrada a ver. Era una guerra.

—Muévete si no quieres que te arrollen —le susurró Kimmy a su lado, empujándola suavemente hacia dentro.

Joanna reaccionó de inmediato, apartándose justo a tiempo cuando un camarero pasó a su lado con tres platos de presentación impecable, como si llevara dinamita en las manos.

—¡Mesa cinco, rápido! —gritó alguien.

—¡Faltan dos risottos! —respondió otra voz.

—¡Eso está hecho, sácalo ya!

Las órdenes volaban en todas direcciones, cortantes, precisas, sin espacio para dudas ni casi para respirar. El sonido de los cuchillos golpeando las tablas, el chisporroteo del aceite, el choque constante de platos y utensilios componían una sinfonía caótica, pero perfectamente orquestada.

Joanna tragó saliva mientras empezaba a atarse el delantal a su cintura con dedos que no terminaban de obedecerle. Jamás había trabajado en una cocina ni mucho menos fregando platos. Si alguien de su entorno se enterara sería demasiado humillante. Miró a su alrededor.

Tres cocineros se movían como si leyeran la mente unos a otros, coordinados, rápidos, sin margen de error. Uno fileteaba carne con una precisión casi quirúrgica. Otro removía una salsa con movimientos constantes, sin apartar la vista del punto exacto. La tercera, una mujer bajita de expresión dura, apenas levantó la mirada para recorrer a Joanna de arriba abajo en apenas un segundo.

El gesto de desprecio fue sutil, pero lo suficientemente claro como para que Joanna lo sintiera como una bofetada.

—Una princesa.

—Ni caso —murmuró Kimmy, acercándose más a ella mientras apilaba un montón de platos sucios—. A Jenny no le gusta nadie. Especialmente si es nueva, joven y respira.

Joanna soltó el aire lentamente.

—Genial.

—Te acostumbrarás.

—Eso espero.

Entonces, el mundo pareció detenerse. Un hombre parecía estar en el centro de todo, como el eje invisible que mantenía aquel caos bajo control. Su chaquetilla negra destacaba con un movimiento constante, rápido e impecable a pesar del ritmo frenético. Sus manos se movían con seguridad, precisión, casi elegancia, mientras terminaba de montar el plato con un gesto exacto.

Daba órdenes sin gritar y todos obedecían. Transmitía autoridad, dominio y poder.

Joanna se dio cuenta demasiado tarde de que lo estaba mirando con excesiva atención. Él alzó la vista por un segundo y sus ojos se cruzaron por un mínimo instante. El estómago le dio un vuelco. ¿Se podía ser más atractivo? El cabello oscuro ligeramente largo sujeto con un pañuelo a modo de diadema en la frente, sus ojos claros, su mandíbula cuadrada, alto, grande, fuerte…

—Eh, vuelve a la Tierra —susurró Kimmy, dándole un ligero codazo—. Si te quedas embobada, te comerán viva.

Joanna apartó la mirada rápidamente, notando cómo el pulso se le aceleraba sin motivo aparente. Era un simple cocinero, pero hacía tanto tiempo que no se cruzaba con un hombre así…

—Sí, claro.

Kimmy sonrió, divertida.

—Ven, te voy a enseñar tu reino.

La llevó hacia la zona de los lavavajillas, al fondo de la cocina. Los ruidos allí habían cambiado, pero no disminuido. Las pilas de platos parecían no tener fin, apilándose a una velocidad casi insultante, junto con sartenes, cazuelas, cubiertos y utensilios de todo tipo.

—Aquí no paramos nunca —explicó Kimmy mientras se remangaba—. Tú limpias, aclaras y colocas en el lavavajillas. Yo te cubro si te atascas. Y si te gritan, respira profundo y sigue.

—¿Y si me equivoco?

Kimmy se encogió de hombros.

—Te equivocarás, pero solo son platos. No es cuestión de vida o muerte. Y hoy faltan dos compañeros. Nos va a tocar volar.

Joanna dejó escapar una risa nerviosa. Iba a fregar platos. ¿Qué hacía alguien como ella, allí? «Necesitas el dinero y Matt no va a enterarse» se respondió inmediatamente.

—Bien —murmuró agobiada.

—Te acabará gustando —dijo Kimmy con una media sonrisa —. Tiene algo… adictivo… ¿A quién voy a engañar? No te gustará, pero es un trabajo rápido, repetitivo, no tienes que pensar y te pagan por ello. Para mí, es suficiente.

Joanna asintió insegura mientras se colocaba bien el delantal. El caos seguía girando a su alrededor. No dejaba de ser una nueva

experiencia y una posibilidad de escapar de su vida, se recordó. No pudo evitar mirar una vez más hacia el centro de la cocina, hacia él, justo cuando él también la miraba a ella.

Oliver sintió un puñetazo en el centro del pecho que lo dejó sin aire, en cuanto la vio. Sin dejar de cocinar, volvió a mirarla con el ceño fruncido ¿Quién era esa mujer? Kimmy le había avisado de que iba a llevar a una amiga, pero esa mujer no tenía nada que ver con ella. Rastas en el pelo o el cabello de colores no le hubieran sorprendido tanto. Pese a llevar el uniforme y estar en la zona de lavavajillas, sabía que no pertenecía allí.

—Jenny, encárgate tú —le pidió a la cocinera que trabajaba a su lado, alejándose de su puesto y yendo hacia su nueva trabajadora.

Joanna estaba poniéndose los guantes de goma que Kimmy le había dado mientras le enseñaba el funcionamiento de uno de los lavavajillas. Se sonrojó cuando lo vio alto, seguro, imponente, junto a ella. Bajó la mirada y dio un paso atrás, casi buscando una salida por la que escapar.

Oliver se sorprendió ante su actitud. Parecía un perrillo desvalido atemorizado, tratando de huir. Tanto que dio un paso atrás antes de presentarse ante ella.

—Bienvenida a la familia —le dijo tendiéndole la mano—. Soy Oliver. Kimmy me dijo que querías trabajar.

—Sí. Me llamo Joanna —se presentó viendo como su mano desaparecía cuando él se la rodeo. Por segundos le faltó el aire y desvió la mirada inmediatamente. Sabía que él la estaba analizando y sentía que podía leer hasta su alma.

No había hablado con él antes de firmar el contrato en el vestuario. No le habían hecho ni entrevista, a fin de cuentas, solo tenía que fregar unos platos. No había tenido que dar explicaciones sobre su necesidad de trabajar, pero le daba la impresión de que ese hombre podía enterarse de todo solo con una mirada. Lo llamaron a su espalda y tras una breve sonrisa, volvió a su puesto.

Joanna lo vio alejarse. Tampoco parecía un cocinero normal. No sabía que aspecto tendrían, pero ese hombre exudaba autoridad, dominio y arrogancia. Casi podría asegurar que encajaría a la

perfección en el entorno de Matt y estaba segura de que no se equivocaría.

Unos minutos más tarde, Joanna había empezado a dudar de todo. El agua quemaba, pese a los guantes, y entraba en ellos mojando sus manos. Los platos, por más prisa que se daba en limpiarlos antes de meterlos en el lavavajillas, se amontonaban a su lado. Las muñecas le dolían por los movimientos repetitivos y lo tensa que se sentía. Por momentos, quería llorar. No levantaba la cabeza del fregadero. ¿Qué trabajo era ese dónde no podía parar a respirar?

Se sentía torpe, insegura y frustrada. A veces miraba de reojo a Kimmy que parecía una bala a su lado. Precisa, organizada, rápida, firme. Intentó imitarla. Resultado: dos platos rotos.

Miró a su alrededor avergonzada. Nadie parecía haberse dado cuenta. Siguió con rapidez y más cuidado. Sentía su cuerpo en tensión, sus brazos y manos ardiendo y su nuca agarrotada de mirar hacia el fregadero. ¿Eso era normal? Desde luego, no tenía nada que ver con el trabajo de oficina que había desempeñado alguna vez. «Pero me van a pagar», se recordó.

Horas después, la montaña de platos empezó a menguar. Empezaron a llegar con menor frecuencia y pudo mover el cuello ligeramente entre un ciclo de lavavajillas y otro.

—Servicio acabado —anunció Oliver aplaudiendo a su equipo —. Gracias, chicos.

Joanna se giró con curiosidad. Kimmy también aplaudió antes de seguir fregando y dedicarle una sonrisa cargada de compañerismo que le llegó al alma. Apenas se habían mirado entre un plato y otro. No habían tenido tiempo, pero ese simple gesto la reconfortó. ¿Cuánto hacía que no recibía una mirada cordial?

—¿Todo bien? —le preguntó Kimmy mientras los cocineros y algunos camareros pasaban a su espalda en un desfile hacia los vestuarios.

Joanna asintió con un gesto de cabeza, incapaz de hablar. Notó que tenía la mandíbula tensa de tanto como había apretado los dientes. Realmente, solo quería llorar y esconderse bajo sus sábanas.

—¿Todo bien, chicas? —preguntó Oliver, un rato después acercándose a ellas.

Se había asegurado personalmente, como siempre, de que la cocina quedara limpia y que los últimos clientes se hubieran ido. Ambas asintieron.

—Hoy faltaron Jeremiah y Brandon —comentó para justificar el exceso de trabajo de ambas—. Si no recibo ninguna explicación, mañana encontraré a otros que los sustituyan.

Kimmy asintió sin dejar de fregar los últimos platos. Oliver dirigió una última mirada a la nueva empleada antes de despedirse de ambas e ir al vestuario pensativo. Esa mujer no encajaba allí.

—Es el jefe. No te enamores de él.

—¿Quién, yo? No pensaba hacerlo. Gracias.

—Es un Blackthorn —le advirtió como si eso lo explicara todo.

Joanna asintió incrédula, apretando los labios. Un Blackthorn. No necesitaba más explicación. ¿Quién no había oído hablar de ellos? Matt siempre había querido pertenecer a su selectivo círculo y ahora ella estaba trabajando para uno de ellos. La vida daba muchas vueltas.

Y no, no se enamoraría de él como Kimmy temía. No quería saber nada de hombres. De hombres ni de amor. Bastante había tenido ya. Primero tendría que divorciarse y después, mucho después, pensaría qué hacer en esa área de su vida.

—¿Os queda mucho, chicas? —escucharon poco después a su espalda.

—No, señor —respondió Kimmy con una sonrisa quitándose el delantal—. Yo ya he terminado y a Joanna no le queda casi nada.

Joanna ni se giró. Había reconocido la voz, pero no quería detenerse. Si lo hacía corría el riesgo de que las manos dejaran de responderle. Las sentía arder y temía que el esmalte de sus uñas hubiera desaparecido con tanto lavado. Matt descubriría que algo había estado pasando.

—Voy a adelantarme para ir al baño —le dijo Kimmy a Joanna alejándose con rapidez.

Oliver observó a Joanna sin que ella lo notara. Tenía los hombros rígidos, la espalda recta en exceso. Y frotaba las paredes

de la fregadera con mucha fuerza y demasiada intención.

—Puedes dejar eso —le comentó fingiendo indiferencia—. Mañana seguiremos.

Joanna se giró de inmediato.

—No me importa —respondió rápido—. De verdad.

Oliver asintió, como si le creyera, y, fingiendo indiferencia, empezó a secar la tabla de cortar carne que estaba junto a él.

—¿Qué tal tu primera noche? —preguntó interesado.

Joanna dudó una fracción de segundo.

—Bien —contestó incómoda. No le iba a decir que le dolían las manos hasta casi hacerla llorar o que había estado a punto de irse dos o tres veces porque no había parado ni un momento.

Oliver se apoyó en la encimera a su espalda. La tristeza en sus ojos le dolía.

—No tienes que demostrar nada —dijo extrañado ante su angustia—. Si trabajas como hoy puedes quedarte el tiempo que quieras.

Ella bajó la mirada. Si alguien supiera que estaba fregando platos… Era humillante, por mucho que se repitiera a sí misma que todos los trabajos eran dignos. Pero debía seguir. Aunque fuera poco a poco tenía que conseguir algo de dinero y ese horario era el que necesitaba.

—Gracias.

Oliver asintió notando cómo ella evitaba mirarle. ¿Qué estaría haciendo allí realmente?

Joanna ahogó un jadeo al quitarse los guantes. Llevaba cinco largas horas fregando a destajo y las manos le dolían como no sabía que podían doler. Apretó los labios al ver sus dedos arrugados y blanquecinos y las uñas, o lo que le quedaba de ellas, sin esmalte, e incluso algunas rotas.

Tendría que ir a la mañana siguiente… en unas horas, a hacerse la manicura. Miró la hora en el reloj de la pared, alarmada. Era muy tarde. Debía regresar a casa cuanto antes y rezar para que Matt no hubiera llegado todavía.

A Oliver le extrañó la pérdida de color en su rostro cuando había visto la hora. Esa noche se habían alargado un poco por la

ausencia de los compañeros. Normalmente no salían tan tarde

—Bien, vete a casa. Te apuntaré las horas extra.

Joanna asintió, se quitó el delantal y se dirigió a la puerta tras la que había salido Kimmy.

Oliver se quedó mirando la puerta cerrada unos segundos más de lo normal. Esa mujer no tenía que estar allí. Aunque pareciera estar encogida, su porte era elegante y distinguido. Y era muy bonita. Su cabello oscuro, alborotado por estar bajo la red se veía perfecto, su piel, tersa y sus ojos, oscuros, aunque inmensamente tristes, eran preciosos. Algo en ella no encajaba, pero ya tendría tiempo de averiguarlo.

Volvió al comedor para dar el último repaso. Todo estaba impoluto, como si nadie hubiera comido o no hubieran tenido que doblar el servicio de mesas. Tenía un buen equipo, reconoció orgulloso mientras iba a su vestuario.

Pensó en su padre y la última reunión con él. Muy a su pesar, no iba a prescindir de sus negocios. Este nuevo restaurante era la joya de su corona. Si su padre quería jubilarse podía hacerlo y darle el peso de la empresa a Adam. Él no iba a negarse. Como si se lo daba a Darren, su nuevo hermano. Tampoco le importaba, pese a que no tenía pinta de haber trabajado nunca en negocios legales. Más bien parecía un sicario, incluso el vigilante de seguridad de una discoteca nocturna. Le daba igual. No tenía por qué relacionarse con él. Probablemente no lo vería ni en la cena de Navidad.

Cuando Kimmy y Joanna salieron por la puerta trasera del restaurante, que daba al callejón coincidieron con Oliver a su espalda.

—¿Os acercó a algún sitio? —les dijo. Sabía que Kimmy iba en bicicleta, así que la pregunta iba dirigida principalmente a Joanna.

—No, gracias. Vamos en bici —respondió Kimmy, risueña.

—¿Tú, también?

Joanna se limitó a asentir con la cabeza a modo de agradecimiento, antes de salir pedaleando a toda velocidad.



Cuando Joanna llegó a su elegante ático, su corazón amenazaba con salir por la boca debido a los nervios que había hecho y el miedo a que la descubrieran.

Respiró aliviada cuando confirmó que Matt aún no había llegado, así que, después de asegurarse de que Tyler estuviera dormido, igual que la niñera, se metió con rapidez en la ducha. No podía dejar ningún rastro de olor a comida y le urgía embadurnarse las manos con crema hidratante. Las cubriría con guantes a modo de tratamiento y así no tendría que dar ninguna explicación sobre el estado en el que se encontraban.

—¿Ahora sales de la ducha? ¿No has tenido otro momento en todo el día para ducharte? —escuchó a su espalda cuando salió del cuarto de baño envuelta en su albornoz, poco después.

Se giró sobresaltada. Matt acababa de llegar.

—Me desvelé un poco y pensé que una ducha me relajaría.

—¿Crees que esperarme desnuda es una opción segura para que me acueste contigo? —le preguntó desanudando el cinturón y consiguiendo que el albornoz se abriera, mostrando una parte de su cuerpo.

Joanna contuvo la respiración. No le apetecía mantener relaciones con él. Cada vez eran más violentas y él era el único que las disfrutaba, si es que conseguía hacerlo, acabando casi antes de empezar.

La miró de arriba abajo antes de dar un paso hacia ella y eliminar la distancia que les separaba. Joanna se tensó.

—Me voy a dormir —le dijo Matt dándole la espalda.

Joanna lo siguió con la mirada y un nudo en el pecho. Era elegante, delgado, atlético, se cuidaba... Podía considerarlo atractivo, incluso guapo, pero la había hecho sentirse tan pequeña, tan culpable por todo y tan poco válida, que apenas le quedaban sentimientos afectivos hacia él. Más bien todo lo contrario.

Tomó aire y lo soltó despacio, todavía sin moverse. Se recompuso el albornoz y salió del cuarto de baño. Estaba convencida de que se quedaría dormida conforme se tumbara en la cama.



Una semana más tarde, Joanna ya se sentía más relajada en la cocina del restaurante. Se había acostumbrado a los comentarios desagradables de Jenny, a utilizar dos, incluso tres guantes superpuestos para fregar sin destrozarse las uñas, y a los horarios intempestivos. A lo que no se había acostumbrado era a las miradas silenciosas de Oliver.

Angus y Fraser, los nuevos compañeros en la zona de lavavajillas, habían resultado ser muy habladores además de trabajadores, así que acababan mucho antes por las noches y aunque la invitaban a salir con ellos a tomar una última copa, ella siempre se negaba para estar pronto en casa.

—Esta gente rica no sabe comer —comentó Fraser, alto, pelirrojo y delgado, cuando le dejaron al lado unos platos llenos de comida—. No han probado bocado.

Tanto él como Angus, de baja estatura y pelo oscuro, empezaron a probar la exquisita comida servida, mientras recogían el resto de los platos que les habían dejado.

—Si la gente se deja la comida no es asunto vuestro —les amonestó Jenny quitándoles el plato para tirar la comida a la basura delante de ellos y devolvérselo vacío—. Seguid trabajando.

Los dos volvieron a sus puestos tras la mirada compasiva de Kimmy y la alarmada de Joanna. ¿Qué le importaba a ella si comían las sobras de los platos?

No era la primera vez que lo hacía. De hecho actuaba igual siempre que uno de los cuatro recibía platos sin probar, algo que a Joanna se le hacía raro teniendo en cuenta la comida tan espectacular que se servía.

—¿Pasa algo? —preguntó Oliver, distraído, en cuanto escuchó algo fuera de lo normal en la cocina.

Levantó la mirada. Vio a Joanna hablando algo con sus compañeros. Tenía un gesto serio y parecía estar enfadada. No era lo habitual en ella. La observaba con frecuencia cuando ella no se daba cuenta. Sabía que se enfadaba con ella misma cuando el agua la salpicaba, que se estresaba cuando los platos se le acumulaban y que no se permitía descansar en ningún momento. Tenía aguante y empuje, había decidido a fuerza de mirarla en silencio.

Pero no solía enfadarse con los compañeros, por lo que debía estar ocurriendo algo serio. Quizá hablar de eso a la hora de salir, fuera la excusa que necesitaba para tomar algo con ella o acompañarla a casa.

Había sido imposible hacerlo en toda la semana. En cuanto acababan, salía como alma que lleva el diablo, en su bicicleta, como si la estuvieran esperando en casa.

Joanna refunfuñó antes de mirar a sus compañeros.

—No me parece bien —les apoyó—. ¿Qué le importa a ella si la comida va a tirarse?

—Sí, pero no podemos hacer nada —le respondió Kimmy sin dejar de fregar—. Es raro que sobre comida, y para una vez…

—¿Qué ocurre? —preguntó Oliver a su espalda—. ¿Algún problema?

—No —exclamaron Kimmy, Angus y Fraser.

Joanna arqueó las cejas, asombrada ante su actitud avergonzada. No habían hecho nada malo. Siempre había pensado que los trabajadores de las cocinas probaban los platos, pero a los que fregaban, parecía que no les daban ni los buenos días.

—¿Piensas lo mismo? —insistió Oliver mirándola.

—No... Había un plato con comida. No lo habían tocado. Pensábamos comerlo, o probarlo, quizá, pero…

—Nada, no ha pasado nada —la interrumpió Kimmy tirándole del brazo para que siguiera fregando.

Oliver miraba a Joanna esperando la explicación, pero Jenny se acercó a él, con los ojos echando chispas.

—¿Ya está mintiendo la princesa?

—No tengo por qué mentir —se defendió incrédula ante su acusación.

Oliver se giró para mirar a Jenny, que les dio la espalda arrogante. Cuando volvió a mirar a Joanna, Kimmy estaba gesticulando, pretendiendo decirle algo a su compañera.

—Nada… —murmuró Joanna apretando los labios.

Necesitaba ese trabajo y no podía jugárselo si Jenny se ponía en su contra. Oliver apostaría por ella, que llevaban mucho tiempo trabajando juntos.

—Has dicho algo sobre gente que no ha probado el plato.

Joanna le mantuvo la mirada por unos instantes. Esa acusación sonaba seria. Optó por bajar la mirada. No estaba preparada emocionalmente para defenderse en una batalla dialéctica con quien le pagaba el sueldo.

—Nada, no importa —le dio la espalda y volvió a su trabajo.

Oliver miró al resto de los auxiliares, que desviaron la mirada. Desde luego que no era el mejor momento para intentar quedar con ella. ¿Y qué había dicho de platos llenos de comida? No le había gustado ese comentario. Resignado, volvió a su lugar frente a los fogones. Quiso pensar que el conflicto sería algo puntual. Estaba contento con ese equipo. Eran puntuales, trabajadores y nada conflictivos en comparación con otros que había habido.

Ya sabía que era un trabajo duro, y se pagaba poco, pero no se pedía ninguna cualificación para el puesto, se recordó. Aunque su sueldo era el estipulado por ley, sabía que no era suficiente para subsistir. Por lo menos, los horarios intempestivos les permitían trabajar en otros lugares. Aun así, tenía claro que Joanna no tardaría en buscar otro sitio donde trabajar. Aquel no era su lugar. No sabía qué hacía allí, pero no perdería la oportunidad de conocerla antes de que se fuera.

Dos noches después, Joanna no encontraba sus guantes. La noche anterior le había ocurrido lo mismo y, sin quejarse había pedido unos nuevos a Kimmy, pero esa noche no había guantes de repuesto.

Aún no habían salido del vestuario cuando Jenny se asomó por la puerta con los ojos brillantes y una sonrisa burlona.

—¿Qué le pasa a la princesa? ¿Se le van a estropear las uñas?

Kimmy y Joanna la miraron extrañadas. ¿Quién le había dicho algo sobre la falta de guantes en el armario del material?

Joanna fue hacia ella, seria. Ese día estaba enfadada porque Matt había apuntado a Tyler a unas jornadas deportivas ocasionándole tal disgusto al pequeño, que había tardado en dormirse de lo mucho que le dolía la cabeza.

Jenny corrió hacia la cocina con la misma rapidez que Kimmy para detener a Joanna.

—Esto es solo un trabajo y ella es una amargada —le recordó Kimmy, preocupada—. No le des la satisfacción de ver cómo te despiden.

Joanna apretó los labios. Se miró las manos. No podía lavar los platos sin guantes. No iba a hacerlo. Esos productos de limpieza eran agresivos y además de lo mucho que le dolían las manos y las muñecas no iba a consentir que se le rompieran más uñas y menos porque una mujer resentida y envidiosa quisiera.

—Toma mis guantes —le dio Kimmy—. Oliver los repondrá mañana.

Joanna estuvo a punto de no aceptarlos. Se sentía egoísta y mala compañera por hacerlo.

—No me importa, de verdad —insistió Kimmy mientras ocupaba su lugar sin ellos.

—¿Y tus guantes? —le preguntó Fraser.

—Han desaparecido misteriosamente —dijo mirando a Jenny.

—Es una víbora —murmuró Angus tendiéndole los suyos—. Toma, yo no me hago la manicura ni tengo que dar explicaciones a nadie.

Joanna lo agradeció devolviendo sus guantes a Kimmy. Había compartido con ellos algún detalle de su vida, como ellos habían

hecho lo mismo con total naturalidad. Sabía que Kimmy cuidaba de su madre, que Fraser tenía problemas con su casero y que Angus cambiaba de novio con frecuencia. Eran vidas y experiencias que ella jamás se había planteado, y le resultaban curiosas.

Se puso los guantes. Otros días se ponía tres pares. Esa noche tendría que conformarse con uno. Dedicó una mirada a Oliver antes de empezar su turno. Podía pasar horas admirando cómo trabajaba, cómo se concentraba, cómo atendía a varios pedidos y a varias personas a la vez como si fuera lo más sencillo de hacer. Era el eje de la cocina. Un eje fuerte, atractivo y tentador.

A mitad de jornada, los codazos entre Angus y Fraser llamaron la atención de Joanna. Se giró divertida. Ya sabía lo que ocurría. Devolvían platos completos. Le extrañaba bastante, pero no era asunto suyo hasta que… otra vez Jenny les quitó los platos y vació el contenido en la basura delante de ellos con una sonrisa victoriosa. Joanna apretó los labios.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Cómo se puede ser tan mala persona? —exclamó enfadada.

Jenny volvió a su sitio riéndose abiertamente de ella.

Joanna miró impotente a Kimmy. No iba a dejar que las cosas se quedaran así. Se quitó los guantes y fue hacia ella.

—Te he preguntado que ¿qué te ocurre? ¿Cómo puedes ser tan mala?

—¿Me has dicho mala? ¿A la princesa no se le ocurre un insulto mejor?

Oliver levantó la mirada cuando escuchó voces que nada tenían que ver con pedidos o comandas. Le sorprendió ver a Joanna en actitud belicosa, con los brazos en jarras, frente a Jenny y sin ninguna intención de rendirse. Fue hacia ellas, impidiendo que Kimmy participara, que era lo que parecía dispuesta a hacer.

—¿Qué pasa aquí?

Jenny levantó las manos en señal de fingida inocencia, antes de seguir cocinando como si nada hubiera pasado. Oliver miró a Joanna con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—¿Qué ha ocurrido?

—Siempre que llegan platos llenos queremos probarlos, pero Jenny los vacía delante de nosotros.

Oliver trató de procesar la información. ¿Otra vez? ¿Platos llenos? ¿Había gente a la que no le gustaba su comida? ¿Y nadie le decía nada? Miró a Jenny.

—¿Eso es verdad?

—Los restos de comida siempre se han tirado. No son unos muertos de hambre para andar comiendo sobras. Y si lo son que rebusquen luego en la basura como los perros.

Joanna la miró agresiva.

—¿Cómo se puede ser tan mala persona? —insistió mirando a Oliver—. Es desagradable, ofensiva…

Oliver la miró. Podía comprender su molestia, pero le preocupaba más el tema de la comida.

—¿Tiras sobras o platos llenos?

—Platos llenos. Rara vez hay sobras.

Miró a Jenny con dureza.

—¿Llegan platos llenos y no te preocupa que la comida esté mala?

—No, claro que no —le respondió Jenny con arrogancia—. Cocinamos bien. Si alguien no quiere algo es su problema. Si no, bien se lo pueden comer estas alimañas.

—No nos dejas —le recordó Joanna ofendida—. Y ¿a quién estás llamando alimaña? No nos llegas a la suela de los zapatos.

Oliver dejó de mirar a Jenny y se fijó en Joanna que parecía echar chispas por la mirada.

—¿Con qué frecuencia ocurre eso? —preguntó a Joanna—. ¿Cuántos platos devuelven cada noche aproximadamente?

—Todas las noches, dos o cuatro platos.

—¿Sin postre?

Joanna asintió. Uno de los camareros llegó con dos platos con la comida sin tocar. Iban a dejarlos en los carros preparados para fregar cuando Oliver lo interceptó.

—¿De qué mesa son?

—La doce, chef.

Oliver se quitó el delantal. Bajo él llevaba la chaquetilla negra con su apellido bordado en letras doradas. Tomó los dos platos y salió de la cocina.

Joanna dedicó una última mirada despectiva a Jenny antes de volver a su sitio.

—No te metas en problemas —le recomendó Kimmy—. A Jenny no le importas nada y mucho menos le importará que pierdas el trabajo.

—Estoy cansada de estar callada. Me parece tan injusto.

Se quedó pensativa. No solía buscar discusiones, ni siquiera le gustaban, pero estaba tan cansada de su vida, de hacer siempre lo que se esperaba de ella, que no le importaba defender sus ideas.

Oliver salió al comedor apretando los labios. Iba a buscar una explicación convincente de por qué no habían probado esos platos. No le gustaba tirar comida y sí le gustaba mejorar. Si estaba mal cocinada enmendaría los errores, pero si no... Vivian llegó hasta él.

—¿Todo bien? —le preguntó deteniéndole con su cuerpo.

Oliver no estaba para tonterías. No le importaba que hubiera puesto la visión de su pronunciado escote a su total disposición, que le estuviera rozando con el pecho o que su sonrisa fuera un claro gesto de bienvenida.

—La mesa doce se ha dejado los platos completos. ¿Lo sabías?

—Es una indisposición —le respondió con un mohín de fingida inocencia que Oliver interpretó como tal y en el que no estaba dispuesto a caer—. Se han ido sin pedir postre siquiera.

Oliver le mantuvo la mirada con cierta desconfianza. Joanna le había dicho que todos los días devolvían varios, pero Vivian llevaba varios años trabajando con él. No tenía por qué mentirle. Quizá debiera darle un voto de confianza.

—¿Estás segura?

—¿Dudas de mí? Nunca te he dado motivos. ¿Qué te ocurre? Estás más susceptible de lo normal. ¿Va todo bien? ¿Tu mal humor tiene que ver con tu padre? Si hay algún problema en el comedor te avisaré —le aseguró Vivian apoyando sus manos en su pecho,

mientras bajaba las pestañas, coqueta—. Sabes que el restaurante es muy importante para mí.

Oliver contuvo la respiración, controlando las ganas que tenía de verificar lo que Vivian le había contado. Realmente no tenía por qué desconfiar de ella, pero su intuición le decía que algo no iba bien. Nunca, en todos los años que llevaba cocinando le habían devuelto los platos sin tocar. Y nada tenía que ver con la decisión de su padre de jubilarse o la aparición de un nuevo hermano al que no habían vuelto a ver desde que su progenitor lo había presentado.

—Si quieres podemos hablar sobre ello después de cenar —le sugirió con una sonrisa juguetona.

Oliver negó con un gesto de cabeza. Vivian siempre estaba dispuesta a compartir su cama con él. No había nada serio entre ellos, por lo que suponía que se estaría acostando con más hombres. No le importaba demasiado. Ni siquiera descartaba volver a acostarse con ella alguna otra vez, pero en ese momento no era lo que más le apetecía.

—Presta atención por si vuelve a ocurrir —le pidió inflexible.

Oliver volvió a la cocina y personalmente llevó los platos a la zona de lavavajillas. Angus y Fraser lo miraron de reojo. Joanna le mantuvo la mirada.

—Saca un túper para cada uno y os repartís la comida. A mí tampoco me gusta tirarla. No suele sobrar mucho, pero tenéis total libertad de llevárosla bajo vuestra responsabilidad.

—Gracias —le dijo Joanna retirándole los platos de sus manos.

Fraser y Angus sonrieron satisfechos.

—Saco cuatro túperes —le dijo Fraser decidido.

—No, yo no puedo llevarme —le contrarió Joanna.

—Pero si lo has conseguido tú.

Joanna se encogió de hombros. Era lo justo, pero no podía llevarse uno. ¿Cómo iba a explicarle a Matt que llegaba con comida de uno de los mejores restaurantes de la ciudad?

Oliver vio que Jenny lo miraba de reojo. Siempre le gustaba conocer su descarnada opinión sobre cualquier tema.

—Van a romper la cadena de frío, la comida puede ponerse mala o a saber qué pueden hacer con ella. Te denunciarán por negligencia, intento de envenenamiento o cualquier otra cosa y eso puede traer repercusiones negativas al restaurante —le respondió sin dejar de cocinar.

—Soy un Blackthorn —le respondió como si eso fuera un límite suficiente que nadie debería cruzar.

—La princesa seguro que conoce tu apellido, pero los muertos de hambre que pasan por el fregadero dudo que sepan quiénes sois y si lo saben se mueren de envidia. Eres demasiado confiado.

—Todo lo contrario a ti.

—Por eso me quieres cerca.

Oliver disimuló la sonrisa que se empezaba a dibujar en sus labios. Tenía razón, aunque a veces dudaba de si lo buena profesional que era compensaba lo retorcida y desagradable que podía llegar a ser a nivel personal.

Miró a Joanna. No era como sus compañeros aunque pareciera ser una más. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? Debía encontrar la manera de quedar con ella sin que se notara su interés. Le daba la impresión de que era capaz de salir huyendo si se acercaba demasiado.



Otra jornada terminada, sonrió Oliver tras el aplauso de agradecimiento al equipo. Había ido bien, aunque todavía debía hablar con Vivian para que confirmara la caja, si había habido algún contratiempo y el incidente de los platos devueltos.

Se disponía a ello cuando vio a Kimmy dirigirse hacia el servicio para empleados. Espero unos instantes antes de ir a su encuentro.

—Kimmy —dijo cuando llegó hasta ella—. ¿Tienes un minuto?

La joven alzó la vista, sorprendida, pero asintió.

—Claro, jefe.

—Es sobre Joanna. ¿La conoces desde hace mucho?

Kimmy se encogió de hombros.

—No, mucho no —admitió.

Oliver alzó una ceja, invitándola a continuar.

—Nos conocimos en el parque —explicó—. Cuando yo venía a trabajar en bicicleta y ella —dudó— paseaba al perro. Se me echó encima. El perro, digo. Casi me tiró, y empezamos a hablar.

Oliver asintió confundido.

—¿De noche?

—Sí.

—¿Hablabais?

—Lo justo —respondió—. Fueron un par de días. Me preguntó por mi horario de trabajo, y como siempre andamos buscando gente para este turno, le dije que preguntaría.

—¿Sabes algo más de ella? —preguntó con curiosidad.

—No mucho. Es muy reservada. No suele hablar de su marido ni de su hijo.

Oliver apretó los labios.

—¿Marido e hijo? ¿Y qué hace aquí?

—No lo sé… aunque nadie trabaja fregando platos porque le sobre el dinero. Creo que le tiene un poco de miedo al marido.

—¿Miedo?

—Eso creo. Por eso sale siempre corriendo de aquí. Para que no la descubra.

—Él no sabe que trabaja aquí.

—¿Tú dejarías a tu mujer trabajar fregando platos de noche?

—Es un trabajo honrado.

—No lo discuto. Y te ayuda a pagar el alquiler, pero ¿tú lo harías? ¿Con el dinero que tienes? Además, ahora no tanto, pero cuando la conocí estaba tan triste…

Oliver apretó la mandíbula apenas. ¿Estaba intentando huir de su matrimonio? ¿Y por qué no se divorciaba sin más y el marido le daba lo que le correspondiera?

—¿Pasa algo? —le preguntó Kimmy, preocupada.

Oliver negó.

—Solo quería saber.

La vio alejarse. Aún tenía más curiosidad que antes. La observó detenidamente. Era una princesa como Jenny decía, con un velo de tristeza en la mirada. ¿Por culpa de su marido? Apretó los labios con rabia. Debía averiguar quién era, por qué no la hacía feliz, por qué no se separaban… Y cuando algo se le metía entre ceja y ceja, no paraba hasta que lo solucionaba.

Miró el reloj. Aún quedaba media hora para que llegaran sus hermanos. Tiempo más que suficiente para terminar lo que quería y preparar la mesa del fondo que era donde se solían reunir los jueves desde la inauguración.

—¿A qué huele? —preguntó poco después Adam entrando al restaurante.

La puerta ya estaba cerrada al público y las luces apagadas, a excepción de la que había sobre la mesa en torno a la que se sentaban.

Oliver prestó atención a los olores mientras sacaba el whisky de malta que reservaba para esas ocasiones, para servirlo en los pequeños vasos tallados.

—Mantequilla tostada y romero.

Daniel entró con gesto serio y se unió a ellos mientras Oliver llenaba los vasos.

—Papá sigue con la absurda idea de jubilarse —les confirmó Adam.

Daniel se encogió ligeramente de hombros.

—A mí aun no me ha dicho nada de manera oficial, pero quiere incluir a Darren en todas las empresas.

Adam y Oliver lo miraron incrédulos.

—No puede decirlo en serio —bramó Adam fastidiado—. No sabemos nada de él. Puede robarnos todo.

—Se firmaría legalmente.

—Por supuesto, pero aun así, ¿qué sabemos de él? —preguntó Oliver.

Adam y Daniel negaron con la cabeza.

—Tendremos que invitarlo al whisky de los jueves —solucionó Oliver con tono burlón.

—No tenemos nada en común —gruñó Adam.

—Un padre —le recordó Daniel—. Estoy tramitando su reconocimiento como parte de la familia Blackthorn.

—¿También se hará nuestro tatuaje? —preguntó divertido Oliver recordando el espino negro que los tres hermanos se habían tatuado en la espalda cuando eran más jóvenes, tras una borrachera.

—Lo que sí que parece es que asistirá a las cenas familiares —insistió Daniel—, Así que, quizá deberíamos empezar a conocerlo un poco más

—No cuentes conmigo para eso —le dijo Adam reacio.

—Solo retrasarás el momento. Por lo que veo, vamos a tener que relacionarnos con él. No parece que sea un capricho de papá —insistió Daniel.

—No iba en serio lo de que viniera los jueves, pero… si consideráis que hay que invitarle solo tenéis que decírmelo.

Los tres hermanos se miraron serios. Era algo grave y que les iba a afectar de una manera u otra, pero no estaban seguros de cómo abordarlo de la mejor manera.

A la noche siguiente, la cocina estaba en su punto habitual de caos controlado: sartenes chisporroteando, cuchillos golpeando madera, órdenes que volaban sin dueño…

Oliver se movía entre los fogones como si aquel ruido no existiera, concentrado, preciso, con la mente en el plato y las manos, con vida propia, haciendo lo que sabían hacer.

Joanna se distraía a veces mirándolo. ¿Cómo sería como pareja? ¿Protector, cariñoso, entregado? No recordaba qué le había

llamado la atención de Matt. Había confundido su arrogancia con valentía, su control con preocupación, sus opiniones con sabiduría. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? Siempre había sido egoísta y egocéntrico, hasta en los pequeños detalles, y ella no había querido verlo. Quizá porque a esas alturas ya estaba cansada de luchar por una relación que la estaba ahogando.

—Princesa, despierta y ponte a trabajar. Necesito esa cazuela limpia —escupió Jenny, altiva.

—Sí, disculpa —respondió Joanna volviendo a la realidad.

—Te he dicho mil veces que así no —exclamó Jenny, subiendo el tono más de lo necesario—. ¿De verdad tengo que estar encima de ti todo el tiempo?

Joanna bajó la mirada. No respondió. No podía ser tan difícil fregar una cazuela, se recriminó sin dejar de frotar. Si no se le hubiera quemado la salsa de tomate no tendría que estar restregando tanto. «Estás para fregar» se recordó molesta consigo misma.

Oliver no levantó la cabeza de inmediato. Había distinguido las voces y el conflicto sin prestar apenas atención. Miró de reojo a la cabizbaja Joanna. Debería aprender a defenderse, se dijo para no intervenir. Siguió removiendo la salsa, ajustando el fuego, probando con la punta de la cuchara. Pero no pudo evitar mirar a Jenny con la mandíbula tensa.

—Jenny —dijo sin alzar la voz—. Basta.

La cocina no se detuvo, pero el volumen bajó un grado imperceptible.

—Solo estoy enseñándole —replicó ella, altiva.

Oliver apartó la sartén, dio dos pasos y se colocó entre ambas sin dramatismo.

—Enséñale sin humillar —añadió—. Aquí nadie grita.

Jenny apretó los labios, molesta. Alzó la barbilla, altiva y se dio media vuelta.

Oliver miró de reojo a Joanna. Parecía bastante mortificada como para decirle nada más. Volvió a su puesto para no dar más importancia a lo sucedido.

Joanna soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Debía aguantar allí. Llegaría el día en el que pudiera marcharse de casa y quizá buscar otro trabajo con más tranquilidad. El dinero, aunque escaso, le venía bien, pero también interactuar con sus compañeros.

Una de las camareras le había contado la noche anterior que se había ido de casa casi con lo puesto y que aunque iba muy ajustada de dinero, había reducido los gastos al máximo, cenaba las sobras del restaurante y estaba empezando a remontar la serie de malas decisiones con respecto a los hombres que había tomado. Historias como esa le daban esperanza de que algún día ella también podría cambiar de vida.

Levantó la mirada un momento, justo cuando Oliver la estaba mirando. Antes de que pudiera retirarla, notó como él la sonreía levemente. El gesto le sorprendió, pero lo agradeció. Un gesto amable era algo que últimamente valoraba mucho.



Joanna sentía que el corazón iba a estallarle. Con la cantidad de restaurantes que había en la ciudad, Matt había elegido el *Ohana* para invitarla a cenar. Afortunadamente, era su noche libre así que no tendría que inventar ninguna excusa por no presentarse a trabajar. Pero eso no evitaría que viera a algunos de sus compañeros, casi gimió.

Frente a la puerta titubeó unos instantes. Podía fingir que no conocía a nadie, pero escaparse a la fría mirada de Vivian sería casi imposible.

—Relájate —murmuró Matt a su lado, colocando una mano firme en la parte baja de su espalda mientras abría la puerta para entrar—. Es muy difícil encontrar mesa en este lugar y he oído hablar muy bien de él.

Joanna, cabizbaja entró tras él para quedar a su espalda en cuanto Vivian, en su puesto de maître, les recibió con una sonrisa calculada y su encanto profesional.

—Síganme, por favor —les indicó sin prestar atención a la joven, que tratando de pasar desapercibida, caminaba mirando al suelo.

El restaurante brillaba. Las luces suaves acariciaban las mesas, las conversaciones se mantenían en un murmullo sofisticado, y los platos que pasaban frente a Joanna desprendían aromas que le tensaban el estómago.

Cuando Vivian les entregó la carta, no pudo esconderse. La mujer parpadeó incrédula antes de fijar la mirada en ella. Joanna se la sostuvo por unos instantes antes de bajarla y fingir que no la conocía. Vivian recompuso su sonrisa antes de dejarles solos y volver a su lugar.

Joanna miró a Matt, que observaba a su alrededor con mucha atención y los ojos brillantes.

—Me habían hablado mucho de este sitio y veo que tenían razón. Pertenece a los Blackthorn, es una familia adinerada. Puedes pensar que yo también y tienes razón, pero con los Blackthorn no podemos llevarnos mal. Sería nuestro suicidio social, así que espero que te comportes.

Joanna levantó la mirada con rapidez. No era la primera vez que le decía algo así, pero ya se había cansado de escuchar frases de ese tipo.

—¿Por qué me dices eso?

—Debo recordártelo cada cierto tiempo —sonrió con fingida inocencia—. No te enfades.

Matt exploró la carta, pensativo, antes de mirarla a ella que apenas podía leerla de lo nerviosa que estaba.

—Supongo que no sabes ni qué te apetece.

—Eh… —. No le había dado tiempo a elegir. Todo era más que apetecible.

—Está bien, no te preocupes —le dijo con fingida paciencia—. Vamos a pedir vieiras selladas sobre crema de coliflor trufada y aceite de avellana y tartar de atún rojo con aguacate, lima y

crujiente de wonton y de segundo solomillo de ternera con reducción de vino tinto, puré de patata ahumado y verduras glaseadas y una lubina salvaje a la piel crujiente con emulsión de cítricos y hinojo caramelizado —le indicó al camarero que había ido a tomarles nota, mientras ella, en un intento de que no la reconocieran, disimulaba mirando hacia otro lado y fingía que se retocaba el cabello para ocultar su rostro con la mano.

—Los rumores tenían razón. Esto está lleno de empresarios de nivel, fiscales, y altos cargos políticos.

Joanna asintió mirando distraída a su alrededor, tratando de localizar donde estaban los demás camareros para evitar establecer contacto visual con ellos. Esperaba que el nudo en el estómago le permitiera probar la comida.

La cena fue increíble. Tal y como esperaba después de haber sido testigo durante tantas noches del ritmo, el perfeccionismo y la minuciosidad con la que trabajaban Oliver y su equipo.

La conversación giró en torno a la espectacular comida, las empresas que tenían los Blackthorn y un nuevo proyecto que Matt tenía en mente y al que Joanna no prestaba atención. Bastante tenía con tratar de ocultar su presencia a los compañeros que servían por la zona.

Un pequeño movimiento a su izquierda le hizo contener la respiración. Un hombre de la mesa contigua se levantaba, entusiasmado, insistiendo en felicitar al chef. No podía ser que Oliver la viera allí. ¿Y si la saludaba? Era demasiado cordial para no hacerlo. ¿Y si se iba al cuarto de baño? Murmuró una disculpa que Matt apenas entendió y se alejó de la mesa. Estaba salvada, se dijo.

Varios minutos después regresó. Sabía que las visitas de Oliver al salón si alguien quería felicitarlo eran breves, así que confiaba en que ya hubiera vuelto a la cocina. Nada más salir se fijó en su mesa y en la de al lado. Matt tenía gesto serio. Le echaría la bronca por haberse demorado tanto, pero a esas alturas no le importaba demasiado.

Aliviada, comenzó a caminar hacia su mesa. Alguien le cortó el paso de repente haciéndola trastabillar.

—Disculpe… ¿Joanna?

Joanna sintió que sus mejillas empezaban a arder. Se lo había encontrado de frente. ¿Se podía tener peor suerte? Como cada vez que salía de la cocina, se había quitado el delantal. Llevaba la chaquetilla impoluta, que le realzaba sus hombros anchos y fuertes. Imposible que pasara desapercibido, pensó ruborizada.

Oliver parpadeó extrañado. Estaba preciosa con un elegante vestido negro que insinuaba su estilizada figura. Su cabello medio recogido, su maquillaje realzando su bonito rostro. ¿Qué hacía allí?

—Disculpe —acertó a decir bajando la mirada y regresando a su sitio con el paso acelerado.

Quizá debía haberle dicho algo más. No podía fingir que no sabía quién era porque a la noche siguiente lo vería en la cocina. ¿La despediría?

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Matt, molesto.

—Lo siento.

—Por tu culpa no he podido hablar con el chef. ¿Cómo iba a saludarlo si no estabas a la mesa? Hubiera sido de mala educación. Que no vuelva a pasar.

—Lo siento —insistió molesta sin mirarle. Bastante tenía con lo que se decía a ella misma por haberse jugado el puesto de trabajo como para aguantar lo que le dijera él.

Oliver la siguió atónito con la mirada. Kimmy le había dicho que estaba casada. ¿Habría ido con su marido? ¿Cómo le permitía trabajar allí por las noches fregando platos? ¿Tenían un problema económico, pero podían permitirse el precio de su carta? Aunque, tal y como había reaccionado, tenía claro que el que trabajara con él era secreto. Si no, no hubieran aparecido por allí. Podría ser demasiado humillante.

Joanna levantó la mirada levemente. Contuvo la respiración. No podía ser que Oliver se estuviera dirigiendo hacia su mesa. Su presencia imponía. Caminaba con esa poderosa seguridad y esa calma controlada que tanto envidiaba ella.

Se detuvo en una mesa cercana y suspiró aliviada. Creía que iba a llegar hasta su mesa. Oliver se incorporó y su mirada se cruzó un mínimo instante.

El corazón de Joanna se le aceleró. No lo mires, se repitió, pero era absurdo porque su caminar, su presencia, era hipnótica para ella y para la mayoría de los comensales que le seguían con la mirada, deseando que reparara en ellos para concederles un saludo.

Oliver intercambió unas palabras amables con otro cliente, una sonrisa breve, profesional… y entonces su mirada volvió a reparar en Joanna con insistencia. Por más clientes que lo interceptaran llegaría hasta ella, se dijo con gesto tenso.

Joanna interpretó su mirada. Esa fuerza y esa fiereza le permitía conseguir todo lo que se propusiera. No tenía escapatoria. Sintió cómo se ruborizaba y desvió la mirada angustiada. Por favor, que no me diga nada, gimió en su interior.

Cuando sintió que se había parado frente a su mesa, bajó la vista inmediatamente, fingiendo interés en su plato, en su copa, en cualquier cosa que no fuera él. El pulso le golpeaba en las sienes.

—¿Todo está a su gusto? —preguntó él con voz calmada, neutra, como si no la hubiera visto nunca.

Joanna forzó una sonrisa antes de mirar a Matt que respondía encantado de haber captado su atención y se presentaba ante él.

Oliver contuvo las ganas de dirigirse a ella. Estaba tensa, fría y encogida. ¿Qué hacía fregando platos en su cocina estando casada con un abogado reconocido? No era de su círculo, pero identificaba con facilidad a las personas que tenían dinero o aspiraban a subir de nivel en la escala social y ese hombre pertenecía a ese segundo grupo.

El hambre de éxito brillaba en su mirada y en el placer de haber sido saludado por él. Él era un Blackthorn después de todo, aunque se escondiera tras los fogones.

Oliver sostuvo la mirada de Matt apenas un segundo, antes de volver a mirarla a ella. No iba a ponerla en evidencia.

—Me alegro —respondió finalmente, antes de inclinar levemente la cabeza—. ¿A la señora también le gustó?

Luchando en vano por no sonrojarse, Joanna levantó la mirada para mantenerla en Oliver por unos breves instantes.

—Sí, a la señora le ha gustado —respondió Matt por ella—. Muchas gracias.

Oliver asintió levemente antes de alejarse apretando los labios. Joanna soltó el aire cuando se alejó.

—¿Lo conoces? —preguntó Matt, con tono aparentemente casual.

—No —respondió ella demasiado rápido—. ¿Por qué iba a conocerlo?

Matt dejó los cubiertos sobre el plato con un sonido seco.

—Porque te ha mirado como si te conociera y quería saber tu opinión acerca de la comida.

Joanna sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Estás exagerando. Solo es su trabajo.

—No —replicó él, inclinándose hacia delante—. Lo que pasa es que te gusta llamar la atención. Te dije que no te pintaras los labios de rojo.

Joanna bajó la mirada, clavándola en el plato.

—No sabía dónde ibas a traerme —miró a su alrededor—. Muchas mujeres llevan los labios rojos.

—Pero a ellas no les queda igual que a ti. Siempre estás llamando la atención —continuó él, con una media sonrisa tensa—. Luego pasa lo que pasa.

Ella no respondió. Bajó la mirada para perderla en el plato. De reojo, un movimiento la distrajo en la mesa cercana a la que Vivian se dirigía.

Los comensales apenas habían prestado atención a los platos. Uno de ellos hizo un leve gesto con la mano. Vivian mantuvo la sonrisa pasando de largo. Los platos fueron apartados, casi sin probar. Realmente era incomprensible con lo deliciosa que estaba la comida, pero sus compañeros se alegrarían, se dijo disimulando la sonrisa.

Los comensales eran un reputado juez y un conocido fiscal de los que no recordaba el nombre, pero había visto más de una vez en las noticias. Estarían hablando sobre algún caso tan peliagudo que les habría quitado el apetito, se dijo.

—Tenía mis dudas con el restaurante, pero Blackthorn sabe lo que hace —comentó Matt dejando a un lado la servilleta—. Será mejor que nos vayamos. No has estado nada comunicativa.

—Lo siento —se disculpó Joanna con un nudo en su estómago. Le sorprendía que hubiera podido tragar siquiera un bocado con los nervios que había sentido—. He estado pensando en Tyler.

—Tyler está bien con la niñera. Lo que quiero es que me apoyes cuando te digo que hay que apuntarlo a algún deporte. Ese niño no hace otra cosa que pintar.

—No le gustan los deportes.

—Me da igual. Ya se acostumbrará. No pienso tener un hijo que se dedique a pintar vagabundeando por las calles.

—Tiene cinco años. Apenas sabe lo que quiere desayunar por las mañanas como para saber qué…

—Eso es lo que ocurre —la corrigió Matt pidiendo la cuenta con un gesto—. No puedes darle opciones ni dejarle pensar. Ha de hacer lo que hay que hacer y punto.

Joanna ahogó un suspiro. Era solo un niño, se dijo. No quería verlo sometido a las estrictas normas del padre o de lo que se esperaba de él. Bajó la cabeza cuando uno de los camareros acudió a cobrarles. Titubeó unos segundos al reconocerla.

Joanna se alarmó, desviando la mirada. No podían descubrirla al final de la cena. Matt carraspeó molesto con la mirada insistente del camarero sobre su esposa. El camarero pareció captar los gestos y se alejó de ellos a paso rápido.

—El personal deja mucho que desear.

—No me lo ha parecido —les defendió Joanna levantándose.

Cuando subieron al coche, de vuelta a casa, Joanna se relajó. Suponía que al día siguiente debería dar explicaciones a más de uno, si Oliver no la despedía antes, pero, se llevó una mano a su frente pensativa, ya saldría adelante como se le ocurriera llegado el momento.

La casa estaba en silencio cuando cerraron la puerta y fueron al dormitorio, sin plantearse otra cosa.

Él se quitó la chaqueta con un gesto brusco y la dejó caer sobre la silla.

—Podrías haber estado más simpática —dijo, sin mirarla.

Joanna dejó el bolso despacio.

—He hecho lo que he podido.

Él soltó una risa corta.

—Eso es justo el problema. *Lo que puedes* nunca es suficiente.

Joanna apretó los labios.

—Cualquier otra mujer sabría moverse —continuó—, sabría conversar y no parecer incómoda todo el tiempo.

Joanna notó el pinchazo familiar en el estómago.

—No todas somos iguales.

—Exacto —respondió él—. Algunas entienden su lugar. Otras, no.

Joanna bajó la mirada. En otros momentos se habría disculpado y aguantado la colección de desprecios. En ese momento, cerró la boca para no decirle lo que pensaba y lo que estaba a punto de hacer.

—Ya es desgracia que entre todas las mujeres que hay, me casara contigo —suspiró él—. Me haces quedar mal vayamos donde vayamos.

—No era mi intención —murmuró ella a regañadientes, rozando el límite de su paciencia.

—Nunca lo es —replicó mientras se servía una copa del mueble bar que tenía junto a la ventana—. Pero el resultado siempre es el mismo.

Bebió un trago largo.

—A veces me pregunto qué sería de ti sin mí. No tendrías esta casa, ni esta vida, ni, por supuesto, a Tyler.

Joanna apretó los labios. Solo necesitaba un poco más de tiempo.

—Deberías agradecer que todavía me esfuerzo por sacarte de casa —continuó—, por mostrarte. Otros hombres no tendrían tanta paciencia.

—Estoy cansada —se disculpó, con un hilo de voz. No le apetecía escucharlo más.

—¿Vas a irte dejándome con la palabra en la boca? —le preguntó serio.

Joanna levantó la mirada para enfrentarlo. Pocas veces recordaba haberlo hecho.

—Realmente, no sé qué haces conmigo —coincidió antes de salir.

Le había parecido ver un destello de sorpresa en los ojos de Matt. No se había esperado su respuesta. Le dio igual. Tampoco esperaría el divorcio, pero no aguantaba más.

Se marchó al cuarto de baño sin volver la vista.



La noche siguiente, Joanna intentó evitar las miradas de sus compañeros y, decidida, se centró en todo lo que tenía por fregar. El agua estaba demasiado caliente, pero no apartó las manos.

El vapor le subía por los brazos, empañándole la vista mientras fregaba una cazuela tras otra con movimientos rápidos, casi automáticos. El ruido de la cocina la envolvía: órdenes, platos, fuego…

—¿Estás bien, Joanna? —le preguntó Kimmy llegando a su lado—. Hoy has llegado un poco antes…

—Sígueme —le ordenó Oliver pasando tras ella, a su espalda.

Kimmy lo miró extrañada.

—¿Me ha dicho a mí? —le preguntó mirando la hora en el reloj que había en una de las paredes—. No he llegado tan tarde.

—No, me ha dicho a mí —refunfuñó salpicando las manos para quitarse el exceso de agua antes de secarlas con el delantal que llevaba puesto.

Sabía que no podría escaparse de dar alguna explicación. Lo siguió hasta la puerta trasera que daba al callejón. Él la abrió y le pidió con un gesto que saliera, antes de seguirla y cerrar a su espalda.

Estaban a media luz, a solas. Joanna evitó mirarlo. La fuerza y masculinidad que emanaba la ponían nerviosa. Era bastante más

alto que ella. Si la rodeara con sus brazos podría perderse en su pecho. ¿Por qué tenía que pensar en él como hombre? Era su jefe. Punto.

—¿Qué fue lo de ayer?

Joanna lo miró con fingida indiferencia. Su mirada era firme, seria, dura. Como si lo que ella fuera a decirle le importara de verdad.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí —puso los brazos en jarras, tratando de mantener la paciencia—. Viniste a cenar aquí con tu marido.

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

Joanna se cruzó de brazos en un absurdo gesto inútil para mantenerse protegida de lo que ella misma estaba sintiendo.

—Porque quería oírlo de tus labios —se acercó a ella un poco más.

Podría justificarse diciendo que quería que se sintiera respaldada, pero lo cierto era que estaba deseando abrazarla, sentirla cerca, protegerla incluso.

—Estoy casada, sí. Nunca dije que estuviera soltera. No creo que sea relevante para el puesto de trabajo —se defendió evitando mirarle.

Se sentía atraída por él, como si fuera un imán del que resultaba complicado alejase. No entendía por qué. No quería saber nada de ningún hombre.

—Ni yo te lo pregunté, pero tu marido tiene mucho dinero. ¿Por qué vienes a trabajar aquí? Si quisieras trabajar por entretenerte en algún sitio, seguro que tiene muchos contactos que podían haberte dado un puesto de trabajo en algún bufete u oficina.

—Él no sabe que estoy trabajando —masculló entre dientes como si estuviera confesando un delito.

Oliver asintió incrédulo. ¿Su marido no sabía que salía de noche para fregar platos? ¿Dónde estaba él? Estaba claro que la relación entre ellos estaba más que rota.

—¿Y eso por qué?

Joanna le sostuvo la mirada unos instantes. No era asunto suyo. No tenía por qué explicarle nada, pero estaba cansada de

guardar silencio, pese a que le costaba verbalizar sus intenciones.

—Porque… me quiero separar de él, cosa que tampoco sabe.

La miró extrañado. Justo lo que había sospechado.

—Aquí cobras muy poco. Es lo legal, pero puedes tardar mucho tiempo en ahorrar algo que te permita empezar de nuevo en algún sitio.

—Lo sé, pero no se me ocurrió nada más ni tampoco encontré otra cosa —se defendió estremeciéndose incómoda por su vulnerabilidad.

Oliver dio otro paso hacia ella. Casi podían rozarse.

—¿Decírselo abiertamente y que te dé una paga compensatoria no es una opción?

—No. Matt no dejaría nunca que me llevara a Tyler. Es mi hijo. Tiene cinco años.

—Por lo que sé, no puede oponerse. Si un miembro de la pareja quiere dejar la relación, puede hacerlo —le comentó pensando en que hablaría con Daniel al respecto.

¿Y las consecuencias? Pensó Joana apretando los labios, sin decirle lo que pensaba.

—¿No tienes amigos o familia que puedan ayudarte? —insistió preocupado por lo que leía en su mirada.

—La relación con mis amigas fue enfriándose. Además todos están en los mismos círculos y a mi familia… no les gusta llamar la atención. Un divorcio puede ser complicado.

Luchó contra las ganas de abrazarla y de que se apoyara en él.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Ya lo estás haciendo, dándome trabajo y debería volver dentro. Se me van a acumular los platos y luego Jenny se quejará.

Oliver le mantuvo la mirada. La veía pequeña, indefensa e incluso desorientada. Había que tener mucho valor para exponerse a que su marido pudiera descubrirla escapándose de noche de casa. Igual que para ponerse a trabajar fregando platos. ¿Se habría dado cuenta de eso?

Jenny había tenido razón llamándola princesa. Lo era, pero debería ser tratada como una reina.

Asintió a regañadientes. No sabía los motivos del divorcio. No le había preguntado porque prefería no implicarse, pero le daba la sensación de que lo había hecho sin pretenderlo desde la primera vez que la había visto.

Le abrió la puerta y la siguió hasta la cocina donde todo parecía cobrar vida. Apretó los labios con fuerza. Se estaba empezando a involucrar más de lo que debía y lo sabía.



Joanna se puso los guantes conteniendo una mueca. Las manos le dolían hasta casi provocar que se le saltaran las lágrimas. Las muñecas también. Sabía que era por el trabajo, pero no podía dejarlo. No quería depender de Matt, pese a que lo que cobraba era casi una ridiculez. Había recibido la nómina esa mañana y había tenido que contener la respiración.

Tenía bolsos que costaban más dinero que lo que había ganado en quince días fregando platos, se lamentó. Pero se le había ocurrido que podría venderlos en internet. Quizá así sacara el dinero suficiente para empezar a vivir hasta que Matt aceptara la separación y empezara a pasarle la manutención para Tyler. Quizá incluso le correspondiera darle algo a ella como compensación por los años a su lado en los que no había trabajado.

La cocina no había parado su ritmo. Miró a Oliver. Él se había dado cuenta de cuándo había llegado. Habían cruzado la mirada por unos mínimos instantes. Admiraba cómo era capaz de controlarlo todo sin moverse de su sitio ni aparcar lo que estaba haciendo.

Apenas había empezado a preparar el contenido del tercer lavavajillas cuando su teléfono empezó a sonar en el bolsillo donde lo guardaba. Extrañada, paró por un instante para mirar quién la llamaba a esas horas. Quizá la niñera. Su corazón se detuvo. El mundo desapareció a su alrededor. Su estómago se encogió. Era

Matt. No podía ser. No podía estar en casa. Empezó a sudar. ¿Qué excusa iba a darle? ¿Por qué llegaba tan pronto?

No podía responder. Escucharía los sonidos de la cocina. Dejó de sonar. Un mensaje inmediato. Lo leyó preocupada. «Llego a casa enseguida». El corazón estaba a punto de estallar. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cuánto tiempo era «enseguida»? ¿Diez minutos?

No le daba tiempo. Tenía que llegar a casa, ducharse, cambiarse, hacer que todo pareciera normal. Guardó el móvil con manos torpes y miró a su alrededor como si buscara una salida que no existía.

—Kimmy —dijo, bajando la voz, urgente—. Me tengo que ir.

Su amiga la miró, sorprendida.

—¿Ahora? ¿Estás loca? Oliver está…

—Por favor —la interrumpió Joanna, con un tono que no dejaba espacio para discusión—. Cúbreme.

Joanna también miró a Fraser y a Angus, que al ver su expresión preocupada, dieron un paso hacia ella. Kimmy dudó apenas un segundo, antes de asentir.

—Vete. Yo me encargo.

Joanna asintió agradecida. Se quitó el delantal con un tirón, lo dejó sobre la encimera y empezó a caminar rápido. Quizá demasiado rápido para pasar desapercibida. Atravesó la cocina esquivando cuerpos, bandejas y fuegos. Pero no fue suficiente.

—¿Dónde vas?

La voz fuerte y masculina la detuvo en seco. Joanna sintió cómo todo su cuerpo se tensaba antes de girarse lentamente. ¿Cómo no iba a notar que alguien dejaba su puesto? Oliver estaba a unos metros, observándola con el ceño ligeramente fruncido. No había enfado en su rostro. Sí expectación y preocupación.

—Tengo que irme —le explicó sin querer entrar en más detalles, intentando sonar normal—. Es urgente.

Oliver leyó la preocupación en sus ojos. Era su empleada. No debía implicarse más. Sintió la mirada de Jenny sobre él, también la de Kimmy que los miraba de reojo.

—Estamos en pleno servicio —dijo finalmente, sin dureza, pero tampoco con indulgencia.

Joanna tragó saliva. Sus mejillas ardían. Debía escaparse ya.

—Lo sé. Lo siento. No volverá a pasar.

—Vete —aceptó serio. Esa escapada le daba la oportunidad de pedirle explicaciones al día siguiente.

Joanna no necesitó que se lo repitiera para salir corriendo sin intentar disimular. Sintió su mirada clavada en la espalda hasta que desapareció por la puerta.

El silencio que dejó no duró mucho. Oliver se acercó a Kimmy.

—¿Qué ha sido eso?

Kimmy se encogió de hombros, fingiendo naturalidad mientras volvía al fregadero.

—No sé. Supongo que su hijo.

Kimmy apretó los labios.

—¿Supones?

—No me ha explicado nada. No necesita hacerlo.

—La cubriremos nosotros. No notarás que no está —le aseguró Angus.

Oliver soltó una exhalación suave, apoyando las manos en sus caderas. Estaba satisfecho con ese equipo, pese a que supiera que no durarían mucho. Asintió. No le quedaba más remedio que aceptar la situación.

Volvió hacia su lugar de trabajo.

—¿La princesa tiene problemas en el reino? —preguntó Jenny con ironía.

—No te metas —le respondió serio. No tenía ganas de escuchar los comentarios mordaces de Jenny.

—Te estás implicando demasiado.

—Aún no he empezado a hacerlo —le aseguró pensativo. Tenía que hablar con Daniel al respecto, se recordó.



Joanna salió del ascensor deprisa, torpe, sacando las llaves con manos temblorosas. Tardó más de la cuenta en acertar a meterlas en la cerradura. No había recuperado la respiración y casi no sentía las piernas. Había pedaleado sin pensar en que podía tener un accidente, había dejado la bicicleta en el trastero sin cuidado y, como colofón, se había dado un golpe seco con la pared al salir que la hizo estremecerse y recordar el dolor lacerante en sus muñecas.

Abrió conteniendo la respiración. Silencio. Demasiado silencio. Matt aún no había llegado. Cerró la puerta con cuidado, apoyando la espalda contra ella durante un segundo tratando de controlar su respiración por un instante, sin conseguirlo. Dante corrió a recibirla, afectuoso y adormilado. Lo acarició distraída. No podía entretenerse.

Fue con rapidez a la habitación de Tyler. Dormía plácidamente mientras la niñera dormitaba en el sofá junto a su cama. La despertó con cuidado, le pagó como si hubiera estado todo el turno y la acompañó a la puerta. No era normal que Matt llegara tan pronto por lo que intuía que llegaría enfadado.

Se quitó la chaqueta mientras caminaba hacia el baño. Después, la camiseta. No podía perder el tiempo en colgar su ropa. Era más urgente darse una ducha. Sentía que llevaba impregnado el olor de la cocina.

Abrió la ducha, escondió su ropa en un armario, apelotonada, y sin esperar a que el agua estuviera caliente, se metió bajo el chorro con prisa, casi con desesperación. Frotó su piel con fuerza. El vapor empezó a llenar el cuarto de baño cuando escuchó la puerta de casa.

Su cuerpo se quedó rígido. Matt iba a encontrarla allí. Por lo menos no tendría que contarle lo de su trabajo. Escuchó sus pasos lentos y firmes. El picaporte de la puerta giró. Joanna cerró los ojos un segundo. Matt entró y se apoyó en el marco de la puerta, observándola en silencio.

Su mirada recorrió su cuerpo mojado.

—¿Qué haces?

—Ah, hola… quería ducharme.

Matt no se movió.

—¿A estas horas?

El tono… ese tono acusador que siempre le hacía dudar de sí misma, que tanto conocía y que tan poco le gustaba, le anudó la garganta.

—He estado… haciendo yoga —improvisó—. Estaba sudada.

Él soltó una risa breve.

—Claro. ¿Con quién estabas?

Joanna contuvo la respiración. ¿De qué la iba a acusar esa vez?

—¿Qué?

—No me hagas repetirlo.

Joanna negó con la cabeza, sintiendo cómo el estómago se le encogía. Cerró el grifo de la ducha. Eso no tenía pintas de acabar bien. Solo esperaba que Tyler no se despertara.

—No estaba con nadie.

Matt dio un paso dentro del baño. Luego otro.

—¿Te crees que soy idiota?

—No.

Se envolvió en la toalla sin salir. Necesitaba mantener algo de distancia.

—No son horas para ducharte. Llevas todo el día sin hacer nada y ¿haces yoga a las once de la noche? No soy idiota.

Joanna apretó los labios Evitó mirarle. Leería la culpabilidad en su mirada por estar tramando escaparse de él, ahorrando dinero a escondidas. Matt la agarró del brazo de golpe para zarandearla, mientras la sacaba de la ducha. El dolor la hizo jadear.

—Mírame cuando te hablo.

Joanna lo hizo.

—No estaba con nadie —dijo, con la voz más firme de lo que se sentía—. Jamás se me ocurriría.

Él la observó unos segundos.

—No eres tan lista como crees.

—No estoy mintiendo.

—Claro que sí.

Matt sonrió levemente con esa sonrisa desfigurada que era peor que los gritos.

—¿Sabes qué pasa, Joanna?

Se inclinó un poco hacia ella, apretándole más el brazo e invadiendo su espacio, impidiéndole casi respirar.

—Que sin mí… no eres nada.

Las palabras se le clavaron en el alma, aunque ya las había escuchado antes.

—Yo te doy esta casa, esta vida. —hizo un gesto vago alrededor—. Y así es como lo agradeces.

—No te estoy engañando.

—No tienes ni el nivel para hacerlo.

Joanna apretó los dientes. Estaba fregando platos por la noche. No había encontrado otro trabajo. Quizá tuviera algo de razón…

—No lo haría, Matt.

Matt entrecerró los ojos.

—Lo que es mío, es mío —volvió a zarandearla con más fuerza—. Y no lo comparto.

Joanna intentó soltarse.

—Me haces daño.

—Aprende.

Su voz fue un susurro helado.

—O la próxima vez no seré tan… considerado. Me estás cansando.

El aire desapareció de sus pulmones.

—Matt…

—¿Quieres seguir jugando a tener secretos?

Ella negó rápidamente.

—No tengo secretos.

—Más te vale.

Soltó su brazo de golpe, haciéndola que casi se golpeara contra la pared. La piel del brazo donde la había agarrado le ardía.

—Como descubra que me estás mintiendo, te quitaré al niño.

El mundo se detuvo.

—No.

—Sí.

Su voz era fría y tranquila.

—Y créeme. Puedo hacerlo.

Joanna sintió cómo el pánico le subía por la garganta.

—No podrías hacer eso. Soy su madre. Ningún abogado…

—¿Quieres comprobarlo? —le preguntó con gesto cínico.

Joanna apretó los labios. No había podido informarse con ningún abogado por miedo a que le contaran algo a él. No estaba tan segura como quería estarlo. Pero sabía de lo que era capaz y lo que significaba su apellido, su dinero y su control.

—Es lo único que te importa, ¿verdad? —continuó él, casi con desdén—. Ese niño.

—Es mi hijo.

—También es mío y lleva mi apellido. Es mi heredero y jamás te lo cederé. Compórtate como debes —añadió— y deja de hacer cosas que no te corresponden.

Se giró hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Y que sea la última vez —. La miró por encima del hombro —, que te duchas a estas horas.

La recorrió con una mirada fría y calculadora.

—Puedo pensar que acabas de estar con tu amante y no quieres que me entere, pero de mí no te vas a reír.

Cerró la puerta de golpe. El sonido retumbó en todo el baño.

Joanna se quedó paralizada, temblando. Soltó el aire con el corazón palpitando desbocado. Debía consultar con un abogado para asegurarse de que no podía quitarle a su hijo. Por lo menos no la había descubierto. Se apoyó en el lavabo, aun envuelta en la toalla. Matt se dormiría enseguida así que no querría acostarse con ella. Solo tenía que tardar un poco en salir.

Al día siguiente sabía que Oliver le pediría una explicación, refunfuñó fastidiada. ¿Le compensaba por el dinero que estaba ganando? Quizá debería empezar a vender sus bolsos de marca sin que Matt se enterara. Kimmy podría ayudarla con eso.

Cuando salió, solo Dante la estaba esperando tras la puerta. La acompañó al dormitorio, recordándole con su presencia lo valiosa que era, y se acostó a los pies de la cama.

Joanna le acarició la cabeza, con cariño. En esos momentos, él era su remanso de paz. Pensó en Tyler. No lo veía tanto como quería a causa de las niñeras y sus actividades extraescolares impuestas por Matt, pero las cosas iban a cambiar, se prometió. Pronto.



La noche siguiente, Joanna evitó la mirada de Oliver que parecía haberla fijado en ella desde que había cruzado la puerta.

Afortunadamente, el ritmo de la cocina era frenético y desesperado. Ningún cocinero podía distraerse ni mucho menos relajarse, así que Joanna pudo centrarse en su metódico trabajo mientras empezaba a planificar cómo decirle a Matt que iba a dejarlo. No se lo tomaría bien. Debía estar preparada para eso, pero se sentía emocionalmente más fuerte que hacía mucho tiempo.

Oliver había apretado los labios al ver entrar a Joanna cabizbaja y con la tristeza inundando sus ojos. Su mirada se fue a las marcas moradas que tenía en el antebrazo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la rabia no se apoderara de él.

En cuanto pudiera hablaría con ella. No iba a consentir que un hombre maltratara a una mujer que trabajara para él. Si alguien se metía con uno de los suyos, se metía con él, y eso podía ser muy peligroso.

Hasta una hora más tarde no pudo delegar en el resto de los cocineros. Los estaba formando para que no dependieran de él. Incluso para que pudieran encargarse ellos de todo si él no aparecía algún día. Ese era un buen momento para demostrarles que confiaba en ellos. Se quitó el delantal, con una simple mirada a cada uno de ellos, les mostró su confianza dando un paso atrás. Cuando

en menos de un segundo, el grupo de cocineros se reajustó entre los fogones ocupando su espacio, fue hacia Joanna.

—Sígueme.

La voz de Oliver, firme e imposible de ignorar, llegó desde detrás de ella, pillándola por sorpresa.

Joanna se giró lentamente. Cuando Oliver hizo contacto visual, apenas un segundo, le señaló la salida al callejón y se dirigió hacia ella sin confirmar que le seguía.

—Vete, no te preocupes —le dijo Kimmy ocupando su lugar.

Joanna dudó apenas un segundo. No había manera de evitar la incómoda conversación que le esperaba. ¿La despediría? Siguió a Oliver.

—No suelo sacar a la gente de la cocina para charlar —dijo Oliver, imponente, cruzándose de brazos—. Así que voy a ir al grano.

Joanna asintió, sintiendo cómo se le tensaban los hombros.

—¿Estás bien?

La pregunta la pilló desprevenida. Parpadeó incrédula.

—Claro.

Oliver inclinó ligeramente la cabeza, observándola como si esa respuesta no le bastara. ¿De verdad pensaba que podía creerla?

—No lo parece.

El silencio se extendió entre ellos. Joanna desvió la mirada. Estaba convencida de que él era capaz de descubrir en ella lo que quisiera.

—Estoy bien —repitió, más despacio esta vez—. Solo… cansada.

Oliver no respondió de inmediato.

—¿Y tu marido? —añadió él, sin apartar los ojos de su rostro y de todas las emociones que lo surcaban.

Joanna dudó solo un segundo.

—También —dijo finalmente, forzando una pequeña sonrisa —. Muy bien.

Oliver la sostuvo con la mirada, incapaz de creer sus palabras. Se recostó ligeramente en la pared.

—Entonces explícamelo.

Joanna frunció el ceño. ¿No iba a poder evitarlo? Apretó los labios, fingiendo inocencia.

—¿El qué?

—Empieza por explicarme por qué estás aquí.

—Es un trabajo —respondió ella, encogiéndose de hombros —. Necesito trabajar.

Oliver negó suavemente con la cabeza.

—No.

Su tono fue calmado, pero rotundo e inflexible.

—No necesitas fregar cazuelas en mi cocina si como tú misma has dicho estás bien.

Joanna le mantuvo la mirada por unos instantes. Ese trabajo no era solo por necesidad económica. Era por supervivencia emocional. ¿Cómo decírselo?

—Ya te expliqué que quería divorciarme.

—¿Por qué no lo has hecho todavía?

Joanna sintió el calor subirle por el cuello y teñir sus mejillas. Bajó la mirada.

—No es tan sencillo.

—Hazlo sencillo —replicó él—, y cuéntame algo que pueda creerme.

Joanna apretó las manos sobre su regazo, notando cómo le temblaban ligeramente.

No podía contárselo. Matt era poderoso e influyente. Su familia, sus amigos, también lo eran. Ella, o su familia, también lo habían sido. Quizá tuvieran amigos en común. Probablemente la aislarían socialmente. No le importaba demasiado, pero no podría evitar el escándalo en su círculo más cercano y sería, cuanto menos, incómodo y desagradable. ¿Estaba dispuesta a pagar ese precio? Por supuesto, pero necesitaba sentirse un poco más fuerte. Un poquito más. La batalla contra Matt por la custodia de Tyler no sería sencilla. Ahogó un suspiro. Le costaba hablarle del miedo que tenía de que le quitara a su hijo.

—Quiero… tener lo mío —dijo al final, escogiendo cada palabra con cuidado—. Mi dinero. Mi independencia…

No era mentira, aunque tampoco era toda la verdad, se justificó.

Oliver la observó en un silencio largo. Ella no quería mirarle. ¿A qué tenía miedo exactamente?

—Eso sí me lo creo.

Joanna levantó la vista, sorprendida. Sus miradas se encontraron. En ese momento el mundo pareció que volvía a estrecharse entre ellos.

—Pero no es todo —añadió él, más bajo.

No era una pregunta. Era una afirmación.

Joanna sostuvo su mirada unos segundos más, antes de negar suavemente.

—Sí que lo es —mintió.

Oliver no insistió, pero no apartó esa expresión desconfiada en su rostro.

—Te lo estoy preguntando porque me importa la gente que trabaja conmigo.

Joanna asintió con las cejas levantadas, aferrada a su firme convicción de no decirle nada.

—Tu marido no sabe que trabajas aquí.

—No.

—Ayer te fuiste antes de que acabara tu jornada.

—La recuperaré.

—Hoy has venido con moratones en los brazos. ¿Quieres que te pregunte qué ocurrió ayer o me lo imagino?

Por instinto, y costumbre, Joanna se cubrió los brazos.

—No.

—No porque no me lo vas a contar.

—Exacto.

—Pero puedo imaginármelo.

—No pasó nada.

—¿Y esas marcas? —se estaba empezando a enfadar por momentos.

—Me caí de la bicicleta —improvisó.

—¿En algún momento te he hecho creer que soy idiota?

Joanna se ruborizó todavía más.

—No, por supuesto que no, pero me caí de la bicicleta.

Oliver resopló.

—Esta vez lo dejaré así. A la próxima señal que te vea de marcas en el brazo o en cualquier otro lugar, le partiré la cara.

—No. No fue él —insistió alarmada.

No podía permitir que Matt pensara que iba contando a los demás los problemas de su matrimonio. Eso empeoraría más las cosas y haría más difícil que pudiera irse, sin problemas, con Tyler.

—No me tomes por imbécil.

Oliver dio un paso hacia ella, serio. Joanna lo miró molesta. No iba a amedrentarla. No iba a retroceder. Llevaba mucho tiempo haciéndolo. Le enfrentó con los brazos en jarras. Oliver disimuló su admiración. Eso quería, que despertara, que se enfrentara a él y a cualquiera que quisiera dañarla. Le mantuvo la mirada desafiante. Ella se veía aún más menuda y vulnerable frente a él, pero dispuesta a plantar batalla. Así la quería: fuerte, empoderada.

—No lo hago, pero yo tampoco lo soy. No me gusta que me hagas sentir débil e indefensa.

—Bien. Porque no lo eres. Trabajas para mí y aquí se trabaja duro —le advirtió frunciendo el ceño. No iba a dejar que cayera en el victimismo. No cuando no podía abrazarla, consolarla y tratarla como se merecía —. No necesito gente que desaparezca a mitad de turno. Si no vas a poder trabajar avísame para buscarte una sustituta.

Joanna asintió avergonzada. No esperaba esa recriminación. Hubiera preferido palabras tiernas y cariñosas, que le abriera los brazos y la permitiera apoyarse en su pecho, que la consolara, que la abrazara. Levantó la cabeza con toda la dignidad que pudo.

—No volverá a pasar.

—Eso espero.

—¿Puedo volver a la cocina?

Oliver la observó un segundo más antes de asentir. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le estaba dando espacio, tiempo, cuando lo que deseaba era tomarla de la mano, asegurarle que no le iba a ocurrir nada y enfrentarse a su marido con todo el peso de los Blackthorn? ¿Le estaba dejando librar esa batalla para que recordara la fuerza que, estaba seguro, había en ella?

Joanna lo evitó para dirigirse a la puerta que había tras él. Él se giró para seguirla con la mirada.

—Joanna…

Ella se giró expectante.

—Si necesitas algo, dímelo —claudicó. No podía abrazarla, pero debía hacerle saber que estaba allí.

El corazón de Joanna sintió una ligera caricia que la alivió como no esperaba que hiciera. Asintió levemente antes de continuar con su camino.

Oliver resopló en cuanto se quedó a solas. Sabía que Joanna le estaba mintiendo. No iba a dejar las cosas así. Nadie se metía con uno de sus empleados y salía victorioso. Habían pasado a formar parte de la plantilla de la empresa, pero también de su vida y todo tenía un precio.

Antes de volver a la cocina, Joanna fue al cuarto de baño. Necesitaba unos segundos para recomponerse y respirar profundamente. No había sabido qué pensar de la conversación con Oliver. Parecía sinceramente preocupado por ella y eso que apenas se conocían. Se lavó las manos y se humedeció las mejillas con ellas. Si volvía a la cocina inmediatamente y se sumergía en el trabajo metódico de rellenar los lavavajillas podía echarse a llorar en cualquier momento. Se acercó a la puerta de acceso al comedor.

Qué nervios había hecho la otra noche, recordó mientras veía a Vivian, impecable como siempre, deslizándose entre las mesas con esa elegancia que la caracterizaba. Estaba acomodando a dos hombres en la mesa doce, la más apartada y discreta. La cena que les habían servido la otra noche había sido espectacular, volvió recordando lo que habían cenado. Debía dejar de soñar con los ojos abiertos y ponerse a trabajar, se recriminó.

Oliver todavía sentía la rabia recorriendo su cuerpo. Sabía que cocinar así no era buena idea, pero le costaba cambiar su estado de ánimo. Cocinar era lo que le permitía relajarse.

Aliviado, vio a Joanna volver a su lugar de trabajo. Había temido que se hubiera ido de allí y se había sentido culpable por ello. Necesitaba relajarse un poco. Con una simple mirada pidió al

compañero que controlara su puesto. Solo sería un momento. Lo justo para calmar los nervios. Se quitó el delantal.

Se acercó hasta la puerta que les separaba del comedor. Su mirada recorrió la sala de forma automática y profesional. El salón estaba completo como todas las noches. Incluso las mesas que reservaban para clientes VIP de última hora, se dijo fijándose en la mesa doce.

Había dos hombres sentados que no lograba reconocer ¿Quizá nuevos empresarios de la zona? Trajes oscuros, cortes perfectos, movimientos contenidos. No miraban a su alrededor ni parecían interesados en el ambiente, y mucho menos en la carta.

Los clientes habituales siempre miraban a su alrededor, se relajaban, disfrutaban, pero ellos no. ¿Serían los típicos «nuevos ricos» que no conocían la forma habitual de comportarse de la gente adinerada? Sentía cierta curiosidad.

Vio a Vivian en su puesto junto a la entrada.

—¿Nueva reserva? —comentó, deteniéndose junto a ella sin apartar la vista de la mesa.

Ella no miró de inmediato.

—Última hora —respondió, con una sonrisa suave—. Han llamado hace poco más de cuarenta minutos.

Su tono era tan impecable como siempre.

—¿Y les das la doce? —preguntó él, bajando ligeramente la voz.

Vivian sostuvo su mirada, confundida.

—Era la que quedaba libre.

Oliver volvió a mirar hacia la mesa. Uno de los hombres hablaba en voz baja. El otro apenas asentía, con la mirada fija en algún punto indeterminado del restaurante.

—No han pedido nada aún —añadió Vivian con naturalidad—. Estoy esperando a que se decidan.

Oliver asintió. Volvió a mirar hacia la mesa doce un segundo más. Esperaba que acabaran convirtiéndose en clientes habituales.

—Vuelvo a la cocina —añadió, dándole la espalda.

Vivian asintió. Oliver regresó a la cocina. Cruzó la mirada con Joanna. Apretó los labios. Esa mujer estaba empezando a gustarle,

muy a su pesar. No era el momento. No cuando su padre amenazaba con jubilarse, ni cuando había aparecido un nuevo hermano, ni cuando ella aún no se había divorciado



Oliver llevaba más de diez minutos apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos y la mirada casi fija en el elegante portal por el que Joanna podría salir en cualquier momento.

Había salido pronto del restaurante, algo poco habitual en él. El turno de comidas había terminado sin contratiempos, así que decidió salir antes que nadie para variar.

No había dejado de pensar en Joanna y en la escueta conversación de la noche anterior. Quería convencerse de que estaría actuando igual con cualquiera de sus empleados, pero en el fondo sabía que no era cierto. Joanna le producía curiosidad, interés y una extraña atracción que no había sentido antes y que le hacía estar atento a cualquiera de sus gestos y de sus movimientos, cada vez que la veía.

Como por las noches en horario laboral era imposible hablar, había optado por acudir hasta su casa. Había buscado la dirección que figuraba en su contrato y solo quedaba esperar a que apareciera por algún lado.

Poco después, Joanna salió con su hijo de la mano y Dante, sujeto con la otra, tirando suavemente de la correa, inquieto por salir a la calle.

Oliver no pudo evitar sonreír sorprendido por su propia reacción ante esa imagen tan sencilla y familiar. Jenny tenía razón y él también la había tenido en esa primera impresión. Joanna era miembro de la alta sociedad a juzgar por su ropa cara.

—Hola —le dijo, separándose del coche y caminando hacia ella.

Joanna se sorprendió al encontrárselo de frente. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Cómo podía resultar tan atractivo? Miró a su alrededor para asegurarse de que no había cerca ningún conocido que pudiera contarle a Matt que se había visto con un hombre.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por la zona y… —respondió como si el encuentro hubiera sido accidental. Se detuvo al ver la desconfianza en su mirada. No quería mentirle—. De acuerdo, quería hablar contigo.

El niño lo miraba con curiosidad. El perro, en cambio, ya había decidido que le caía bien y se estaba rozando contra sus piernas.

—¿Ocurre algo?

—¿Ibas al parque? Podemos ir hacia allí.

Joanna asintió mirando a su alrededor preocupada. En el parque podrían pasar más desapercibidos.

Empezaron a caminar juntos, en un silencio cómodo, sin más prisa que la que marcaban Tyler y Dante con sus ganas de ir a jugar.

El parque no estaba lejos y tampoco había mucha gente. Las hojas de los árboles se movían con una brisa suave. En cuanto se acercaron a la zona de juegos, el niño se adelantó unos pasos, sonriendo y dejándolos a solas.

—¿No deberías estar trabajando? —le preguntó Joanna.

—Ya ha terminado el turno de comidas —respondió él—. Podría haberme quedado hasta el final. Siempre lo hago. Pero hoy quería hablar contigo.

Joanna lo miró de reojo. No sabía qué pensar al respecto.

—¿Vas a despedirme?

—No, pero me gustaría que me explicaras tu necesidad de estar fregando platos por las noches.

Joanna apretó los labios. No sabía si estaba preparada para verbalizar en voz alta sus pensamientos y sentimientos, y menos todavía para hacerlo con su jefe.

Oliver esbozó una leve sonrisa. Era demasiado reservada. Dejó que sus manos se rozaran al caminar, haciendo que ella saliera de sus pensamientos y lo mirara.

—Te lo dije ayer —respondió permitiendo el roce accidental de sus dedos. El contacto, aunque mínimo, era agradable.

—Sí, pero quiero saber más.

—No es necesario.

—Quizá no, pero me gusta saber quién trabaja conmigo.

—Solo friego platos. Soy muy fácil de sustituir.

Oliver la miró de reojo.

—Sabes que no eres eso y no me voy a andar con rodeos —se detuvo a una distancia prudencial, cuando Tyler, sonriente, se subió al tobogán, junto a otro niño que parecía conocer. La miró fijamente—. Me produces curiosidad. En otras circunstancias me gustaría empezar a conocerte sin prisa, pero me da la impresión de que tienes demasiadas cosas entre manos, como para darme tiempo.

Joanna se ruborizó incómoda.

—¿Me estás hablando como jefe?

—Evidentemente no. Te estoy hablando como hombre. Me gustas y creo que a ti tampoco te soy indiferente. Mírame.

Joanna, que había desviado la mirada, volvió a centrarse en él.

—Soy muy directo, sí, pero sé lo que quiero y quiero conocerte.

—No es un buen momento —le confesó con el corazón en un puño.

Una parte de ella quería refugiarse en sus brazos. Otra, aún no estaba preparada para volver a confiar en un hombre o en el concepto que tenía del amor, que debía de ser erróneo, a juzgar por sus deplorables resultados.

—De acuerdo —aceptó aparentemente convencido—. Cuéntame qué te ocurre por si puedo ayudarte.

Joanna desvió la mirada. No era fácil hablar de ello.

—Ya te lo dije. Quiero separarme, pero Matt no me lo va a poner fácil. Quiere a Tyler y, evidentemente, no voy a cedérselo.

—Es su padre. Es lo justo también, ¿no?

Joanna lo miró seria. No era lo que quería oír.

—Sí, es su padre y quizá sea lo justo, pero lo quiere para perpetuar su apellido, su empresa, y quizá no esté mal pensado, más o menos. Mi hijo necesita un futuro y una figura masculina a la que imitar, pero no quiero que sea como él, que se comporte como él. Tiene cinco años. Que lo contacte a los dieciocho o a los veinticinco, cuando sea adulto y pueda tomar sus propias decisiones. Ahora me lo quitaría y se lo daría a niñeras que no dejarán de mandarle deberes y más deberes. Es un niño. Necesita jugar, divertirse, aprender, hacer cosas de niños y no acumular responsabilidades de adultos.

—Bueno, de eso se puede encargar la ley. ¿Has consultado con algún abogado?

—No, claro que no. Matt es abogado. Cualquiera contactaría con él y le diría que quiero empezar con los trámites. Matt no… no llevaría bien la humillación pública de un divorcio.

—Hoy en día cualquiera se divorcia.

—Pero Matt no lo ve así. No quiere ni oír hablar del tema, ni arreglar las cosas que según él no van mal.

—¿Por qué te quieres separar?

Joanna bajó la mirada.

—No soy feliz. No me gusta mi vida.

Oliver esperaba una respuesta más amplia.

—¿Que tú seas feliz depende de él?

—No, claro que no. ¿Qué quieres que te diga? —le enfrentó con la mirada.

—Los motivos, las razones… No parece que decidas las cosas a la ligera o que te rindas a la menor dificultad, por lo que supongo que habrá motivos.

Joanna miró a Tyler.

—Estoy acostumbrada a las infidelidades, pero no es lo que quiero para mi vida, si es lo que quieres saber.

Se mantuvieron la mirada por unos instantes.

—Sé que las relaciones pasan por baches, pero en la mía se han normalizado cosas que no me gustan —prosiguió—, y tengo derecho a no estar de acuerdo con ellas. Por eso me voy, simplemente porque quiero.

—¿Vas a dejar una vida cómoda por fregar platos en el turno de noche de un restaurante?

Joanna suspiró.

—Voy a dejar esa vida que crees que es cómoda.

—Económicamente lo es —la interrumpió. Estaba acostumbrado a que muchas mujeres lo buscaran por su fortuna. Lo sabía y lo había aceptado sin mayor problema.

—Sí, llámame loca si quieres —le replicó irónica—. No me compensa el dinero si a cambio tengo que fingir que no me importa que se acueste con otras. Que no me importa en sí, ya no. Pero me duele el rechazo, la indiferencia y la humillación. Me duele el tener que guardar silencio, agachar la cabeza, no poder hablar, no poder quejarme, no poder compartir sueños, proyectos, vida, y que Tyler sea testigo de esto. ¿Qué va a aprender? Algún día tendrá su propia familia. ¿Y si normaliza este tipo de relación de pareja? —bajó la mirada—. No sé, quizá idealice el amor o las relaciones, pero no me importa. Llega un momento en el que pienso que es mi vida y no quiero vivirla así —lo miró con firmeza—. Y si tengo que fregar platos para mantenerme o para pagar al mejor abogado del mundo para conseguir la custodia de mi hijo cuando él descubra mis planes, lo haré.

Oliver asintió ante su determinación.

—Tendrías que fregar muchos platos.

Joanna lo miró con el ceño fruncido. No había encontrado otra opción mejor que mantuviera a Matt al margen de su decisión.

—Hablaré con mi hermano. Es abogado —le indicó convencido.

—No quiero favores.

—Tampoco quieres seguir casada. Eso has dicho.

—Pagaré…

—Es mi hermano. Hablaré con él.

—Matt puede enterarse.

—No por Daniel, pero en algún momento se enterará, ¿no? Aunque sea cuando se encuentre los papeles por firmar.

Tyler gritó desde los columpios.

—¡Mamá, mira!

Joanna se acercó componiendo la sonrisa. Oliver la siguió. Daba gusto ver al niño con los ojos brillantes y la expresión de su carita confiada. Se colocó detrás del columpio.

—¿Te empujo, campeón?

El niño lo miró, encantado.

—¡Sí!

Oliver empezó a empujarlo suavemente. Joanna los observó. El viento acarició su cabello. Matt en la vida había empujado el columpio de su hijo. Ni los había acompañado al parque. Dante se removió juguetón ante las carcajadas de Tyler.

Oliver la miró. Le gustaba esa mujer y esa escena familiar que le parecía idílica. Quizá sus hermanos se rieran de él, pero eso era lo que él quería. Salir de su restaurante, ir al parque a pasear, jugar con sus hijos, volver al restaurante y que al regresar a casa, una mujer bonita, cariñosa y dulce lo esperara.

No quería aquello a lo que estaba acostumbrado. Su padre podía jubilarse, cederle la empresa a Adam o aceptar a Darren. Le daba igual. Él seguiría viviendo la vida como siempre había querido. Sonrió al ver a Tyler que levantaba las manos con cada impulso del columpio. Miró a Joanna. Le quedaba una dura batalla por delante, pero él estaría allí, esperándola y pendiente de sujetarla si la veía caer. Estaba convencido de eso.



Esa noche, a Joanna el turno se le pasó más rápido. Oliver y ella habían compartido más miradas que de costumbre, alguna sonrisa velada y algún roce intencionado que la había hecho sonrojar.

Kimmy no se había enterado de nada. Le había llevado varios de sus bolsos para que los vendiera y no había dejado de dar vueltas a cuánto podría pedir por cada uno de ellos. A ella casi le había cortado la respiración el precio irrisorio por el que saldrían a la venta

en webs de segunda mano, pero todo el dinero sumaba y lo necesitaba cuanto antes.

Un escalofrío recorrió la espalda de Joanna cuando metió la llave en la cerradura y no pudo girarla. Alguien había dejado puesta una llave dentro y no tenía duda de quién podía ser. Matt.

Insistió varias veces. Sentía los nervios a flor de piel, un nudo en la garganta y otro en el estómago. Quien estuviera dentro la estaría escuchando, pero no quería llamar al timbre por si Tyler se despertaba. El sonido de la llave en la cerradura alertaría a su marido ¿o pensaba dejarla en la calle?

El sonido de la llave girando la hizo estremecerse. Matt abrió solo con el pantalón del pijama puesto sobre su cuerpo delgado. Su mirada era dura e inflexible.

—He salido a hacer dep… —empezó a justificarse.

Él la agarró con fuerza del brazo y de un brusco tirón la metió en casa, cerrando la puerta después.

—No digas tonterías —siseó furioso empujándola contra la pared.

—No, yo —le apretó todavía más el brazo acercándola hacia él. Apestaba a alcohol—… Me haces daño.

—¿Dónde has estado? ¿Con tu amante? —la zarandeó con violencia.

—No. He salido en la bicicl..

—No me tomes por idiota.

—¡Matt! He salido con la bic…

La estampó contra la pared haciendo que se golpeara la cabeza. Joanna llevándose la mano a la parte dolorida corrió hacia el dormitorio. Matt la siguió desbocado, agarrándola de nuevo del brazo y doblándoselo a la espalda, aplastándola contra la pared. Se pegó a su espalda.

—No me avergüences, ¿me has oído? —siseó amenazador—. ¿Quieres tener un amante? Hazlo, pero que nadie se entere. Ni yo ¿Te ha quedado claro?

Joanna tenía los ojos cerrados con fuerza. Le dolía el brazo, le abrasaba la piel y le palpitaba la cabeza, pero sabía que no llegaría a más, que no habría golpes visibles. Sí más insultos, sí más fuerza

contra ella, quizá algún tirón de pelo… Pronto acabaría…. Las lágrimas arrasaban sus ojos. Después llegarían las disculpas, vacías, falsas, repetitivas… Ya había pasado por eso. De hecho, varias veces. Pero todo acabaría pronto, se prometió.



Oliver apretó los labios en cuanto Joanna cruzó la puerta de la cocina. Otra vez sumida en la tristeza, con una falsa sonrisa fingiendo que no pasaba nada, y ligeramente encogida.

Se fijó en el movimiento tenso y rígido de sus manos. La forma en que evitaba apoyarlas del todo. Cómo se remangó con cuidado, demasiado cuidado.

La rabia se apoderó de él, tensándolo de golpe.

—Jenny —exclamó mirando a la cocinera con gesto serio mientras se quitaba el delantal. La mujer entendió que debía cubrirle y sin preguntas, por la dureza de su mirada, se ocupó de sus preparaciones además de las que estaba haciendo ella.

Cruzó la cocina en tres zancadas. Llegó hasta Joanna, frío e inflexible.

—Kimmy, cúbrela —dijo sin apartar la vista de Joanna.

No esperó respuesta. Sujetó suavemente del brazo a Joanna antes de que pudiera reaccionar. Ella contuvo un gemido. La pastilla que había tomado antes de ir a trabajar apenas había disminuido el dolor que sentía.

—Ven conmigo.

No fue una petición. Joanna apenas tuvo tiempo de protestar cuando él ya la estaba guiando hacia la salida trasera.

El aire frío del callejón la golpeó con fuerza. La puerta se cerró tras ellos con un golpe seco. Un silencio tenso los rodeó.

Oliver se giró hacia ella, y esta vez no disimuló. Le agarró la muñeca con cuidado, pero firme. Le levantó la chaquetilla del uniforme, apretando los labios. Lo que se temía, un moratón.

—¿Qué es esto?

Joanna intentó soltarse.

—Nada.

—No me mientas.

Su voz fue baja y controlada. Joanna apartó la mirada.

—He dicho que no es nada.

—¿Tu marido te ha hecho eso?

El silencio fue respuesta suficiente. Oliver apretó la mandíbula.

—Denúncialo.

La palabra cayó como una orden. Joanna soltó una risa amarga.

—No es tan fácil.

—Lo haces tú o lo hago yo.

Ella negó con la cabeza, dando un paso atrás.

—No puedo.

—No quieres.

Eso la hizo mirarlo con el corazón en un puño. Su preocupación era sincera.

—No puedo —repitió, más firme—. Ya te lo dije ayer. No es tan sencillo.

Oliver dio un paso hacia ella.

—Te está haciendo daño.

—Fue algo puntual. No es todos los días. Había bebido.

La respuesta fue tan sincera e inmediata que lo descolocó por un segundo.

—¿Lo justificas?

Joanna cerró los ojos un instante.

—No, claro que no, pero no siempre se comporta así. Ya te lo dije. Por eso estoy trabajando aquí. No puedo irme sin más.

—Maldita sea, Joanna. Vamos a tu casa, recoge lo que quieras, nos llevamos a Tyler y a Dante y que venga a buscarte si se atreve.

Joanna lo miró tratando de controlar su corazón desbocado y el nudo en la garganta. Parecía tan decidido y protector que le encogía el alma tanto como lo agradecía.

—Es el padre de Tyler. No puedo hacerle eso.

—¿Y él sí que puede pegarte?

—Fue algo puntual. Y ya te lo dije, no va a dejar que me lleve a Tyler. El apellido, la familia, la imagen. Todo eso que vosotros lleváis como una corona, él lo lleva como una obsesión.

—¿Nosotros?

—La gente de tu clase.

—Y de la tuya.

—A mí eso me da igual. Solo necesito tiempo. Ahorrar dinero y entonces, me iré.

Oliver apretó los puños.

—Se ha cruzado con un Blackthorn.

—No. Contigo no va nada. Va conmigo.

—No estás sola.

Joanna sonrió agradecida.

—Sé lo que hago —añadió Joanna, levantando la barbilla—. Después se disculpó. Es lo de siempre, pero solo es cuestión de tiempo. No necesito que me salves.

Oliver la observó con fiereza.

—Maldita sea, Joanna, no estoy intentando salvarte —bramó con voz peligrosa—. Quiero que sepas que no estás sola. La gente como él no entiende las cosas de la misma manera que tú, por eso se aprovecha de ti. No lo has denunciado, ¿verdad?

—No, claro que no. No voy a hacerlo. Bebió más de la cuenta. En el fondo es muy inseguro.

—¿Inseguro? No me puedo creer que lo justifiques.

—No lo justifico. Te repito que por eso me voy.

—Maldita sea, ven a mi casa.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes.

—No voy a jugarme la custodia de Tyler.

—Denúncialo.

—Si los medios se enteran saldrá a la luz. Entonces no me lo perdonará nunca.

—Tú no has hecho nada. ¿Te estás escuchando? Te acompaño a la policía.

—Por favor, Oliver.

Contuvo la respiración. El sonido de su nombre en su voz le llegó al alma. Dio un paso hacia ella, eliminando la distancia que los separaba. Ella contuvo la respiración mientras negaba con la cabeza. Estaban tan cerca que casi podían besarse. ¿Era lo que él pretendía? El cuerpo de Oliver ardía, casi tanto como el de ella.

Dio un paso atrás. Un beso con él tampoco le garantizaba nada. Necesitaba estabilidad, seguridad y eso partía de ella misma, no de un hombro en el que apoyarse o un apellido ajeno que la respaldara.

—Estoy casada —susurró con voz ahogada.

Oliver parpadeó incrédulo.

—¿Estás pensando en él?

—No. Es cuestión de integridad, de respeto…

—Hacia él.

—No. Hacia mí, hacia mi hijo, incluso hacia ti.

—No puedes decirlo de verdad. Otra en tu lugar lo habría denunciado, le habría amenazado, incluso quitado la mitad de su fortuna.

Joanna lo pensó por unos segundos. Quizá sí, pero ella no se sentía con fuerzas para actuar de esa manera.

—¿Cuánto tiempo llevas así? ¿Tanto daño te ha hecho que no puedes ni defenderte?

Sus miradas se sostuvieron un segundo más. Oliver tratando de comprender. Joanna intentando recomponerse. Se sentía demasiado sensible y vulnerable.

—Tengo que volver. Kimmy no puede con todo.

No esperó respuesta. No podía hacerlo sin romper a llorar. Quizá estaba tensando demasiado la cuerda con Matt. Quizá debería relajarse unos días sin darle problemas y cuando todo estuviera más tranquilo reajustar su plan o acelerarlo. Abrió la puerta y entró de nuevo en la cocina. El ruido y el desenfrenado ajetreo, afortunadamente, la envolvieron al instante.

Oliver tardó unos segundos más en seguirla. Estaba furioso, indignado, rabioso… A la mañana siguiente, debería ir al gimnasio a

quemar toda la ira que sentía con el saco de boxeo. Y hablaría con Daniel sin falta.

Un camarero cruzó frente a él con una bandeja con dos platos intactos. ¿Otra vez?, se preguntó impaciente.

—¿De qué mesa? —preguntó tajante, deteniéndolo.

—La doce, chef.

Otra vez, confirmó. Demasiada casualidad.

El estómago se le tensó. Sin decir nada más, salió hacia el comedor. Buscó a Vivian directamente.

—La doce —dijo, seco—. ¿Quiénes son?

Ella levantó la vista, manteniendo su serenidad perfecta.

—Reserva de última hora.

—¿Nombre?

Vivian dudó apenas una fracción de segundo.

—No lo dejaron.

Fue a dar un paso adelante. Vivian apoyó una mano en su pecho con firmeza. No lo dejó avanzar. Se mantuvieron la mirada con dureza.

—No sé qué te ocurre, pero no es el momento y puedes arrepentirte por ello. Si la princesa no sabe relajarte podemos vernos luego. Y ya me lo agradecerás.

Silencio. Oliver sostuvo su mirada, dura, exigente. Quizá estaba tan enfadado que su rabia le nublaba el juicio o estaba exagerando. De cualquier manera, Vivian tenía razón. No era el momento. Asintió. Tenía que pensar en lo que ocurría cuando tuviera la mente más fría.

Se giró hacia la sala para regresar a la cocina cuando se quedó parado en seco. Un rugido atenazó su garganta. Lo que le faltaba.

Darren.

Sentado a unas mesas de distancia, completamente relajado, como si aquel lugar también le perteneciera, estaba sentado su hermanastro, vestido muy elegante, acorde con el restaurante, pero con un aire desafiante y peligroso que no pasaba desapercibido.

Frente a él, una mujer que no apartaba los ojos de su rostro. Conversaban en voz baja. Cercanos. Cómplices.

Darren levantó la vista un segundo y sus ojos se cruzaron. No sonrió, pero tampoco apartó la mirada.

Oliver la sostuvo un instante más. No sabía qué hacía allí. Una cosa era la empresa familiar y otra ese restaurante que él había levantado solo desde el principio. Tenía que llamar a Daniel, sin falta, primero por Joanna, después por Darren. Quizá había que dejarles las cosas claras. A los dos.

Luego se giró sin decir nada, con el estómago revuelto, con la adrenalina disparada por sus venas y con la rabia apoderándose de él. Sin poder estallar, sin poder desatar su furia, casi sin poder controlar su ira. Tragó sus ganas de querer reventar algo. Demasiadas cosas dando vueltas a la vez, se dijo fastidiado e impotente.



El restaurante, por fin, se había quedado en silencio. Oliver salió de la cocina, remangándose la camisa, aún con el calor del servicio en la piel. Suavizó las luces, dejando solo la iluminación cálida sobre la barra y algunas mesas. Necesitaba cierta calma para analizar fríamente todo lo que rondaba en su cabeza.

Afortunadamente, cocinar le relajaba, pero aun así eran demasiados frentes abiertos a la vez.

Sus hermanos estaban a punto de llegar. Los había llamado poco después de ver a Darren. Necesitaba pensar en voz alta con ellos. Era lo que los tres solían hacer cada vez que se les presentaba un problema serio al que debían hacer frente.

Eran el complemento perfecto para poder ver los detalles que se escapaban y explorar puntos de vista diferentes. Daniel no dejaba nada suelto legalmente, y Adam eliminaba de la ecuación cualquier tipo de emoción, que era su punto débil y fuerte a la vez.

Instantes después, Adam estaba sentado en una de las mesas centrales, impecable como siempre, aunque sin corbata. Su

chaqueta descansaba sobre el respaldo de la silla. Aun en esas condiciones y a esas horas, era como si todo lo demás estuviera por debajo de él.

Daniel, a su lado, revisaba algo en el móvil con su habitual y encantadora tranquilidad. Lo dejó a un lado en cuanto Oliver depositó sobre la mesa la botella del exclusivo whisky de malta y los tres vasos cortos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Adam sin rodeos.

—Darren ha estado aquí.

El silencio fue inmediato. Adam y Daniel compartieron una mirada seria antes de volver a mirar a Oliver.

—¿Estaba espiándote? —preguntó Daniel apoyando los codos sobre la mesa, entrelazando las manos.

Oliver negó con la cabeza, tenso.

—No. Estaba sentado a una mesa, cenando con una mujer.

Adam negó con la cabeza antes de dar un trago a su vaso. Su tono de voz bajó y se volvió más duro.

—Ese restaurante es tuyo. Pero también es nuestro nombre. Y nadie… —hizo una pausa breve— nadie se acerca a lo que es nuestro sin consecuencias.

Oliver sostuvo su mirada.

—Lo sé.

Daniel intervino con calma.

—¿Ha hecho algo más?

—No. Pero lo hará. Si no, ya me dirás qué hacía aquí.

Adam asintió, como si ya lo hubiera previsto.

—Entonces nos adelantaremos.

Oliver frunció el ceño.

—No quiero montar una guerra por esto. No sé qué pretendía, pero no quiero que me encuentre con la guardia baja.

Adam esbozó una media sonrisa fría.

—No es una guerra. Estás marcando el territorio.

Daniel asintió.

—No te ha dicho nada, no te ha pedido nada… Solo estaba aquí. No sé qué estará tramando, pero estaremos preparados. Tengo

las escrituras del restaurante. No va a poder reclamarlo nunca como suyo.

Oliver asintió antes de dar otro trago a su vaso.

Adam se recostó en la silla, evaluándolo.

—Pero te preocupa algo más.

Oliver dudó un instante, lo justo para que ambos lo notaran.

—Sí —respondió enfadado—. No sé qué demonios ocurre, pero no me gusta nada. Hay una mesa, siempre la misma, que no toca los platos. Son reservas de última hora y, desde luego, no vienen a cenar.

Adam estuvo a punto de sonreír.

—¿A alguien no le gusta tu comida?

Oliver lo miró con los ojos entrecerrados. No estaba bromeando. No era una rabieta ridícula porque alguien no apreciara su forma de cocinar.

—Siempre la misma mesa, da igual el plato que se sirva.

Daniel asintió levemente.

—¿No has preguntado?

—No. Vivian es la que se encarga del comedor.

—¿Y qué opina? —le preguntó Adam—. Es tan fácil como preguntar, ¿no?

—No le ha dado mayor importancia. No me miréis así. Mi ego no necesita más reconocimiento. Está pasando algo y no sé el qué.

—Pues si no tienes respuestas, ya sabes quién está dentro —le espetó Adam, impaciente e intransigente.

—Conozco a Vivian desde hace años. No haría nada que nos perjudicara.

—¿No? ¿Has vuelto a acostarte con ella?

Oliver negó con tranquilidad.

—Quería exclusividad por mi parte, no por la suya. No iba a dársela.

—Quizá es por eso —respondió Adam.

—Vivian es buena profesional. No mezclaría los términos.

—Es una mujer —le recordó Adam, inflexible—. Puede hacer cualquier cosa.

Oliver le mantuvo la mirada, reflexivo. Vivian no se había tomado bien el rechazo, pero se había limitado a mirarle con frialdad durante un tiempo sin recriminarle nada. El tema había quedado aparcado y muerto para ambos. Ahora estaba Joanna. Tomo aire.

—Por cierto… ¿Os suena el apellido Erikson?

Daniel frunció el ceño, extrañado.

—No.

—Erikson… —repitió Adam—. ¿Donald Erikson? Es de la edad de papá. Ambicioso, arrogante, pero ¿quién no lo es en su círculo?

—Es el apellido de Joanna. Matt o Mathew Layne es su esposo —especificó Oliver, incómodo.

—¿Por qué nos preguntas? —inquirió Daniel.

Oliver se encogió de hombros.

—Simple curiosidad.

—¿Y qué tiene que ver con lo que estábamos hablando? —preguntó Daniel apurando su vaso.

—Nada… todavía…

—¿Qué te traes entre manos? —le preguntó Daniel—. Tienes demasiados frentes abiertos.

Adam lo observó en silencio unos segundos.

—¿Una mujer?

Oliver tardó en responder haciendo que sus hermanos se incorporaran hacia adelante esperando la respuesta.

—Creo que este tal Matt maltrata a su esposa, a Joanna.

—Esa acusación es seria —le advirtió Daniel—. No puedes acusar sin pruebas y menos entre nosotros. Ese hombre, incluso Erikson, pueden cerrarte el local o darte problemas, incriminándote por cualquier cosa.

—No si antes le reviento la cara.

Adam miró a Daniel antes de centrarse en Oliver.

—¿Te has liado con una mujer casada?

—Alguien tiene que pararlo.

Daniel lo estudió con atención.

—Eso no responde a la pregunta.

Adam se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Te estás metiendo en esto para ayudarla… o porque ya no puedes salir?

Oliver no respondió de inmediato.

—No lo sé —admitió al final, en voz baja—. Pero sé que no voy a mirar hacia otro lado.

Adam sostuvo su mirada un segundo más y luego asintió, casi imperceptible.

—Nadie toca lo que es nuestro. Ni a nuestra gente.

Daniel asintió, ajustándose el reloj.

—Asegúrate antes de que ella quiere tu ayuda. Será como agitar un avispero y puedes salir muy afectado. Esto no es un juego. Es la acusación más la infidelidad.

—No me he acostado con ella.

—Esa es tu versión. Ya sabes lo que se dirá si no lo tenemos bien atado.

Oliver asintió. Adam apuró su vaso.

—¿Algún asunto más que tratar?

Los dos hermanos negaron con la cabeza.

—¿Papá sigue pensando en jubilarse? —preguntó Oliver recogiendo los vasos y la botella.

Podrían seguir hablando de diferentes temas hasta el amanecer, pero el día siguiente era jornada laboral. Cuando quedaban entre semana iban al grano y nada más. Todos valoraban el tiempo como el bien preciado que era.

—Sí —reconoció Adam—. Aunque ahora anda bastante liado con otros asuntos que lo mantienen distraído.

—¿Algo de lo que preocuparnos? —preguntó Oliver, totalmente ajeno al mundo empresarial en el que se movían Adam y su padre.

—No —respondió Adam despreocupado—. Por cierto, Daniel, me he enterado de que Grant Marlowe ha contratado sus servicios.

Daniel asintió.

—¿De verdad crees que es inocente? La filantropía no siempre es lo que parece.

—Sabes que rara vez acepto un caso que pueda perder.

—Marlowe también lo sabe —le recordó Adam.

—Sé lo que hago.

—No lo dudo, pero ten cuidado. Tanta obra benéfica… huele.

Oliver apagó las luces del restaurante y conectó la alarma justo antes de salir. Tenía mucho en lo que pensar.



A la noche siguiente, el ritmo del servicio estaba en su punto álgido. La cocina funcionaba como un reloj perfectamente calibrado: órdenes que entraban, platos que salían, fuego, acero y concentración. Oliver se movía entre fogones con precisión, dando indicaciones cortas, sin levantar la voz.

Joanna no se cansaba de contemplar ese baile silencioso que transmitía que todo estaba bajo su control y podría salir bien.

Oliver había vuelto a buscarla esa tarde. Habían llevado a Tyler y a Dante al parque. Habían hablado de todo y de nada, como si fueran amigos, buenos amigos. Había empezado a creer que otro tipo de vida, incluso de relación, podía ser posible. Con él o sin él. La había llenado de confianza, de seguridad en sí misma, y eso era algo que hacía mucho que no sentía.

Oliver levantó la mirada para encontrarse con la de ella. Ella apenas la sostuvo un instante, con una dulce sonrisa, antes de volver a centrarse en lo que estaba haciendo. Oliver no pudo evitar sonreír. Joanna estaba empezando a abrirse, a confiar. Eso le recordaría que tenía alas y podía volar.

Iba a centrase de nuevo en su cocinado cuando vio entrar a Bert, uno de los camareros, con dos platos intactos. Dejó lo que estaba haciendo de manera seca y radical. Ya estaba bien. No iba a perder más tiempo con eso.

—¿De qué mesa son? —preguntó, seco.

El camarero dudó unos segundos ante su tono de voz.

—La doce.

Oliver no respondió. Demasiadas casualidades. Se quitó el delantal y salió de la cocina con paso firme. La tensión se marcaba en cada movimiento.

En el comedor, el ambiente seguía relajado, elegante y sereno. Buscó con la mirada la mesa doce, decidido a ir hacia ella.

—Oliver.

Vivian apareció frente a él, interceptándolo antes de que pudiera avanzar más. Estaba impecable como siempre, con su sonrisa ensayada, su postura recta y su mirada firme.

—No —dijo él, sin bajar la voz—. No me pares ahora.

—Es una reserva de última hora —respondió ella rápidamente —. Sin nombre.

Oliver soltó una risa breve e irónica.

—Otra vez.

Vivian mantuvo la compostura.

—No podemos rechazar clientes sin motivo.

Él dio un paso más hacia ella, bajando la voz, pero cargándola de tensión. Se inclinó sobre su oído.

—Tenemos que hablar.

No era una sugerencia. Era una orden letal. Vivian sostuvo su mirada, pero, por primera vez, no respondió de inmediato.

Oliver apartó la vista de la joven y la clavó en la mesa doce. No conocía a los dos hombres elegantes y trajeados que estaban sentados a ella. La mandíbula de Oliver se tensó al ver los comensales de la mesa cercana.

¿Otra vez? Darren. Relajado y sonriendo. Y no estaba solo. La mujer que lo acompañaba no era la de la otra noche. Esta era más joven, elegante, sonriendo con facilidad mientras él le decía algo al oído.

Darren levantó la vista en ese momento. Sus ojos se encontraron por una fracción de segundo hasta que él volvió a centrarse en su amiga como si no se hubieran visto. Oliver dio un paso hacia ellos.

—No —susurró Vivian, colocándose ligeramente delante de él —. Ahora no.

—¿Ahora no? —repitió él, manteniéndole la mirada con dureza.—. ¿Cuándo, Vivian?

Su tono no era alto, pero sí impaciente y estremecedor. Vivian bajó la voz aún más.

—El restaurante está lleno.

Oliver la observó fijamente. No le gustaba lo que veía.

—¿Tienes algo que contarme?

Vivian parpadeó, apenas un instante.

—No.

La mirada de Oliver se endureció.

—Esto no es casualidad.

Vivian lo miró, seria. Oliver la evitó para darle la espalda y empezar a avanzar.

—No hagas nada impulsivo.

—No es impulsivo —respondió él, sin apartar la vista de Darren—. Es necesario.

—No ahora —insistió ella.

Oliver se giró bruscamente hacia Vivian. Volvió a mirar el comedor. Era capaz de montar un escándalo que saliera en los titulares y hundir la reputación de su negocio. No estaba dispuesto a arriesgarse y Vivian lo sabía, pero no iba a mirar hacia otro lado.

—Cuando acabe el servicio hablamos.

Vivian asintió despacio.

—De acuerdo.

Oliver se quedó un segundo más, inmóvil en medio del comedor, rodeado de lujo y de clientes. No sabía qué estaba ocurriendo, pero sabía que no debía ser bueno. Y Darren… Eso era otra historia. No le quitaría el restaurante por mucho que compartieran apellido.

Volvió a la cocina sin mirar atrás, aunque sentía la mirada de Darren clavada en su espalda.

El restaurante ya estaba cerrado. Las luces del comedor estaban casi todas apagadas, dejando solo algunos puntos cálidos sobre la barra y la zona de reservas. El eco del servicio aún parecía flotar en el aire.

Oliver estaba de pie junto a una de las mesas, con las manos apoyadas sobre el respaldo de una silla. No se había cambiado. Aún llevaba la camisa remangada, el gesto serio y la tensión acumulada. La espera se le estaba haciendo eterna, pero podía controlar esa impaciencia, unos minutos más. Además, Vivian sabía que la estaba esperando.

El eco de unos tacones resonó suave sobre el suelo de madera.

—Ya está todo cerrado —aseguró Vivian al acercarse, con su tono habitual, controlado y perfecto—. ¿De qué querías hablar?

Oliver no respondió de inmediato. La observó con detenimiento. Esa mujer siempre estaba impecable y con una sonrisa de bienvenida. Ni una señal de cansancio, ni un suspiro de agotamiento, aunque hubiera estado de pie atendiendo a los clientes durante seis horas. Era una mujer dura, se dijo. Eficiente, dura y fría, lo que la hacía muy buena compañera en el negocio y no tanto a nivel personal.

—La mesa doce —dijo sin rodeos.

Vivian no se inmutó.

—Una reserva de última hora. Ya te lo he dicho.

Oliver ladeó ligeramente la cabeza.

—Cinco veces en cinco días, desde que llevo la cuenta —le señaló inflexible.

Vivian cruzó las manos delante de ella.

—Puede ocurrir. De hecho, es lo que está sucediendo.

Oliver soltó una leve exhalación por la nariz. No era una risa, pero se acercaba.

—A ti no se te pasan esas cosas.

La frase quedó suspendida entre los dos. Vivian lo miró, ahora más atenta.

—¿A qué te refieres?

—Eres demasiado buena en tu trabajo —continuó él, sin apartar la mirada—. Controlas cada mesa, cada cliente, cada detalle… Y de repente, ¿esto se te escapa?

Vivian sostuvo su mirada un segundo más largo de lo habitual. Se encogió levemente de hombros.

—No siempre se puede controlar todo, Oliver.

—Lo sé, pero lo que puedes controlar…

—No voy a dejar una mesa sin reserva por lo que pueda ocurrir.

—Siempre lo hemos hecho así y siempre se ocupaba.

—Ahora es lo mismo.

—No, cuando los platos que piden se recogen sin tocar. No vienen a cenar, está claro. Lo que no sé es a qué vienen.

Había trabajado con ella el tiempo suficiente como para saber que Vivian no dejaba cabos sueltos. Nunca.

—¿Me estás acusando de algo?

Oliver enarcó una ceja. No esperaba menos. Iba a defenderse aunque no tuviera razón, pero le daría una única oportunidad más.

—Si hay algo que deba saber…

Vivian le sostuvo la mirada, serena. Esa mujer era un témpano de hielo, reconoció.

—No lo hay.

Oliver asintió lentamente.

—Perfecto.

Pero no lo era. Acababa de declararle la guerra. Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia los vestuarios. Se enteraría de qué estaba ocurriendo y si tenía que despedirla lo haría sin miramientos.

No tardó en quedarse solo. Miró a su alrededor orgulloso por lo que había construido. No iba a consentir que nadie se lo quitara.

Oliver salió por la puerta trasera del restaurante, aflojándose el cuello de la camisa. Necesitaba aire, distancia y silencio para pensar cómo afrontar las cosas.



En el callejón trasero, la luz amarillenta de una farola parpadeaba de forma intermitente, dejando zonas en sombra que hacían el lugar más estrecho e intimidante. El sonido lejano de la ciudad apenas llegaba allí.

—Te ha costado salir.

La voz lo detuvo en seco. Oliver no se giró de inmediato. Cerró los ojos un segundo, tenso, y luego se dio la vuelta.

Darren estaba apoyado contra la pared, medio oculto en la sombra. Tranquilo. Como si llevara esperándolo allí mucho tiempo.

—No vas a sacarme nada.

Darren esbozó una leve sonrisa.

—No recuerdo haberte pedido algo.

Oliver avanzó un paso hacia él.

—No vuelvas a pisar mi restaurante.

—No voy a discutir contigo —le advirtió Darren suavemente.

El aire se tensó.

—El restaurante es mío —replicó Oliver, duro—. No tiene nada que ver con la familia.

Darren apartó la espalda de la pared, incorporándose del todo.

—Relájate. No tendría por qué estar aquí.

Oliver lo miró con desprecio.

—Pienso lo mismo. ¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Parte de la empresa?

Darren soltó una risa baja, sin humor.

—Qué mal pensado eres.

—¿Qué te mueve entonces?

Darren lo observó unos segundos, evaluándolo.

—Tu negocio se está utilizando como tapadera.

Oliver lo miró desconfiado, pero alerta.

—¿De qué hablas?

—¿Ni siquiera tienes sospechas?

Oliver apretó los labios. Acababa de empezar a tenerlas, pero no le gustaba que lo tomaran por tonto. Él se encargaba de la cocina. De nada más.

—¿Quiénes? —preguntó con una calma peligrosa.

—Gente con la que no quieres tener nada que ver.

—Y tú lo sabes porque…

—No necesitas saber los detalles.

El silencio fue inmediato. Oliver no supo reaccionar. ¿Por qué debía fiarse de él? ¿Cómo se había enterado? ¿Estaba implicado y le remordía la conciencia?

—Mesa doce. Varias noches seguidas esta última semana. Reserva sin nombre —le explicó Darren con escalofriante seguridad.

Oliver no respondió. ¿Cómo lo sabía?

—Hace tres semanas —continuó Darren—. Mesa doce, nuevamente. Cuatro hombres. No probaron el segundo plato. Se fueron antes del postre.

—Coincidencias —se resistía a creer que alguien estuviera utilizando su negocio para algo ilegal y que Darren se hubiera enterado antes que él.

Había sido consciente cuando se había repetido el patrón las últimas veces. Era Vivian la que debía controlar el comedor. Él se había enterado de casualidad. Sabía que algo raro pasaba, pero ¿de esa envergadura?

Darren dio un paso más hacia él.

—Mesa doce, otra vez. Hace quince días. Un tipo de traje gris que no soltaba el maletín de piel que llevaba.

Oliver apretó la mandíbula.

—No quedan para cenar, Oliver —insistió Darren, bajando la voz, con un brillo en la mirada—. Se reúnen.

Oliver lo miró, confundido. ¿Qué pretendía? ¿Tenía algo que ver?

—¿Qué estás buscando?

Darren sostuvo su mirada.

—Que dejes de ser el último en enterarte.

Oliver dio un paso más, quedando frente a él, a muy poca distancia. La frase le cayó como un golpe seco. Su orgullo se removió desde sus entrañas.

—No vuelvas a acercarte a lo que es mío.

Darren no retrocedió ni un centímetro.

—Ya estoy dentro.

El silencio se volvió peligroso. Ninguno iba a dar el brazo a torcer. Uno por lo que sabía. El otro por lo que había en juego.

—Estás arriesgándote demasiado —advirtió Oliver notando como la rabia empezaba a tensar sus músculos.

Darren sonrió apenas.

—No. Tú lo estás haciendo.

Oliver lo agarró por la solapa de la chaqueta, empujándolo contra la pared. El golpe seco resonó en el callejón.

—Aléjate —murmuró, muy bajo—. Porque si no…

Darren no mostró miedo. Ni siquiera tensión. Solo lo miró con una escalofriante firmeza.

—Vivian lo sabe —prosiguió sin intentar soltarse.

Oliver aflojó ligeramente el agarre.

—¿Qué?

Darren no apartó la mirada.

—Todo.

Un frío silencio los cubrió. Sospechaba de Vivian, pero ¿se la iba a poner en bandeja? Esperaba que ella misma confesara. Eran muchos años los que llevaban trabajando juntos para que lo traicionara de esa manera, poniendo en juego su restaurante y su orgullo.

—Mientes.

Darren se encogió de hombros.

—No deja pasar nada, nunca. ¿De verdad crees que esto se le ha escapado?

Oliver soltó su chaqueta. Dio medio paso atrás. Multitud de pensamientos diferentes se agolpaban en su mente. Se pasó una mano por el rostro.

—¿Por qué me cuentas esto?

Darren se recolocó la solapa con calma, como si nada hubiera pasado.

—Porque esto no va solo de dinero y porque cuando todo explote —. lo miró fijamente— vas a querer haber escuchado.

Oliver sostuvo su mirada, ahora llena de dudas.

—Si estás mintiendo…

Darren negó suavemente.

—No lo estoy haciendo. Y lo sabes.

Darren se apartó de la pared y empezó a caminar hacia la salida del callejón. Se detuvo solo un segundo, sin girarse.

—Empieza a mirar mejor a tu alrededor, hermano.

El sonido de sus pasos desapareció poco a poco. Dejando a Oliver atrás en silencio. Oliver se quedó solo, inmóvil, con la mirada fija en la nada, recordando mesas, clientes, detalles… Todo lo que había pasado por alto. ¿Qué estaba ocurriendo exactamente? Y ¿por qué?

Lo peor era que todo podía estallar en cualquier momento. Llamó a sus hermanos. Debía hablar con ellos inmediatamente.



El ático de lujo donde vivía Adam se mostraba impecable e impoluto como él. Había ofrecido su casa ante la llamada inesperada de Oliver y les estaba esperando con el pantalón largo del pijama, su escultural torso al descubierto y los tres vasos de whisky de malta preparados.

—Más te vale que esto sea importante —advirtió a Oliver en cuanto le abrió la puerta.

—Lo es, pero esperaré a que llegue Daniel para contarlo solo una vez.

Daniel llegó unos segundos después, quitándose la corbata con gesto cansado.

—¿Aun no te habías acostado? —le preguntó Oliver preocupado al verlo con traje.

—Mucho trabajo, pero no importa. Cuando nos citas así —murmuró aceptando el vaso de Whisky que le ofreció Adam— nunca es una buena noticia. ¿Qué ha ocurrido?

Oliver los miró a ambos.

—Darren estuvo en el restaurante.

Adam frunció el ceño. Daniel se quedó completamente quieto.

—¿Te ha dicho que quiere? —preguntó Adam, con voz más baja.

—Están utilizando el restaurante como lugar de encuentro, como una tapadera donde se producen negociaciones ilícitas. Vivian está implicada.

Daniel intercambió una mirada rápida con su hermano mayor.

—¿Cómo lo sabes? Si te lo ha dicho Darren no tiene por qué ser cierto.

—Tenía mis sospechas. No sabía de qué, pero de algo —respondió Oliver—. Darren ha estado esta noche. Me esperó fuera en el callejón y me lo confirmó. Hablaba con demasiada confianza.

Adam soltó una risa seca, sin humor.

—¿Y te fías de él?

—Ya te he dicho que tenía mis sospechas de que algo estaba ocurriendo. Solo me lo ha confirmado.

Daniel se pasó una mano por la boca, pensando rápido.

—¿Te dio nombres? ¿Pruebas?

—Mesas. Fechas. Clientes —añadió Adam.

Oliver los miró preocupado.

—No entró en muchos detalles, pero sí los suficientes. Sabía de lo que hablaba, como si hubiera hecho una investigación.

Adam se incorporó lentamente, ahora completamente serio.

—Joder…

Se hizo un silencio pesado.

—Si eso es cierto —empezó Daniel—, tienes, tenemos un problema muy serio.

—Lo sé.

—No —negó Daniel inflexible—. No lo sabes. Si hay operaciones fraudulentas vinculadas al restaurante de una manera u otra y la policía tira del hilo, pueden cerrarlo hasta que acabe la investigación.

Oliver apretó la mandíbula.

—Y no solo eso —continuó—. Nuestra reputación. La empresa. Todo.

Se miraron manteniendo otro silencio más largo.

—Tenemos que adelantarnos —añadió Daniel—, pero con cabeza.

—No podemos movernos en falso —remató Adam—. Si esto sale mal y se descubre, nos arrastra.

Oliver se pasó una mano por su pelo.

—No voy a permitir que utilicen mi restaurante y que jueguen con nuestro apellido.

—Ni nosotros —dijo Adam—, pero no puedes ir como un toro y arrasarlo todo.

Oliver lo miró, molesto.

—No soy idiota.

—Ahora mismo estás enfadado —replicó Adam—. Y eso es peligroso.

—Darren sabe demasiado. Y si él lo sabe, la policía no tardará en descubrirlo —les recordó Daniel—. ¿Alguien sabe a qué se dedica?

Los tres hermanos se miraron entre sí, preocupados,

—Tenemos que hablar con él —decidió Daniel.

—No tenemos su número —añadió Oliver, frustrado.

Adam cruzó los brazos, inflexible y terco.

—No me fio de él.

—Nadie lo hace, pero tiene mucha información —insistió Oliver—. Volverá.

—Cuando lo haga —dijo Daniel—, no lo enfrentes. Escúchalo.

—Y tráelo —añadió Adam a regañadientes—. Aquí. Con nosotros.

Oliver los miró incrédulo.

—¿Os fiais de él? El confiado suelo ser yo.

Adam negó.

—Confío en que quiere algo.

—Y en que, ahora mismo, lo necesitamos —les señaló Daniel.

El silencio volvió a instalarse entre ellos por unos instantes.

—Tenemos que pensar un plan —murmuró Oliver.

Adam lo miró fijamente.

—De ejecución inmediata.

Daniel asintió.

—Si esto ya está en marcha… —comenzó Daniel.

—Probablemente no seamos los únicos que lo sabemos —acabó Adam.

Oliver apretó los puños.

—Quiero esto fuera de mi restaurante.

Adam dio un paso hacia él.

—Entonces deja de pensar como chef. Y empieza a pensar como uno de nosotros.

—Esto ya no es solo tu negocio y tu reputación —le recordó Daniel—. Es la de todos. Y eso no se toca.

Oliver se levantó impaciente y empezó a caminar de lado a lado como un león enjaulado. La rabia atenazaba su cuerpo.

—Maldita sea. Esto es la guerra. Y no van a poder conmigo.

—Con nosotros —le recordó Daniel con el asentimiento de Adam.



Esa noche, como todas, el restaurante estaba lleno. El murmullo constante de conversaciones, el tintinear de copas y el ir y venir del servicio creaban una atmósfera vibrante en el que Oliver no estaba presente.

Estaba más tenso de lo normal. Había pedido a Jenny, sin entrar en detalles, que lo sustituyera en la cocina, y él se quedó tras

la puerta, observando todo con atención: cada mesa, cada cliente, cada detalle…

Había pasado la tarde con Joanna en el parque mientras Tyler jugaba en los columpios y Dante dormitaba a sus pies. No le había querido contar nada. No quería preocuparla. Habían hablado de aficiones, películas y viajes. Había conseguido distraerse, durante unos momentos, pero nada más entrar en el restaurante, todo había vuelto a caer sobre él como una losa.

Su mirada se endureció al instante. Había investigado en internet quién era el marido de Joanna, y en ese momento entraba por la puerta, evidentemente sin ella.

Fue a buscarla a la cocina. Se situó a su espalda, la sujetó con una mano por la cintura indicándole que le siguiera en voz baja.

Tras el sobresalto inicial, Joanna contuvo la respiración. ¿Cómo un gesto tan sencillo o esa voz tan profunda podían impactarla tanto? Se dejó llevar extrañada, mirándole de reojo. Tan alto, tan fuerte y con esa sensación de que nadie se atrevería a cruzarse en su camino. Era fácil sentirse atraída por él. ¿Por qué no tenía pareja? Era hasta difícil de creer.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al llegar hasta la puerta del comedor.

Oliver inclinó la cabeza, señalando discretamente. Joanna se asomó con cautela. Apretó los labios en cuanto vio a Matt, sentado, impecable, seguro, rodeado de hombres y mujeres bien vestidos. Risas. Copas. Cercanía. Ella no había sido invitada. Lo tenía más que claro. Y aunque sabía que hacía cosas como aquella, y pese a que apenas sentía nada por él, la indiferencia y la humillación a la que sentía que la sometía como esposa, le dolía. Algo se tensó en su interior.

—Vaya… —murmuró, intentando parecer indiferente.

Oliver la observó de reojo.

—¿Estás bien?

Ella apartó la mirada.

—Claro.

Era mentira y sabía que Oliver no la había creído. Volvió a mirar un segundo más. Matt ni siquiera había mirado alrededor. Le

daba igual que cualquiera le viera disfrutando de una cena entre amigos sin su esposa. ¿Nadie había preguntado por ella? Le daba hasta nauseas.

—Tengo trabajo —dijo ella antes de girarse para volver a su puesto.

Oliver dio un paso hacia ella, bajando el tono. La sujetó por los antebrazos y la acarició con suavidad con los pulgares.

—Oye…

Joanna levantó la mirada para perderse en la suya.

—No te hagas pequeña por nadie.

No respondió. Asintió levemente y se alejó, retomando su trabajo, pensativa. ¿Cuánto más podía aguantar? Quizá debería plantear la separación sin ningún miramiento.

Oliver la siguió con la mirada un instante. No iba a dejarla sola. Hablaría con Daniel al respecto para que le indicara los trámites a seguir y la acompañaría en el proceso para que supiera que estaba a su lado.

Volvió a mirar por la rendija de la puerta. Mesa doce. Ocupada. Y en la mesa de al lado, acompañado por otra mujer distinta a las anteriores, Darren.

Oliver apretó la mandíbula. Sin pensarlo demasiado, salió de la cocina y avanzó entre las mesas con naturalidad, como si simplemente estuviera supervisando el servicio. Observó a Vivian, profesional, recibiendo a los clientes a la entrada. Ella no le vio, lo que le aseguró que no fuera a detenerlo.

Se detuvo junto a la mesa de Darren, con la mirada, dura, fija en él.

—¿Todo está a su gusto?

Darren alzó la vista.

—Impecable —respondió, con una leve sonrisa—. Como siempre.

Oliver asintió.

—Me alegra oírlo. Espero que no se marche demasiado pronto.

Darren sostuvo su mirada un instante más de lo normal y luego, asintió.

—No lo haré.

Oliver se apartó con naturalidad. Miró de reojo la mesa doce. No conocía a los hombres sentados en torno a ella. Apretó los labios y regresó tras la puerta.

Solo prestaría atención un instante más, se dijo. Quiso pensar que Darren le contaría algo al respecto de los ocupantes de la mesa doce. Daba por sentado que Vivian se mantendría en silencio y no sabía cómo descubrir quiénes eran.



Cuando todo el personal se hubo marchado, el restaurante quedó completamente a oscuras. Solo la luz tenue de la zona de barra iluminaba el espacio, creando sombras alargadas sobre las mesas vacías.

Oliver estaba de pie. Adam, sentado, con las manos entrelazadas sobre la mesa, con su habitual mirada fría. Daniel, apoyado en el respaldo de una silla, más relajado en apariencia, pero con los ojos bien atentos.

Y Darren. De pie frente a ellos. Como si no estuviera en territorio enemigo y, aunque así fuera, como si no le importara en absoluto.

Los cuatro como titanes, soberbios, imponentes, preparados para pasar a la acción. Nadie podía con ellos y lo sabían.

—Habla —ordenó Adam, sin rodeos.

Darren ni siquiera lo miró. Se dirigió a Oliver.

—Tu restaurante es un punto de encuentro.

Oliver no apartó los ojos de él.

—Eso ya lo sabemos. Queremos saber para qué.

Darren paseó la mirada por el local.

—Intercambio de información, acuerdos, movimientos de dinero…

Daniel frunció el ceño.

—¿Qué tipo de operaciones?

—Las que no quieres que se vinculen a tu nombre. Evasión fiscal principalmente.

Adam soltó una risa seca.

—Y tú lo sabes porque… —. Daniel esperó inútilmente a que Darren terminara la frase.

Darren se limitó a mirarlo inflexible.

—Que conveniente que aparezcas ahora para salvarnos —comentó Adam con ironía.

Darren lo ignoró completamente.

—Les gusta este sitio —. Darren se dirigía a Oliver—. Encuentran discreción, nivel, movimiento constante y posibles y futuros clientes.

—¿Quién los trae? —preguntó Daniel, directo.

Darren no respondió inmediatamente. Miró a Oliver con dureza.

—Vivian.

Adam se incorporó de golpe.

—Joder…

Darren se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Controla reservas, ubicaciones, flujo… Tiene contactos. Y cobra por ello.

Oliver bajó la mirada un instante. Le costaba creérselo. La conocía desde hacía muchos años, habían trabajado juntos, se la había llevado con él al abrir el restaurante, le había dado un puesto privilegiado y le pagaba bastante bien. Además, ella se había implicado desde el principio, ahora entendía el por qué, muy a su pesar.

Sabía que no tenía corazón, que era ambiciosa y dura, por eso la relación entre ellos como pareja, no había llegado a nada. No eran las cualidades que quería para una compañera de vida.

Adam golpeó la mesa suavemente con los dedos.

—Mujeres… No te puedes fiar de ellas. Échala. Mañana mismo.

—No —cortó Daniel intransigente.

Todos lo miraron serios.

—Si la quitamos de en medio ahora —continuó—, todo desaparecerá con ella.

—Y ellos cambiarán de lugar de reunión —añadió Darren asintiendo.

Adam frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó a Daniel ignorando a Darren.

Todos miraron a Daniel que dirigió la atención al hermano pequeño. Era su restaurante, su responsabilidad.

—Los dejamos seguir, de momento —decidió Oliver—. Pero esta vez… sabiendo lo que están haciendo.

—Eso es una locura y una pérdida de tiempo —opinó Adam con una mueca.

—No —intervino Daniel—. Es la única forma.

Darren cruzó los brazos. Oliver dio un paso hacia la mesa.

—Podemos vigilar…

—Mientras tanto, siguen usando el restaurante —le recordó Adam—y corres un riesgo grande.

—No —corrigió Oliver—. Mientras tanto, se puede averiguar quiénes y qué.

—¿Y llamar a la policía? —sugirió Adam con cierta ironía.

—No quiero escándalos —le recordó Oliver.

—Conozco a gente —comentó Darren con los brazos cruzados —. Policía que no hace ruido, que trabaja encubierta, que entra, observa y desaparece.

—Necesitarás pruebas claras que impliquen a todos —le advirtió Daniel.

—Puede que ya las tenga. Hablaré con mis contactos —dijo Darren—. Mañana te los mandaré.

Oliver asintió. Darren les dedicó una fría y última mirada antes de darles la espalda y desaparecer. Los tres hermanos le siguieron con la mirada.

—Bueno, no me ha parecido que pidiera nada a cambio de su ayuda —comentó Daniel.

—No te fíes. Eso no quita que en algún momento nos pida algo con lo que no contamos —respondió Adam.

—¿La empresa de papá? —preguntó burlón Daniel—. Nadie te la va a quitar.

—Hay que andar con cuidado, ya os advierto —les recordó.

Los tres hermanos se levantaron a la vez dando por zanjada la reunión.

—¿Cómo te va con la mujer casada con la que salías? —le preguntó Daniel.

—Se llama Joanna y no estamos saliendo, solo nos estamos conociendo —corrigió con un brillo en la mirada.

—Llámalo como quieras —le dijo Adam—. ¿Vas en serio con ella?

Oliver asintió ante la mirada curiosa de sus hermanos. No iba a dar más explicaciones.

—Avísame si tengo que preparar alguna documentación —le pidió Daniel.

—Ya te diré. He querido dejar aparcado el tema, no presionarla para que se divorcie porque estoy volcado en este asunto, pero espero poder retomarlo pronto.

—En cuanto todo acabe —sugirió Adam.

Oliver asintió con firmeza y determinación.

—No voy a dejar que se escape.



Esa noche había comenzado como cualquier otra, pero Oliver sentía todos los nervios a flor de piel. No había comentado nada a Joanna, pese a que cada tarde estaba más a gusto en el parque con ella y con su hijo.

La cocina funcionaba con la habitual precisión milimétrica. Los platos salían, las órdenes eran claras y el movimiento constante, pero él no estaba centrado en eso. No dejaba de mirar de reojo hacia la puerta.

Joanna se distraía mirándolo con frecuencia. Parecía impaciente y preocupado pese a que no dijera nada. Notaba su mandíbula tensa y que, sin darse cuenta, apretaba y relajaba los puños. Igual que cuando habían estado en el parque.

Le había preguntado al respecto, pero no le había querido contar nada para no preocuparla. Lo cierto era que le gustaba estar con él y las tardes a su lado pasaban rápido. Quizá demasiado.

Tres golpes secos sonaron en la puerta trasera. Oliver levantó la vista. El pulso se le aceleró. Miró a Jenny.

—Cúbreme —le ordenó quitándose el delantal.

Ella asintió extrañada, mirándolo de reojo. Cruzó la cocina y abrió la puerta del callejón. Entraron dos hombres con ropa informal. Uno de ellos mostró discretamente una placa de policía.

Oliver asintió invitándoles a que le siguieran. Darren había cumplido su palabra, reconoció.

Una inesperada y fría tensión cubrió la cocina. Todos los presentes, observaron con curiosidad relajando la velocidad con la que trabajaban. Oliver los miró con el ceño fruncido. El servicio no tenía por qué verse afectado. A regañadientes y sin dejar de prestar atención con disimulo, cada uno siguió con lo suyo.

Oliver los condujo hasta la puerta que comunicaba con el salón.

—Mesa doce —indicó con seguridad.

Uno de los agentes asintió mirando el comedor con detenimiento: ubicación de puertas, posibilidades de fuga, personal…

—¿Ella? —el otro señaló a Vivian.

Oliver asintió. Vivian estaba como siempre, profesional, elegante, perfecta, sonriendo a unos clientes. ¿Tendría algún motivo para haberlo traicionado así? ¿Se había jugado su carrera, quizá su vida, solo por dinero? Una parte de él sentía lástima por ella. Otra, rencor por la traición cometida.

Oliver avanzó primero, firme e intransigente. Él sería testigo y un pilar sólido para su restaurante y los clientes que le daban su confianza. Empujó la puerta que conectaba la cocina y el comedor.

El murmullo del restaurante y el tintinear de las copas y los cubiertos lo envolvió.

Se detuvo a un lado, observando, dejando que los agentes se movieran con naturalidad y una calma fría que era contagiosa.

Caminaron con determinación y aplomo hasta la mesa doce. Dos hombres de trajes caros y postura relajada se tensaron al verlos. Uno de los agentes se inclinó ligeramente.

—Señores, necesitamos que nos acompañen.

La sonrisa de uno de ellos se congeló.

—¿Perdón?

—Ahora —insistió sin alzar la voz y con un tono que no daba lugar a réplica.

El segundo agente estaba a su lado, con expresión seria y tajante. El ambiente alrededor de la mesa empezó a cambiar. Oliver se percató de las miradas y los susurros apagados. Esperaba que fuera rápido y no se extendiera por el resto del comedor.

Por el rabillo del ojo vio a Vivian, que miraba extrañada a los dos hombres en vaqueros a los que no había dado entrada. Oliver, que no estaba en su ángulo de visión, se acercó a ella por detrás.

Vivian vio que los comensales de la mesa doce se ponían en pie y eran escoltados por los desconocidos. Dio dos pasos atrás con el rostro blanco. Se encontró con un muro infranqueable.

—¿Todo bien, Vivian? —preguntó Oliver a su espalda, impidiéndole huir.

Vivian se giró hacia él volviendo a colocarse su máscara profesional.

—¿Ocurre algo?

Oliver vio el miedo en sus ojos, el nerviosismo y la culpabilidad. Se lo había jugado todo y lo había perdido.

—Dímelo tú —le respondió con frialdad extrema.

Uno de los agentes se dirigió hacia ella.

—Sígame.

—No entiendo…

—Lo entenderá —respondió él, firme.

Vivian no perdió la compostura, pero sus ojos buscaron a Oliver que la miraba intransigente, inflexible, duro… No iba a

ayudarla.

—Bien —dijo finalmente, con una leve y profesional sonrisa.

Uno de los agentes la empujó con suavidad para que empezara a caminar. Oliver agradeció en silencio que no hubieran puesto esposas a nadie. Hubiera sido más alarmante y teatral.

—Necesitaremos que comparezca mañana por la mañana para una declaración formal —le indicó el otro agente—. Como propietario del restaurante, es un procedimiento estándar.

Oliver inclinó ligeramente la cabeza.

—Por supuesto. Estaré disponible.

El agente asintió, agradeciendo la colaboración.

Oliver los vio salir por la puerta. Soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Se sentía totalmente en tensión y con el corazón desbocado. Miró a su alrededor. Todo seguía a su ritmo, aunque algunos lo miraban con curiosidad y otros cuchicheaban sobre lo ocurrido. Ya estaba hecho, se dijo. Todo había terminado y sin grandes contratiempos.

Vio entrar a una pareja de las que tenía por habituales. Se quedaron esperando frente al atril en el que Vivian recibía y saludaba a los clientes. La realidad cayó sobre Oliver como una losa. ¿Cómo sustituir a Vivian?

Se acercó un momento hasta ellos, con una sonrisa amable.

—Denme un minuto, por favor. A Vivian le ha surgido un contratiempo.

La pareja asintió educada. Él regresó a paso rápido a la cocina. Todos lo miraron con preocupación, mirando a su espalda. Nadie más entró con él. No dio explicaciones a nadie. Fue directo hasta Joanna, la sujetó por la cintura y la alejó del lavavajillas.

—Kimmy, sustitúyela. Esta noche te pago el doble.

Kimmy asintió satisfecha. Joanna, extrañada, se dejó llevar hasta las taquillas del personal en los vestuarios.

—Supongo que has venido en ropa deportiva —comentó dirigiéndose a la taquilla cerrada de Vivian y abriéndola de un gesto fuerte y seco. Joanna lo miró asustada.

—¿Qué ocurre?

Oliver sacó el uniforme que había previsto que llevara Vivian y que esta nunca había utilizado por vestir con su propia ropa.

—Tenéis más o menos la misma talla —se lo ofreció.

Joanna lo miró sin comprender.

—Han detenido a Vivian —le explicó Oliver, sin rodeos—. Mañana por la tarde te lo explicaré con más detalle. Necesito que te pongas esto.

Joanna parpadeó, asimilando la información.

—¿Detenida…? —repitió en un hilo de voz.

Oliver asintió, apoyándose en la taquilla, de espaldas a ella y dándole cierta intimidad para cambiarse de ropa.

—Conspiración, evasión fiscal… La acusarán de algo así.

—¿La ayudarás a salir de esto?

—No. Se ha metido sola, me ha engañado, se ha jugado la reputación del restaurante, la mía, la de todos los que trabajan aquí. No le echaré más tierra encima, pero dejaré que recoja lo que ha sembrado.

Se giró cuando, por el ligero sonido de una cremallera al subirse, intuyó que ya estaba visible. Estaba preciosa, fuerte, empoderada, como si hubiera recuperado la conciencia de esas alas que tenía y había mantenido escondidas por miedo a volar.

—Nadie se mete con un Blackthorn sin pagar un precio. Ella lo sabía. Ahora lo sabes tú.

—¿Yo? ¿Me estás amenazando?

—Nunca. Quiero que sepas lo que puede ocurrirle a tu marido.

—Él no te ha hecho nada.

—Pero te lo ha hecho a ti —la miró con firmeza—. Y quien se mete contigo lo hace conmigo y paga las consecuencias.

Un escalofrío recorrió la espalda de Joanna. Lo decía en serio, con esa voz ronca y dura. Su mirada la llenaba de confianza y de un valor que sentía que había perdido con el paso del tiempo y de la compañía de Matt.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con el elegante vestido de corte recto, sin mangas, en azul marino. Los zapatos de tacón

alto le quedaban perfectos, como si todo hubiera sido elegido para ella.

Oliver la miró fijamente, cargado de orgullo y satisfacción.

—Quiero que ocupes su lugar en el restaurante.

El corazón de Joanna dio un vuelco.

—No. Cualquiera podrá verme nada más entrar.

Oliver frunció el ceño.

—Exacto. Es tu momento de dar un paso al frente. Lleva este restaurante conmigo. Tú en el comedor, yo en la cocina.

—Matt puede enterarse —balbuceó incómoda.

—Ya es hora de que sepa que te ha perdido y que estás conmigo…

—No estoy contigo. Solo trabajo para ti lavando platos.

—Olvida eso. Hay personas esperando. Vamos, te acompañaré a tu nuevo puesto.

—Matt…

—Si Matt viene, avísame. Intercambiaré algo más que palabras con él.

Fue a salir de los vestuarios cuando la notó dudar a su espalda. Regresó hasta ella y la tomó de la mano para incitarla a caminar a su lado.

—Es tu momento de volar —le recordó.

—Quiero hacer las cosas bien —susurró ella, incómoda.

Si Matt se enteraba, la bronca sería descomunal.

—Lo hablaremos luego —le pidió Oliver acariciándole la mejilla con suavidad, haciendo que se estremeciera—. Necesito tu ayuda.

Ella asintió. Quizá era el empujón que necesitaba para salir de donde estaba. Se peinó la melena con la mano en un gesto rápido y, con una sonrisa compartida, caminaron hasta la puerta del comedor.

—¿Preparada?

—Creo que no —le respondió sincera sin saber muy bien qué esperaba de ella.

Oliver le sonrió. Tenía ganas de besarla, pero si lo hacía no acabaría nunca y en ese momento los estaban esperando. Empujó la

puerta y salió con ella hasta el habitual puesto de Vivian.

—Joanna los acompañará a su mesa —indicó a los primeros clientes que esperaban.

Se fijó en el número de mesa y se la señaló a Joanna. Ella asintió. Sabía cómo actuar, por las veces que había acudido a un restaurante u otro, pero no la numeración de las mesas. Cuando regresó hasta Oliver, él les dio pautas rápidas y órdenes concretas, que aceptó sin rechistar. Ya tendrían tiempo de hablar después. Oliver agradeció su predisposición.

Con grandes y precisas zancadas regresó a la cocina. Volvió a su puesto en los fogones.

—¿Todo bien? —le preguntó Jenny preocupada.

—Han detenido a Vivian —le explicó recuperando la marcha de la cocina—. Mañana tengo que ir a prestar declaración. Supongo que me enteraré de algo más y os podré explicar lo sucedido. Vamos, hay un servicio que sacar.

Jenny y los demás cocineros que habían escuchado la escueta explicación, asintieron, centrándose. Tendrían que esperar para saber más.

A Joanna, el turno de noche se le hizo eterno. Actuaba como sabía que hacía Vivian, dando la bienvenida a los clientes, acompañándolos a su mesa y ayudando a los camareros por si tenían que tomar comandas o cobrar.

Podría haberse sentido cómoda. El trabajo en sí no era malo. Por lo menos era mucho mejor que junto al lavavajillas, pero con cada cliente que entraba, los nervios la consumían. ¿Y si alguien la reconocía? ¿Y si avisaban a Matt?

Cuando empezaron a irse los últimos comensales, su nerviosismo disminuyó. Oliver salió de la cocina y fue hasta ella. Joanna lo recibió a su lado con una sonrisa relajada.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí. He hecho muchos nervios, pero ha ido bien.

—¿Nervios? ¿Por qué?

—¿Y si me veía alguien? ¿O le decían a Matt que estaba aquí?

—Quizá es hora de que hables con él.

—Supongo que sí.

—Este puesto puede ser tuyo si lo quieres. Cobrarás bastante más y estarás conmigo.

—¿Qué pasó con Vivian?

—La detuvieron —le comentó serio.

—¿Por qué?

—Fraude. Evasión fiscal. Estaba usando el restaurante como tapadera para reuniones. Las debía organizar ella y se llevaba comisión por cada una. No me han explicado los detalles —le comentó con la dureza que le traían los recuerdos de la traición—. Tampoco necesito saber más. Ha abusado de mi confianza y de toda la libertad que tenía aquí.

Joanna frunció ligeramente el ceño.

—¿Estás bien?

Oliver la miró en silencio. Su interés era sincero.

—Después de la decepción inicial sí. Tendré que ir a declarar cuando me digan—respondió él—. Nada más.

Ella asintió despacio. Hubiera apoyado la mano en su espalda, lo hubiera abrazado, pero no sabía si podría evitar buscar sus labios, después. No era el mejor momento para ello.

—Lo siento.

Oliver negó con la cabeza.

—Gracias por tu preocupación —le respondió—y por ocupar su puesto, de repente, esta noche.

Oliver se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los antebrazos en el atril. Joanna lo miraba atenta. Parecía que quisiera decirle algo.

—Necesito cubrir su puesto.

Joanna ya sabía hacia dónde iba. Aun así, su cuerpo se tensó.

—Oliver…

—Escúchame —la interrumpió él, con suavidad pero firmeza.

Joanna guardó silencio.

—No es solo el puesto —continuó—. Es la oportunidad.

—¿Oportunidad?

—Vas a cobrar más —dijo él sin rodeos—. Mucho más.

Joanna no respondió.

—Podrás irte de casa antes.

Eso sí la hizo reaccionar. Contuvo la respiración. Sus dedos se tensaron sobre su regazo.

—No es tan fácil.

—Nunca va a serlo. A Matt no le gustara que le dejes, ni ahora ni nunca —admitió Oliver.

—No quiero más problemas —susurró.

—Los problemas ya están ahí. Vas a seguir teniéndolos, pero vas a contar con un trabajo en el que apoyarte y conmigo.

—No conoces a Matt. Puede ser tan desagradable, tan…

—Conozco a los hombres como él: controladores, narcisistas, déspotas, acostumbrados a ganar…

Joanna cerró los ojos un segundo. Era verdad. Le dolía escuchar eso en voz alta. Ella había sido testigo de todo eso, lo había consentido, permitido y se avergonzaba de ello.

—Tiene contactos —se justificó ella, casi en un susurro—. Gente que puede… —se detuvo, incapaz de terminar la frase—. Tengo miedo de que me quite a mi hijo.

—Nadie —dijo, con voz baja y contundente— se mete con los Blackthorn sin pagar un precio.

Joanna levantó la mirada, sorprendida por el tono amenazador.

—No estás sola en esto.

—No quiero depender de nadie —respondió ella rápidamente, casi como un reflejo.

—No vas a depender de nadie —la corrigió él—. Tienes tu propio trabajo, tus futuros contactos —con un dedo dio la vuelta al restaurante—… tu nueva familia.

Joanna dudó por un instante. Realmente nunca le sería fácil decir a Matt que quería divorciarse.

—Mi hermano Daniel es abogado. Ya te lo he dicho más de una vez. Está a tu disposición —añadió Oliver.

—No quiero denunciar a Matt —dijo ella de inmediato.

Oliver la miró con atención.

—No quiero… —repitió Joanna, más despacio—. No quiero que todo el mundo se entere. Tyler está en medio. No quiero que sufra. Tampoco quiero que mi vida se convierta en… en un espectáculo.

Bajó la mirada.

—Solo quiero separarme —añadió, casi en un susurro—. Nada más.

Oliver asintió lentamente.

—Entonces hazlo bien.

Ella levantó la mirada.

—Hablaremos con Daniel. Que te diga cómo actuar, qué hacer, qué no hacer.

Joanna respiró hondo.

—Está bien —cedió finalmente—. Hablaré con él.

Oliver sonrió satisfecho.

—Bien.

Joanna lo miró con una sonrisa agradecida. Oliver dio un paso hacia ella. Le acarició la mejilla.

—No tienes que decidir nada ahora —añadió él, bajando el tono—. Solo piénsalo.

Ella asintió lentamente.

—Pero cuanto antes, mejor. Estoy deseando besarte —le confesó sincero—, pero no lo haré mientras aún vivas con tu esposo o no empieces los trámites del divorcio. Y no te estoy empujando, pero sí quiero que veas lo que puedes ganar.

Joanna respiró hondo.

—Y lo que puedo perder.

—Eso ya lo estás perdiendo, quedándote donde estás. Es decisión tuya.

Joanna asintió. Ya lo sabía, gimió.

Oliver le apretó la mano con cariño.

—Vamos, te acompaño a casa. Y, por cierto, te espero mañana por la noche una hora antes de lo que solías entrar. Ya he arreglado la cerradura de la taquilla. He dejado la llave puesta. Dentro hay dos uniformes. Se lavan por las noches, se reponen por las mañanas.

Joanna asintió. Su vida empezaba de nuevo. Entonces, se sobresaltó. Si entraba una hora antes se exponía a que Matt se enterara. El estómago se le revolvió con pensarlo. Tenía hasta ganas de vomitar. Se detuvo en seco por un momento. Oliver tenía razón. No podía seguir escondiéndose. Ya tenía un trabajo, tenía un apoyo, quizá hasta un buen abogado. Tomó aire con calma. Debía… quería hacerlo. Solo así podría empezar de nuevo y ser libre. Libre.

Una inesperada fortaleza se adueñó de ella. Podía hacerlo. Iba a hacerlo. En cuanto llegara a casa, sin falta. Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios y la acompañó cuando salió por su puerta.



La tarde caía lenta sobre el parque, tiñendo todo de un tono cálido y tranquilo que contrastaba demasiado con lo que Joanna llevaba dentro.

Oliver no había ido a buscarla, así que había salido sola con Tyler y Dante, que acababa de tumbarse a sus pies.

Tyler jugaba con otro niño en los columpios. Joanna lo observaba desde el banco, con una mezcla de ternura y cansancio.

La noche anterior podría definirla como épica. Matt había gritado, insultado, suplicado… No había encajado bien su decisión de divorciarse, tal y como esperaba. Le había dado tanta lástima su reacción en según qué momentos que había estado a punto de echarse atrás.

—Esperaba encontrarte aquí.

La voz de Oliver la sacó de sus pensamientos. Joanna giró la cabeza para mirarlo. De pie, con las manos en los bolsillos,

observando a Tyler con una leve curva en los labios.

—¿Cómo estás? —preguntó él tomando asiento a su lado.

Joanna dudó un segundo. ¿Cómo definirlo?

—Bien.

Oliver la miró de reojo.

—No te creo.

Ella dejó escapar una pequeña sonrisa, casi resignada.

—Anoche hablé con Matt. Hubo de todo, casi —. No la había pegado.

—Va a ponértelo difícil, ¿verdad? —preguntó Oliver rozándole la mano con la suya, demostrándole con ese leve y disimulado gesto cargado de afecto, que estaba a su lado.

Ella soltó una pequeña risa amarga.

—Lo esperado. Dice que no soy nada sin él, lo de siempre, pero que no me va a dejar llevarme a mi hijo, que tiene contactos…

Oliver no dudó ni un segundo. La angustia de Joanna era contagiosa. No iba a permitir eso. Bastante daño le había hecho ya. Sacó el teléfono.

—Eso se ha acabado.

Marcó un número.

Joanna lo miró, confundida.

—¿Qué haces?

—Daniel, necesito que vengas al restaurante esta noche.

Joanna contuvo la respiración mientras guardaba silencio escuchando a su hermano.

—Sí. Es importante —concluyó antes de colgar, satisfecho.

—No quiero meterme en problemas —susurró Joanna.

Oliver se inclinó ligeramente hacia ella.

—El problema ya lo tienes.

Su voz fue suave y firme a la vez.

—La diferencia es que ahora no tienes que enfrentarlo sola.

Joanna sonrió levemente agradecida. Suponía que una vez dado el paso, conforme el proceso avanzara sería más doloroso, incómodo y desagradable.

Oliver le sostuvo la mirada. Estaba deseando abrazarla, consolarla, conocerla cada día un poco más. Le daría tiempo para

que terminara la relación con su marido, después nada ni nadie le impedirían besarla.

El murmullo en la cocina se detuvo cuando Oliver entró. Kimmy entró tras él, pidiendo disculpas por su tardanza. Llegó acompañada de una jovencita que apenas llegaría a la mayoría de edad.

—Esta es Becky.

—Bienvenida, Becky. Ahora te dirá Kimmy dónde están las taquillas y tu uniforme.

Joanna la miró extrañada. Los chicos también estaban. ¿Todos habían llegado una hora antes? ¿Se habían cambiado los horarios y no se había enterado?

—Un momento. Quiero que me escuchéis todos —exclamó Oliver con voz firme.

Miró a Joanna.

—A partir de hoy, Joanna será el nuevo maître del restaurante.

Un segundo de silencio la rodeó.

—¡Bravo! —aplaudió Kimmy, con una sonrisa enorme.

Sus dos compañeros también le sonrieron orgullosos. Los camareros asintieron con aprobación, los cocineros, también. Jenny parecía contener la respiración.

—Sabía que eras una princesa —le dijo antes de empezar a cocinar.

—No le hagas caso —le susurró Kimmy a su oído, abrazándola—. ¿Sigo adelante con la venta de los bolsos o te los devuelvo?

Joanna negó con la cabeza. No quería tener ningún recuerdo material de su vida con Matt y los bolsos se los había regalado él como muestra de estatus y buen comportamiento.

—Véndelos, repartiremos las ganancias.

Poco después, Joanna ocupó su nuevo puesto en el recibidor del restaurante. Se sentía extraña y a la vez satisfecha. Jamás había pensado trabajar en el sector hostelero, pero la vida la había llevado hasta ahí. Miró hacia la puerta de la cocina. No pudo evitar sonreír. Oliver le había devuelto la confianza en ella misma, le había recordado su valor y jamás la había hecho sentirse débil o anulada, pese a que había llegado con la autoestima por los suelos, herida en el alma y con la única aspiración de fregar platos.

En ese momento, en esa posición, se sentía alguien importante para él. Había confiado en ella para que llevara su restaurante. Como le había dicho, él en la cocina, ella en el comedor, como si fueran un equipo, incluso una pareja.

Suspiró con una incipiente sonrisa. Era fácil enamorarse de él. No por su imponente atractivo, mucho menos por su fortuna que, sin necesidad de mostrarla, la irradiaba, sino por su seguridad personal, por esa confianza arrebatadora y esa sensación de que jamás iba a soltarla ni a dejarla caer.

Salió de sus reflexiones cuando la puerta de entrada se abrió y entró un hombre con un atractivo magnético, paso firme y confianza irresistible. Le preguntó su nombre por confirmar, pero tenía claro que era un Blackthorn.

—Supongo que eres Joanna —le dijo directo tendiéndole la mano—. Mi hermano me espera.

—Sí. Le diré que has venido —le respondió aceptando el saludo.

Oliver levantó la mirada de la sartén cuando vio a Joanna asomarse.

—Jenny, cúbreme.

La cocinera, con una mueca de fastidio asintió.

—Te he visto —le avisó Oliver burlón, sin girarse—. Te daré un extra este mes y lo sabes.

Joanna se limitó a mirarla. No iba a discutir que era buena cocinera, pero como compañera, o simplemente como persona amable, dejaba mucho que desear. Se fijó en la joven que había

ocupado su puesto. O se daba más prisa o no duraría mucho. Siguió a Oliver hasta la recepción.

—Cuéntame —le pidió Daniel a su hermano con un amistoso abrazo.

—Ya conoces a Joanna.

Daniel asintió mirándola con una sonrisa que inspiraba seguridad. Joanna supo que podía confiar plenamente en él. Como su hermano, daba la impresión de que no dejaban en la estacada a nadie.

—Te invito a cenar y cuando se libere de trabajo, le cuentas las opciones que tiene.

—¿Me vas a dejar cenando solo? —preguntó burlón.

—Estamos en horario laboral.

—Podíamos haber quedado mañana en mi oficina.

—Ya me conoces. Ayer ya es tarde y Joanna gana un día, o una noche, para ir pensando qué hacer o para prepararse para lo que le viene.

—Está bien —aceptó Daniel, girándose cuando escuchó la puerta a su espalda—. Veo que empieza la hora punta.

—Sí, así que vuelvo a la cocina.

Dedicó una mirada a Joanna cargada de confianza. Sabía que iba a estar cómoda allí, que lo iba a hacer bien y que no solo iba a formar parte de su equipo sino de su vida. Esa mujer le transmitía calma, apoyo incondicional y un deseo que le costaba disimular cada vez más.

Joanna se sentó a la mesa de Daniel cuando ya estaba comiendo el postre.

—La verdad es que mi hermano cocina increíble —le alabó orgulloso—. Encerrarlo tras cuatro paredes en la empresa de mi padre sería matarlo.

Joanna asintió convencida y orgullosa. Era el fruto del trabajo duro, del trabajo concienzudo, de la superación personal, y eso se notaba con solo verlo trabajar.

—Cuéntame —le pidió Daniel—. Lo que me digas no saldrá de aquí.

—No hay mucho que contar. Solo quiero separarme y quedarme con Tyler. Tiene cinco años.

—¿Ha habido amenazas?

Joanna se encogió de hombros narrándole el desagradable encuentro de la noche anterior.

Daniel asintió lentamente.

—Bien. Vamos por partes. Primero: que tenga dinero o contactos no le da más derechos sobre vuestro hijo.

—Pero él dice que…

—Él puede decir muchas cosas —la interrumpió Daniel con calma—. Otra cosa es la realidad legal. Segundo —continuó—: si puedes demostrar que el entorno contigo es estable, seguro y emocionalmente sano, tienes muchas opciones de obtener la custodia o, como mínimo, una custodia compartida favorable.

—¿Aunque él intente perjudicarme?

Daniel apoyó los codos sobre la mesa.

—Sobre todo si lo intenta.

Eso la desconcertó.

—¿Por qué?

—Porque ese tipo de comportamiento deja rastro —explicó—. Manipulación, amenazas, control… no suelen jugar a favor de quien los ejerce cuando se documentan bien.

Joanna tragó saliva.

—Yo no quiero denunciarle.

Daniel no cambió su expresión.

—No hace falta empezar por ahí.

Eso pareció aliviarla.

—Podemos plantear una separación protegiendo tu posición desde el principio —continuó—. Prepararé los papeles hoy mismo.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó Joanna, insegura, casi en un susurro.

—Recopilar información y pruebas en caso de agresión o intimidación. Graba en vídeo, o acude al hospital o a algún vecino si es necesario. No entrar en provocaciones. Empezar a construir independencia económica, que veo que ya lo estás haciendo. Y,

sobre todo, no tomar decisiones impulsivas sin respaldo legal. Toma mi tarjeta y llámame en cualquier momento —enumeró con calma.

Joanna asintió lentamente. Después de tanto tiempo, eso no era nada. Sonrió esperanzada.

—Y algo más que no debes olvidar.

Joanna asintió atenta.

—Te respaldan los Blackthorn. Sin preguntas. Lo que necesites lo tendrás, y probablemente él lo sabe, así que no pondrá mucha resistencia. Sería un suicidio social y laboral.

—Gracias —murmuró con un nudo en la garganta. Lo había dicho con tanta seguridad que le había emocionado saber y sentir que no estaba sola.

—No me des las gracias —le respondió Daniel, amable—. Si no me equivoco, y no suelo hacerlo, seremos familia. Y para eso estamos. Además, esto me asegura que tendré una buena mesa en este restaurante siempre que quiera.

Joanna asintió divertida.

—No hace falta que avises a mi hermano de mi marcha. Mañana hablaré con él, y si tu marido te supone algún problema, dile que nosotros estamos contigo.

Un poco después de que Daniel se fuera, la puerta del restaurante se abrió de golpe. Joanna se tensó al instante. Matt. Su mirada la encontró en segundos. Oscura, cargada de rabia y alcohol. Llegó hasta ella decidido.

—Tenemos que hablar.

Joanna sintió su pulso acelerarse, pero no retrocedió. Buscó con la mirada a algún compañero por si las cosas se ponían demasiado tensas. Todos estaban concentrados en sus obligaciones.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Anoche, después de tu patético comportamiento te puse un localizador en el bolso.

—¿Me espías?

—¿Y qué si lo hiciera?

—Estoy trabajando.

—Me da igual —insistió él.

—No voy a dejar mi puesto, pero tu deberías volver a casa.

—No sin ti. Eres mi esposa.

—Ya no lo soy. No quiero serlo. Lo hablamos ayer, por favor. No lo empeores y vete a casa.

—Soy abogado, ¿por qué no acudiste a mí?

—¿Para separarme? Tú velarás por tus intereses.

—Tyler es mi hijo.

—Y mío también.

—No voy a dejar que te lo lleves.

—Ya me lo has dicho. Daniel Blackthorn me está preparando la documentación. Cuando la tenga te la daré.

—Todavía estás viviendo en mi casa.

—Es la casa de Tyler también. No quiero sacarlo de allí hasta no tenerlo todo solucionado.

—¿Cómo te atreves a dejarme? Sin mí no eres nada, no tienes nada. ¿Cómo se te ha ocurrido ponerte a trabajar? ¿Sabes qué imagen da esto? Me estás humillando.

Joanna negó levemente. Miraba a su alrededor, incómoda, aunque nadie parecía darse cuenta de la conversación tan desagradable que estaban teniendo.

—No se trata de ti.

—Todo se trata de mí cuando aparece mi apellido.

Ella apretó los dientes. ¿Cuántas veces más se lo tenía que decir?

—Quiero separarme.

—No vas a irte a ningún sitio.

—Sí, voy a hacerlo.

—¿Así te piensas mantener? —escupió él—. ¿Sirviendo mesas?

—Haré lo que haga falta. No quiero pelear.

—Vas a perder igual.

Oliver apareció a su lado. Bert le había avisado de que un hombre parecía estar importunando a Joanna. No hizo falta nada más para salir de la cocina.

Matt lo miró con desprecio. Oliver no se inmutó. Separó las piernas ligeramente, firme, estoico. Le mantuvo la mirada dura e inflexible. Cruzó los brazos sobre su fuerte y amplio pecho. Era lo mejor para controlar sus impulsos y evitar llegar a las manos con él.

—Esto no va contigo —le advirtió Matt.

—Mientras esté en mi restaurante, sí y mientras esté hablando con mi empleada en horario laboral, también.

El silencio se tensó. Matt pareció evaluar la situación y, finalmente, sonrió con frialdad antes de salir por la puerta.

Joanna lo siguió con la mirada, disgustada. No había creído a Matt capaz de ir a buscarla.

—¿Estás bien? —le preguntó Oliver luchando contra sus ganas de abrazarla. Estaban en público y ella debía hacerse fuerte sola para que nada ni nadie pudieran hacerla caer. Llegaría el día en que se limitara a abrazarla y dejar que se recostara en su pecho.

Joanna asintió, todavía con el corazón acelerado.

Él la sostuvo con la mirada unos segundos más.

—Estoy aquí. No lo olvides.

Joanna respiró hondo antes de asentir, agradecida.

—No volverá a ocurrir.

—Lo sé —le dijo con total confianza—. Pero cuanto antes te alejes de él, mejor. Si quieres, mañana por la tarde, en lugar de al parque, vamos a tu casa a preparar las maletas.

—No tengo dónde ir.

—Te diría que vinieras a mi piso, pero dudo que aceptes. Puedo encontrarte un lugar donde empezar a vivir con Tyler y Dante, de momento. Solo di que sí.

Joanna asintió. Era lo mejor. Quedarse en casa más tiempo era recordarle a Matt que no lo quería y, podía reaccionar de cualquier manera, y eso era un riesgo para Tyler y para ella.

No estaba acostumbrada a pedir ayuda, pero a esas alturas, ya había comprendido que no podía con todo sola. La necesitaba y

no era tan orgullosa como para no aceptarla. Ya llegaría el momento de devolver el favor.

A la mañana siguiente, Oliver se despertó especialmente molesto. No había dejado de dar vueltas a lo ocurrido la noche anterior en el restaurante. Nadie iba a intimidar a un empleado suyo y no pagar las consecuencias, y menos si ese empleado era Joanna.

Habló con Daniel sobre el documento de divorcio que ya había redactado. No quería dejar ningún cabo suelto.

Se acercó hasta el edificio donde sabía que Matt tenía las oficinas. Oliver lo observó unos segundos antes de entrar. Aquel no era su mundo, pero no le intimidaba. Subió en el ascensor.

La recepcionista levantó la vista al verlo entrar, imponente, por la puerta. Tardó menos de dos segundos en reconocerlo.

—Señor Blackthorn.

—Quiero hablar con Matt Layne.

—El señor Layne está ocupado, pero…

—Dígale que Oliver Blackthorn está aquí —. No necesitaba más explicación.

Ella asintió de inmediato.

—Por supuesto.

Matt no tardó en salir a recibirlo.

—No le esperaba —dijo, tensando la mandíbula—. Debería haber llamado para concertar una cita.

Oliver lo miró con fría calma.

—No podía esperar.

Matt dudó un segundo.

—Pasemos a mi despacho.

Lo condujo hasta casi el final del pasillo. Le abrió la puerta y le invitó a entrar con un gesto seco y de fingida amabilidad, para luego seguirle. La puerta se cerró tras ellos.

—¿Qué quiere?

Oliver se giró para mirarle de frente, imperturbable.

—Que dejemos de perder el tiempo.

Matt soltó una risa seca.

—Si ha venido por Joanna…

—He venido por su hijo.

Eso lo frenó un instante.

—Mi hijo —corrigió Matt.

—También —asintió levemente.

—No se meta donde no le llaman —le sugirió Matt, desagradable.

—Por lo que yo veo, ha cometido un error.

—¿Ah, sí? —replicó Matt, tenso—. ¿Cuál?

—Pensar que podía intimidar a Joanna… sin consecuencias.

—Esto no tiene nada que ver con usted, un simple cocinero con un restaurante de dudosa reputación —siseó Matt—. ¿O me va a hacer creer que no sabía lo que estaba ocurriendo bajo su techo?

—No me importa en absoluto lo que crea. Ese asunto está en manos de la policía y no me voy a molestar en explicarle más. Respecto a Joanna —respondió Oliver con calma—, déjela en paz. Yo la respaldo y por si lo duda, también la respalda mi apellido.

—No me impresionan los apellidos —exclamó Matt, orgulloso.

Oliver esbozó una leve sonrisa.

—Entonces es más ingenuo de lo que pensaba.

—No voy a ceder a mi hijo —le aseguró Matt.

—No le he pedido que lo haga.

Eso lo desconcertó.

—¿Entonces?

Oliver dio un paso hacia él.

—Daniel está redactando un acuerdo.

Matt frunció el ceño.

—¿Su hermano?

—Sí. Y no será una sugerencia —continuó Oliver—. Será una oportunidad, la única.

—¿De qué?

—De hacer las cosas bien.

Matt soltó una carcajada grotesca, fruto de la combinación de la rabia y la inseguridad que sentía en ese momento.

—¿Viene a darme lecciones de moralidad? Se ha acostado con mi esposa.

Oliver no reaccionó.

—Eso no es cierto, pero no voy a malgastar ni un minuto en defenderlo. Su hijo es afortunado. Tiene un padre con una empresa sólida, un futuro asegurado si no comete ninguna tontería o se mete con quien no debe, pero también necesita algo más. Un ejemplo. Y eso —añadió Oliver, clavando la mirada en él—, no se construye intimidando a su madre.

—No sabe de lo que habla.

—Sé exactamente de lo que hablo. Daniel le enviará la documentación cuanto antes para poder firmarla. Es lo justo y lo legal.

—¿Y si no acepto? —preguntó Matt, orgulloso.

—Entonces se enfrentará a nosotros. A todos los Blackthorn.

—¿Me está amenazando? No voy a dejar que me pisoteéis —le aseguró Matt.

Oliver lo sostuvo con la mirada.

—Nadie quiere pisarle —le aseguró—, pero no voy a dejar que intimide a Joanna. Si insiste en acercarse a ella con esa actitud, volveremos a hablar, de otra manera.

Abrió la puerta con intención de salir, pero se detuvo para mantenerle la mirada con imperturbable frialdad.

—Y eso… no le conviene.

La puerta se cerró a su espalda. El silencio y la tensión que dejó casi se podía cortar con el aire.



Por la tarde, tras salir de un ajetreado turno, lleno de curiosos, Oliver llegó al piso de Joanna, como habían quedado. Ella le abrió

intranquila y nerviosa.

—He dejado el coche aparcado en la puerta. ¿Tienes algo ya recogido para ir bajándolo?

—Sí, he preparado algunas maletas, pero tengo tantas cosas —comentó Joanna acompañándolo hasta el dormitorio de Tyler—. Nunca se sabe lo que se tiene hasta que toca hacer una mudanza. Libros, fotos, juguetes…

—Ya vendremos otro día a por más cosas, hoy te llevas lo indispensable. Hola, campeón —saludó a Tyler, apoyado en la pared, con una expresión temerosa en su rostro.

Se agachó para ponerse a su altura.

—Vas a vivir con mamá. Vas a estar muy bien. Y verás a papá cualquier día, y a mí. Lo sabes, ¿verdad?

Tyler asintió inseguro.

—Papá se enfadará.

—Seguro que sí, pero ya se le pasará. ¿No se te pasan a ti los enfados? Pues a él también. No le quedará más remedio.

La puerta principal se cerró de golpe. El sonido atravesó la casa como un disparo.

Joanna se quedó congelada. Dante empezó a rodearla moviendo la cola, agitado.

—Ya está aquí —susurró nerviosa.

Se escucharon pasos, en un silencio ensordecedor. Matt no tardó en aparecer por la puerta. Su mirada fue directa a Joanna, sin ver más allá. Oliver se levantó serio, dejando a Tyler a su espalda. No tenía por qué presenciar lo que parecía que iba a ser una discusión.

Joanna intentó mantener la calma. Dante se movió nervioso, empezando a mostrar sus dientes.

—Matt…

No la dejó terminar. El golpe llegó rápido. Inesperado. Seco. Un bofetón que resonó en el dormitorio. Joanna giró el rostro por la fuerza. El mundo se le nubló por un segundo. Se llevó una mano a la mejilla, más por incredulidad que por dolor. El ardor se extendía bajo la piel. La mirada de su marido le había robado el aire. Era esa

mezcla de rabia, posesión y orgullo herido que tantas veces había confundido con amor.

Oliver se movió con una rapidez letal. Tyler se encogió en el suelo. Dante se abalanzó sobre Matt, ladrando agresivo. Oliver lo sostuvo por las solapas y lo estampó contra la pared sin soltarlo.

Todo su cuerpo estaba en tensión. Su expresión era aterradoramente serena.

—Te lo advertí.

—Esto no es asunto tuyo.

—Te dije que la dejaras en paz mientras arreglaba el divorcio. No te reviento —siseó—porque tu hijo está mirando, pero vuelve a acercarte a ella —continuó— y no habrá una tercera advertencia.

—¡Suéltame! —jadeó con la voz ahogada.

Él lo soltó de golpe.

Matt trastabilló y recuperó el equilibrio, mirándolo con una mezcla de odio y miedo.

Oliver ya no le prestaba atención. Toda la dureza desapareció de su rostro para acercarse a Joanna.

—¿Estás bien?

Ella quiso responder que sí. Quiso decir que no era para tanto, que podía manejarlo, que no necesitaba que nadie la protegiera, pero al encontrarse con sus ojos, las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Se limitó a asentir mientras apoyaba su mano en la cabecita de Tyler, que, asustado, se había abrazado a su pierna.

—Vete —ordenó Oliver a Matt sin apartar los ojos de ella—. Hazte un favor y no conviertas esto en algo peor.

El silencio que siguió fue absoluto.

Matt tensó los puños.

—Esto no va a quedarse así. Traes a tu amante a casa. Con tu hijo aquí. El juez tendrá que saberlo.

—No es mi amante.

—Basta —intervino Oliver, mirándole inflexible, dejando a Joanna y a Tyler a su espalda—. No vuelvas a dirigirte a ella.

—Esta es mi casa.

—Por eso nos estamos yendo.

—Todo lo que se lleva —le espetó indignado— es mío. Lo compraste con mi dinero.

Oliver la tomó de la mano con firmeza.

—No necesita nada tuyo, puedes quedártelo. Yo le compraré lo que necesite, o ella misma podrá comprárselo con su sueldo.

—Mis libros… —comenzó a decir Joanna.

—No los necesitas —insistió Oliver sin dejar de mirar a Matt —. Prepara a Tyler y vámonos.

—No puedes irte así —exclamó Matt.

—Mira cómo lo hace —le retó Oliver—. Soy un Blackthorn. Joanna también a partir de este momento. Si te metes con ella, te metes con todos. Ya lo sabes.

Oliver se agachó. Acomodó a Tyler sobre sus hombros. Volvió a tomar a Joanna de la mano y le hizo un gesto a Dante, que se colocó a su lado.

Salieron por la puerta sin mirar atrás.

Joanna contenía la respiración. Su corazón latía desbocado. Pero su paso era firme, fuerte, determinado. Oliver caminaba a su lado, intocable, orgulloso, protector. Tyler, aun asustado, se agarraba a Oliver como si estuviera a hombros de un gigante. Dante caminaba a su lado, inocente, activo, juguetón.

En sus labios se dibujó una frágil sonrisa. Eran como una familia… Una familia. Casi le daba miedo hacerse ilusiones, sin embargo, el hombre que caminaba a su lado era tan real…

En ese momento, Oliver la miró con ternura.

—¿Estás bien?

Asintió con un gesto de cabeza. Llegaron frente al ascensor. Bajó a Tyler de sus hombros. Dante movió la cola, juguetón.

El ascensor se abrió con un suave sonido.

Él levantó una mano y le rozó la mejilla con una delicadeza que contrastaba con la tensión de hacía apenas unos minutos.

Sus dedos se detuvieron sobre la piel todavía sensible.

Ella contuvo el aliento. Los ojos de Oliver brillaban. Se reflejaba en ellos, bonita, valiosa. En sus labios se dibujó una tenue sonrisa.

—Llevo demasiado tiempo queriendo hacer esto —murmuró Oliver recreando la mirada en su boca.

—Entonces, deja de esperar —susurró con la voz entrecortada.

Fue todo lo que necesitó. Oliver eliminó la escasa distancia que había entre ellos. Sus labios encontraron los de Joanna con una ternura que desarmó a ambos el último rincón de resistencia. No había prisa. Solo la emoción contenida durante demasiado tiempo, ese deseo que habían aprendido a controlar detrás de miradas largas, de silencios incómodos y palabras que no se habían atrevido a decir.

Joanna cerró los ojos y se dejó llevar. Oliver deslizó una mano hasta su nuca, acariciándola con los dedos, mientras la otra descansaba en su cintura. La acercó un poco más, con una delicadeza casi reverente, y ella sintió que toda la tensión de los últimos días comenzaba a abandonarla.

El beso se hizo más profundo, más cálido. Él se separó apenas un instante, rozando todavía sus labios con los suyos.

—No sabes cuánto he querido hacer esto.

Ella sonrió, todavía con los ojos cerrados.

—Creo que sí.

Oliver volvió a besarla. Esta vez con más ganas, pero también con una ternura que decía todo lo que las palabras no podían. La besó como si, después de todo lo que ella había vivido, lo único que quisiera ofrecerle fuera un lugar donde pudiera sentirse segura.

Ella apoyó las manos sobre su pecho y notó el latido acelerado de su corazón.

Cuando se separaron, Oliver sonrió contra sus labios. Apoyó la frente contra la suya y acarició suavemente su mejilla. Ella lo miró con dulzura.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Joanna con cierta timidez.

Oliver le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Miró al perro, luego a Tyler y, de nuevo, a ella.

—Ahora —susurró— empezamos de nuevo. Tú y yo. Nosotros —miró a Oliver y a Dante—. Vamos.

Las puertas del ascensor se cerraron tras ellos. Se miraron a los ojos, compartieron la sonrisa. Sabían que iba a ser el primer día del resto de sus vidas.



Epílogo

En la tranquilidad del restaurante cerrado al público pero a punto de abrir, Oliver sirvió el whisky de malta en los tres vasos cortos.

Esa vez había sido Daniel quien los había citado, sorprendiendo a todos.

—Creo que me he equivocado —les confesó, incómodo, aflojándose el nudo de la corbata.

Oliver y Adam se miraron extrañados.

—¿Tú? ¿En qué? —preguntó Adam.

—No voy a entrar en detalles, pero parece que, en mi último caso, todo va a caer como un castillo de naipes.

—¿Tu reputación también?

—Se verá salpicada sin duda.

—Eres un Blackthorn, dudo que puedan manchar tu nombre —le recordó Adam—. Utiliza tu encanto irresistible y no te preocupes de más.

—Es fácil decirlo —dio un trago de whisky, agobiado.

—No te lo voy a discutir —aceptó Adam—. Lo que es difícil es lidiar con papá y sus ganas de jubilarse y con mis sospechas de que algo, que no sé qué es, está ocurriendo en la empresa.

Los dos hermanos lo miraron extrañados.

—¿Te refieres a Darren? —preguntó Oliver—. ¿Pretende la empresa? No me dio esa impresión cuando me ayudó con el restaurante.

—Darren, ahora mismo es el menor de mis problemas —aceptó Adam, intransigente.

Oliver se apoyó relajado en la barra.

—Por una vez, no soy yo el que se mete en problemas. Papá ya ha aceptado que no voy a dejar mi restaurante.

—Eso no implica que siga intentando que vuelvas al redil.

El sonido de unos tacones rompió el silencio en el que se encontraban. La sonrisa de Oliver y el brillo de sus ojos, al ver a Joanna acercándose, iluminó el comedor.

Saludó encantadora a Daniel y Adam, y después de recordarle a Oliver que no tardarían en abrir, regresó sobre sus pasos. Oliver la siguió con la mirada.

—No hace falta preguntarte cómo te va —sonrió Daniel.

—Supongo que se ve y se nota —aceptó Oliver, orgulloso.

Adam levantó su vaso a modo de brindis.

—A vuestra salud, que viváis siempre en esta luna de miel.

Los hermanos brindaron con una sonrisa.

—No tardareis en encontrar una mujer…

—No quiero saber nada de mujeres —aseguró Adam apurando su vaso.

Los dos miraron a Daniel que había apretado los labios y se había mantenido en silencio.

—Hay una mujer —exclamó Oliver.

—Ya os contaré…

—Espero que sea pronto —le pidió Adam levantándose con la intención de irse.

—Lo será —respondió Daniel con seguridad, siguiéndole.

Oliver los acompañó hasta la puerta donde estaba Joanna revisando las reservas de esa noche.

Cuando se quedaron a solas, la besó sin prisa, saboreando cada segundo en su boca. Joanna, después de unos instantes, se retiró perezosa. Le sonrió encantada, enamorada. Oliver le devolvió la sonrisa.

—Será mejor que empecemos —decidió él abriendo la puerta, orgulloso de tenerla a su lado.

Joanna asintió. No se podía ser más feliz.

Recuerda descargar tu regalo:

Muchísimas gracias por haber leído mi novela.

Sinceramente espero que te haya gustado, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en Amazon y en redes sociales, para ayudarme a llegar más lejos.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente la novela *«Una pasión escondida»* de la serie Edentown, en este enlace: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

¡¡Un abrazo!!
Annabeth Berkley

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Daniel, Adam o Darren?

No te la pierdas. Si no la has leído todavía búscala en las bibliotecas digitales o permanece atenta a su publicación.

Otras novelas de la autora

Otros libros de la autora de la serie Edentown

Una decisión afortunada. (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe… hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/2FcUyIF y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

El triunfo del hogar (Edentown 2)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.

Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad

eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/3j5JAnC y *idescubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!*

Una pasión escondida (Edentown 3)

Ella no sabía lo que era la pasión hasta que él le enseñó.

todo lo que podía darle.

Cansada de hacer siempre lo que se espera de ella, Jane Muldoon decide tener una secreta y tórrida aventura de fin de semana con un atractivo motorista al que no piensa volver a ver.

Jared Jackson no puede evitar sonreír cuando, sin apenas esfuerzo, se lleva a su habitación a la rubia más guapa y sexy que ha visto en su vida. Era lo mejor que le había pasado desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que ninguno esperaba era que volverían a encontrarse en los días previos a la boda de sus mejores amigos.

Jane encuentra lo que sabe que le falta. Jared descubre lo que no sabía que necesitaba.

¿Podrán hacer frente a ello?

GRATIS en la web: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

La protección que necesitaba (Edentown 4)

Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Mike O´Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta…

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/2OsK1tU y *idescubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!*

Serie Intercambio de Gemelas

NOVIA POR SORPRESA: ¿Ocuparías el lugar de tu hermana gemela el día de su boda?
https://relinks.me/B09BZWH7G2

NOVIO POR SORPRESA: ¿Y si cambiar la vida con tu hermana gemela no es tan relajado como creías?

https://relinks.me/B0C4BLN82X

Novelas Románticas Navideñas

TRES NOVIOS PARA NAVIDAD ¿Y si el pasado nos da alas para el presente?

https://relinks.me/B08PDQC74Q

TRES NOVIAS PARA NAVIDAD ¿Qué no harías por ver sonreír a tu abuelo?

https://relinks.me/B08N711QLT

SORPRESAS POR NAVIDAD ¿Qué puedes hacer para que tu familia no deje de presionarte para que lleves un novio? ¿Enamorarte del de tu hermana?
https://relinks.me/B08NLF1VV2

UN HOGAR POR NAVIDAD ¿Romperías la palabra que le has dado a tu madre antes de morir?
https://relinks.me/B09LJ53Z75

UNA HERENCIA PARA NAVIDAD ¿Te casarías para recibir una herencia?
https://relinks.me/B0BH4WWNRC

UN DESEO PARA NAVIDAD ¿Es la Navidad el mejor momento para pedir deseos?
https://relinks.me/B0BMGVV9GM

ESTRELLAS PARA NAVIDAD ¿Y si descubres que quien se ha ido no lo ha hecho del todo?
https://relinks.me/B0CN9D3TJX

UN BESO EN NAVIDAD ¿Por qué no abrirte a lo desconocido siguiendo tu corazón?
https://relinks.me/B0CQRLGLXR

Sobre la autora

Annabeth Berkley es una prolífica escritora de novela romántica corta.

Sus novelas son bonitas, dulces, románticas y llenas de Amor y de Confianza en la Vida. Pertenecen al género conocido como *Clean Romance*.

Ha escrito la serie de novelas románticas Edentown, con novelas cortas, conclusivas y que te harán sentir que la vida es maravillosa.

Es autora de la bilogía Hermanas McVee, la bilogía Intercambio de gemelas y de la serie Valientes, ambientada en el Oeste americano.

Tiene varios libros publicados con la Editorial Kamadeva: Un viaje sin retorno, Amor bajo sospecha, Pinceladas de Amor, y El reencuentro, que resultó ganador en el concurso de novela romántica organizado por la editorial en 2.021.

Sus novelas navideñas son realmente preciosas, emotivas y tiernas y están muy bien valoradas por los lectores.

Si crees en el amor, te gustarán sus novelas. No te las pierdas, y síguela en sus redes sociales.

Si quieres conocer un poquito más a la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.